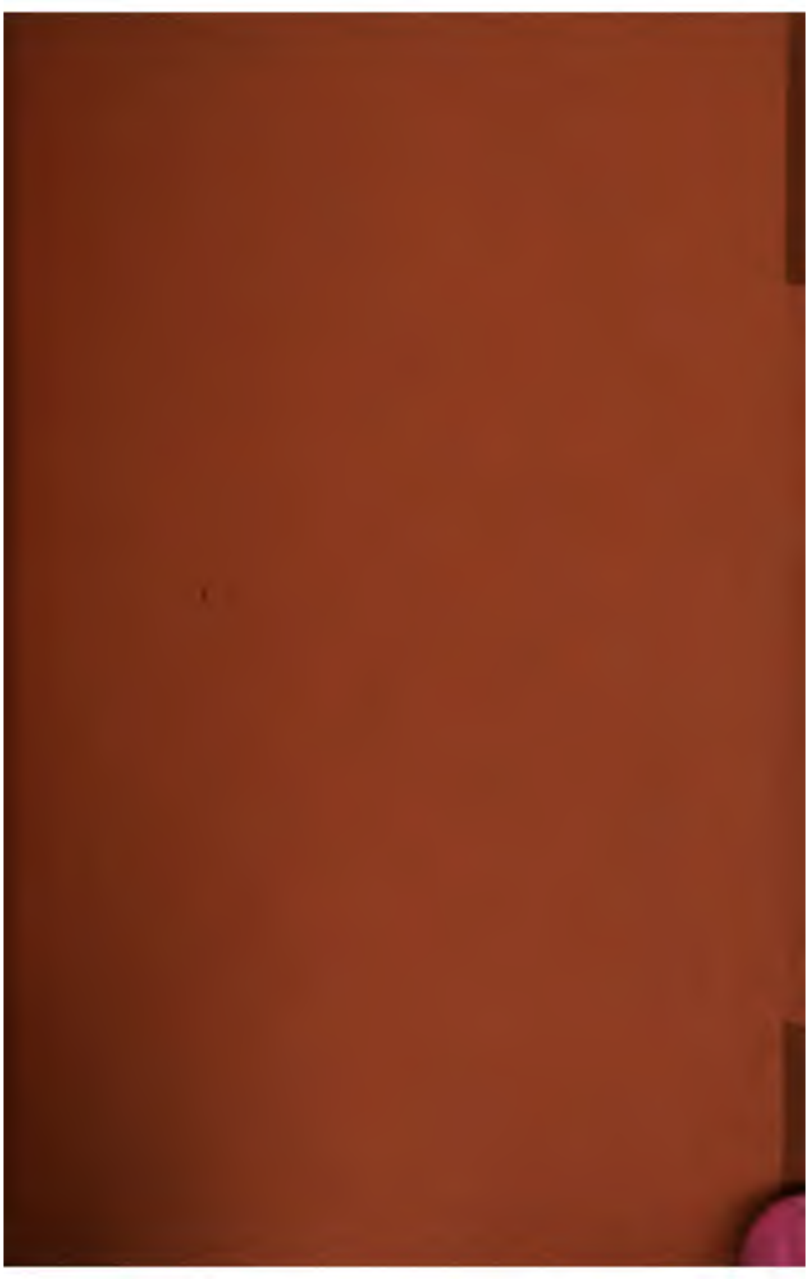



DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.





LA HERMANA DE LA CARIDAD.

Madrid: 1873.—Imp. de J. Peña, Olivar, 22.

LA HERMANA

DE

LA CARIDAD,

POR

DON EMILIO CASTELAR.

TOMO SEGUNDO.

2.

TERCERA EDICION.

MADRID
CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE
Plaza de Topete (antes de Santa Ana), número 10.

1873

XXX.

La noticia de la sentencia de Eduardo y Margarita y de su triste suerte, se esparció bien pronto por todo Nápoles. Por una de esas reacciones tan frecuentes en el espíritu público, todos lamentaron su desgracia, todos compadecieron á aquellos dos jóvenes próximos á hundirse, con sobra de vida, en los abismos de la eternidad. La pena de muerte concluye siempre por rodear de cierta aureola á sus víctimas. El hombre conoce que desde el punto en que el criminal ha pasado los dinteles de la eternidad, su juicio pertenece á Dios, y parece como que quiere dulcificar la tremenda pena, lavando con torrentes de lágrimas y de compasion la sangre vertida en el cadalso. Y en efecto, la sociedad se olvida del crímen para compadecer al criminal; hasta que, cuando ha

caido la fatal cuchilla, cuando la sangre se ha borrado, cuando los restos del infeliz han sido depositados en la tierra, la conciencia pública se olvida del criminal y del crímen. Yo lo creo firmemente; un criminal ajusticiado parece una víctima digna de compasion, mientras un criminal, sufriendo su digno castigo, será siempre un remordimiento, que avise á la conciencia pública de lo horrible y triste que es el crímen.

Pues bien, Nápoles se encontraba respecto á los dos jóvenes en esos instantes de general simpatía y compasion. La noticia se esparció como un rayo; la noticia llegó por fin á oidos de Angela. Ya no habia remedio; era necesario salvarlos á toda costa. Si precisaba ir á ver al conde, iria Angela á ver al conde. Le asustó por un instante esta decision, pero... ¿qué no haria por Eduardo? Se decidió á conceder al conde todo cuanto le rogara en cambio de la vida de los dos jóvenes víctimas, con tal que fuese justo y honesto. Si era necesario un sacrificio, Angela no dudaba en sacrificarse, en vivir desgraciada, y morir tambien, si era necesario, por salvar al que fué su amante, y cuya felicidad le preocupaba como en los dias felices de su primer amor. Su deseo por la felicidad de Eduardo, fué siempre el alma de su

amor, porque aquel amor nada tenia en Angela de egoismo.

Mientras la suerte de Eduardo y Margarita no estaba decidida, Angela pudo dudar, pudo sentir en dar este paso decisivo. Pero ya publicada su sentencia fatal, le parecia un crímen toda incertidumbre, toda duda. Conocia que ella habia sido implacable con el conde, y que el conde tenia derecho á ser con ella implacable. Conocia que ir á demandar la vida de un enemigo á un corazon á quien ella habia dado muerte, y muerte moral, era muy triste. Pero en fin, se decidió, con ese arrojo que para los grandes trances de la vida solo conoce la mujer, y que será siempre el ideal misterioso de todas las sublimes pasiones. Angela se vistió como un dia en que el conde habló con ella; coquetería muy propia del carácter siempre artístico de la mujer. Llevaba un traje negro, y una mantilla española. Este traje tan propio de la mujer, realzaba su hermosura: al través del espeso velo que cuidadosamente le ocultaba el rostro, lucian, como dos luceros entre sombras, sus hermosísimos ojos. Angela ya no lloraba. Sabia que iba á consumar un gran sacrificio, y lo consumaba con resignacion heróica.

Era de noche.

Atrávesó las calles de Nápoles á pié, con una celeridad increible.

El conde se encontraba con gran número de amigos que departian con él, especie de turba de cortesanos que rodean siempre el poder, la gloria y la fortuna, y que suelen ser el más tremendo escollo de la vida. Cuando más embebidos estaban en su conversacion, entró un criado á decir que á la puerta se encontraba una dama cubierta que queria hablar inmediatamente con el conde. Los amigos celebraron mucho la ocurrencia; el conde les mandó salir, y levantándose salió con natural impaciencia á ver quién era la dama. En efecto, Angela no se habia levantado el velo cuando entró en el salon. Miró á todas partes con interés y curiosidad, y el conde dijo, despues de haberla saludado profundamente:

—No hay nadie, señora, ¿qué me quereis?

Angela, levantándose el velo, preguntó:

—¿Me conoceis, conde?

El conde dió un grito de sorpresa y de entusiasmo al ver aquel rostro. Sus ojos chispearon y se encendieron en súbita alegría; un relámpago de vida cruzó por su pálido rostro, y acercándose á Angela, la cogió una mano, la estrechó contra su corazon, y dijo:

—¿Si os conozco, me preguntais, Angela, si os conozco? No sé decir, si sois la mujer que yo tengo aquí dentro del pecho, ó si sois Angela realmente. No puedo creer que seais vos. Me parece que Dios, condolido de mi desgracia, ha dado cuerpo, y alma, y vida á este tormento que yo tengo aquí dentro del pecho, á esta idea que llena toda mi conciencia, á este amor tan grande, tan intenso, tan profundo; tanto más grande, tanto más intenso, tanto más profundo, cuanto que no tiene ni descubre vislumbre de esperanza.

—Conde, dijo Angela, no hablemos más de eso.

—¿Que no hablemos? Yo no sé hablar de otra cosa. A mis amigos, á mi familia, al rey, á mi madre, á todo el mundo, le hablo siempre de lo mismo. Si la palabra es la forma de la idea, mi única palabra debe ser vuestro nombre, porque mi única idea es siempre vuestra imágen. Si pudiera abrir el pecho, sacar el corazon y ponerlo ante vuestros ojos, veríais cómo estábais allí, presente siempre en mis sentimientos y en mi vida; pasion que me enloquece, pasion que me atormenta, pasion que es mi angustia; pero pasion que no quiero perder, porque es preferible el tormento al triste olvido.

—Conde, os repetiré lo que muchas veces os

he dicho. Yo no puedo, yo no debo amar. Mi cienciencia me dice que sois muy digno de ser amado, pero mi corazon no puede amaros.

—¡Ah! Esa palabra me taladra el alma. ¿Vos no habeis amado nunca? ¿Vos tan hermosa, no habeis sentido nunca que teneis un alma? ¿Vos, que con el canto despertais una nueva vida en los corazones, y les abrís el cielo, vos sereis insensible, como la lira, que produce el sonido sin conciencia? ¿Os habrá dado Dios todas las virtudes, os habrá concedido todos sus dones, os habrá hecho hermosa, os habrá dado una voz celeste, una inspiracion divina, y despues para que no fuérais un ángel en la tierra, os habrá negado el amor?

—¡Ah, señor conde! No querais acercaros al abismo del corazon; no pretendais saber todo lo que pasa aquí dentro del pecho. Las pasiones humanas tienen aspectos tan varios, caen sobre ellas desgracias tan enormes y tan grandes, que pretender medirlas por un rasero, es imposible. Yo no creo que pueda vivir nadie en el mundo sin amar, ó sin haber amado.

—Luego vos habeis amado, luego vos amais algun sér afortunado. ¡Oh, Angela! Yo quiero ver, quiero mirar á ese hombre, quiero saber quién ha sido el mortal capaz de levantarse hasta el cielo.

—Conde... ¡empeño vano! Os he dicho que no se puede vivir sin amar, ó sin haber amado.

—¿Habeis amado, y os abandonó, y murió? ¿Habeis amado, y no podeis volver otra vez á amar?

—Nunca, nunca, nunca.

—Desgraciado de mí, exclamó el conde, cubriéndose el rostro con las manos.

—Señor conde, otros más importantes motivos me traen aquí.

—¡Más importantes! Nada me importa sin vuestro amor.

—¿Ni la vida de vuestros semejantes?

—No me importa mi vida...

—Mas... una desgracia agena, debe importaros, señor conde.

—No sé de qué hablais, Angela.

—Hablo de un proceso...

—¿De Eduardo y Margarita?

—Son dos infelices que van á morir, dos almas que se van á apagar en la tierra. En la flor de su vida, cuando se aman tiernamente (Angela, al decir estas palabras, se ahogaba), señor conde, la muerte de esos infelices, de esos dos desgraciados séres, ¡ay! es horrible. Vos tan bueno, vos tan magnánimo, vos con tan grandes pasiones, no

la debeis, no la podeis consentir. No, no, señor conde, no; por el cielo.

—Angela, vos no comprendeis bien lo que me pedís, no lo comprendeis. Sobre esos dos séres ha caido mi sangre, y por consiguiente debe caer el peso, todo el peso de la justicia humana. Arrebatándoles la vida, arrebato á la sociedad, al mundo, á la tierra, dos grandes criminales, que pueden empozoñar la vida á muchos séres, que pueden dejar en la tierra muchos rastros de sangre. Por lo mismo no me pidais su vida.

—Señor conde, no trato de escusar su crímen; pero tampoco escuso vuestra venganza. No trato de enaltecerlos; pero vos apareceis rebajado á mis ojos. Triste es ser el blanco de un crímen; pero es más triste aun ser el generador de una gran venganza. Vos, señor conde, podeis estar más satisfecho en vuestro amor propio castigándolos; pero Dios estará más satisfecho de vos, si los perdonais. Perdonadlos, perdonadlos.

—No puede ser, no puede ser. Han puesto asechanzas horribles á mi existencia; me han perseguido, me han acosado, han ido á meditar un asesinato horrible, horrible; me han herido en el pecho, y serán siempre hoy como ayer, y mañana como hoy, los eternos enemigos de mi poder.

—Nunca creí que la venganza pudiera cegar de esa suerte á los hombres. Habia creido ver en vuestro corazon más grandeza; habia creido que érais superior á los que os rodean. Me he engañado, y siento haberme engañado. Vos persistís en vuestros ódios, en vuestras venganzas, cuando yo os pido de rodillas, deshecha en lágrimas, la vida, sí, la vida de dos séres, la vida de Margarita y Eduardo.

—¿Y quién me da á mí la vida? Vos pedís para ellos la vida material, la vida del cuerpo; ¿quién me da, quién puede darme la vida espiritual, la vida del corazon? Ellos espirarán en un cadalso, en un instante, en un instante que pasa como un relámpago, y yo viviré en un potro eternamente, viéndome morir y no muriendo, mirando cómo se evapora y se pierde mi alma, sí, mi alma, para la cual pido vida, luz, aire, amor.

—Nunca he dudado, señor conde, nunca, de que sois desgraciado. He visto vuestras desgracias, y las he compadecido. Mas, permitidme que lo dude que seais desgraciado, cuando os veo así, de esa suerte, cebaros en el infortunio, en la desgracia. Nadie tiene ménos derecho á hacer desgraciados, que el desgraciado; nadie debe producir ménos infortunios, que el infeliz. Creedlo así,

y puesto que sois desgraciado, curad la desgracia agena.

—De suerte que yo soy la concentracion de todos los deberes. Yo debo perdonar, yo debo resignarme, yo debo ser desgraciado, yo debo olvidaros, yo debo reprimir mis pasiones, yo debo no quejarme. Yo, lo debo todo. ¡Oh! Me pesa demasiado la cadena de tantos y tan graves deberes.

—Y sin embargo, nada hay que exalte al hombre como la ley del deber; nada hay tan hermoso como tener muchos lazos espirituales que nos liguen, que nos unan á la tierra.

—¡Ah! Pues casualmente, de eso me quejo yo, Angela. De que no hay un lazo, de que no existe un lazo que me una á la tierra. Cuando mi pobre madre se muera, ¿qué va á ser de mí? No tendré á dónde convertir los ojos más que á esa inmensa turba de aduladores que rodean ó importunan siempre, siempre, al poderoso. Esa es mi vida. ¿Os parece una vida grata?

—Hablamos demasiado de nosotros mismos, conde, y nos hemos olvidado de esos dos infelices. ¡Eduardo!...

—Callad, callad; dejadme que recapacite. Ya, ya, ya, Eduardo; entiendo.

—¿Qué? dijo Angela, mirando con anhelo, con ansiedad, al conde.

—Entiendo, señora, vuestras súplicas. Vos, vos habeis amado, tal vez amais á Eduardo, dijo el conde.

Angela se llevó las manos á la frente horrorizada, y se dejó caer en un sillon, porque le faltaban las fuerzas.

—Recuerdo que Margarita se jactaba de que os habia disputado, y os habia arrancado ese corazon; lo recuerdo.

—Conde, ya sabeis que mi vida es pura como el cielo.

—Sí, Angela, sí, nadie puede dudarlo. Pero vos habeis amado á ese hombre, decidlo.

—No hay para qué ocultarlo; le he amado, lo confieso; le amé un tiempo, fué mi primer amor. Ya no le amo; pero aquel amor será el último.

—¡Maldicion, maldicion! exclamó el conde. Un hombre que conoce el cielo y lo desprecia; un hombre, que merece ser amado de vos; un hombre, que ha tenido esa felicidad, esa felicidad que yo anhelo, debe morir, debe ser precipitado en los infiernos. Ni ahora ni nunca habrá compasion para él en mi alma; ni ahora ni nunca; entendedlo bien; pensadlo bien; no puede ser.

—¡Oh! piedad, piedad para él, exclamó Angela, cayendo desolada á las plantas del conde.

—Pedís piedad con el acento de la pasion, del amor. Le amais, ¿y quereis que yo perdone á un hombre que vos amais, que vos habeis amado? Nunca, nunca; debe morir. Pero va á morir en este mismo instante. Antes que salgais de este gabinete sabreis la noticia de su muerte.

—¡Oh! no, no. Yo no lo creo, yo no lo puedo creer. No sois una fiera.

—Es verdad; no lo soy. No he visto gemir á ningun corazon sin compadecerlo; no he visto oscurecerse ningun alma sin amarla; no he visto llorar nunca sin apresurarme á consolar al que lloraba.

Y el conde sollozaba triste y amarguísimamente.

—Bien, bien, conde, dijo Angela, levantándose. Demostrad ahora eso, seguid los instintos de vuestro corazon.

—Ahora no.

—¿Por qué?

—Porque la virtud tiene tambien su línea; tiene tambien su límite. Yo no lo puedo pasar, yo no lo debo pasar, yo no lo pasaré. Yo no perdono, ni ahora, ni nunca, al hombre que vos habeis

amado. No lo perdono, tenedlo entendido. No le mata su crímen ni la sociedad secreta; no le mata nada de eso, no; le mata vuestro amor. Vos sois, Angela, vos, su verdugo.

Angela, al oir estas palabras, creyó volverse loca. Daba vueltas por la sala como herida de un vértigo, como si le faltase tierra donde fijar las plantas. Su pecho lanzaba gemidos agudísimos. Su corazon latia con tal fuerza, que amenazaba salírsele del pecho. Todo su cuerpo temblaba como si una gran corriente eléctrica lo sacudiera. Era su padecimiento inexplicable, horrible, espantoso, tremendo.

El conde la seguia con la vista. Sus muestras de dolor, lejos de compadecerle, herian más profundamente su alma. Apoyada una mano en un sillon, puesta la otra sobre su herida, que se resentia, mirando con ojos encendidos por la pasion á la jóven, y riéndose con una risa epiléptica, el conde parecia tambien demente. Eran aquellas dos almas ¡ay! dos almas encendidas por grandes pasiones; eran dos almas agitadas por terribles tempestades.

—Por mí, decia Angela, como fuera de sí, por mí morir. Yo, que pretendia salvarle, yo le he asesinado. ¡Oh! ¡Oh! Santo cielo, santo cielo. No

lo consintais, Dios mio, no lo consintais. Va á morir, y á morir tan jóven. ¡Qué desgraciado! Y yo, yo le mato, yo soy su verdugo. ¡Ay! Me ahogo, me muero. Sí, yo no sobreviviré á este golpe. El remordimiento, el remordimiento helará la sangre en mis venas, y se apagará mi vida.

—Mirad cómo le ama, decia el conde. ¡Oh! Yo por un recuerdo así, por escitar un pensamiento como ese, por verla por mi causa fuera de sí, por hacerla derramar una lágrima, me encerraria en el calabozo de Eduardo, y ese calabazo seria á mis ojos un palacio; recibiria la cuchilla del verdugo, y esa cuchilla me pareceria tan grata como un beso de amorosos lábios.

—¡Oh! ¿Y podreis decretar su muerte con esa frialdad? decia Angela.

—Su muerte está decretada por vos.

—No, no. Yo no me voy de aquí hasta conseguir su perdon.

—Entonces, dijo el conde sonriéndose y calmándose un poco, no le decretaré, para que esteis aquí siempre.

—Parece imposible que aun jugueis con la muerte, y que en este instante supremo os acordeis de esas muestras de estudiada galantería.

—¡Galantería decís, galantería!

—Sí.

—Palabra bien frívola es para expresar una pasion en que se abrasa mi alma; una pasion que me trastorna el pensamiento; una pasion que ha sido mi gran infortunio. ¡Oh, Angela! Solo desearia que por un instante sufriérais mi suerte.

—¿Creeis que no la comprendo? Yo he amado como vos, y como vos he amado sin ser amada.

—¡Infeliz! ¿Y no me compadeceis?

—Os compadezco.

—¿Y no me amais?

—No puedo amaros.

—Y sin embargo, amáis á ese hombre...

—Ese hombre está unido á otra mujer. Ese hombre es el esposo de Margarita. Por consiguiente, entre ese hombre y yo hay un abismo, un abismo eterno, que no se puede salvar. No me pregunteis, conde, lo que yo no puedo, lo que yo no quiero deciros, lo que vos sabeis, si me estimais en mi verdadero valor.

—Angela, de mí no podreis conseguir nunca el perdon de Eduardo.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¡Infeliz!

—Morirá, sí, morirá, y yo me gozaré en ver-

le morir, ya que os ha inspirado esa frenética pasion.

—¡Santo cielo! ¡Dios santo!

—Morirá, porque no debe estar conmigo en la tierra un hombre que ha alcanzado una felicidad por mí ideada, como la felicidad suprema.

—¡Oh! Yo le mato, yo... decia Angela.

—Morirá, para que ese recuerdo vivo de vuestro amor muera, y pueda nacer en vuestro pecho otro amor.

—¡Oh! Eso es horrible.

—Sí, morirá.

—Señor conde, exclamó Angela como inspirada, habia creido en la grandeza de vuestra pasion; habia creido que ese amor que me pintábais podia acrisolar vuestras acciones é inspiraros grandes sentimientos; habia creido que seria en vuestra alma una voz del cielo, un presentimiento de otra vida mejor; habia creido que en las sombras de vuestra inteligencia, ese amor seria como una estrella, como un áura dulce y suave, bastante á calmar todas vuestras alteradas pasiones; lo habia creido y me he engañado.

—¿Cómo, qué decís?

—Digo que es una pasion vulgar, que es el delirio del sentido, que es un fuego voraz en que

arden y se arrastran bajos, muy bajos sentimientos; el ódio, la venganza; que es, en una palabra, una pasion despreciable.

—¡Angela! Me estais atenaceando el corazon.

—Quereis que os vea encendido por el ódio, gozándoos en la desgracia de séres infelices, y que os estime! No puede ser, conde.

—Luego vos exigís que aquí en la tierra nuestra naturaleza humana se transfigure; exigís que sea el alma una luz del cielo.

—Eso, eso exijo. La vida es un instante transitorio, y debemos apercibirnos, prepararnos para la eternidad. Y si esto no fuera así, hermosear nuestra vida es un deber, y un deber inquebrantable y sublime.

—¡Perdonad, perdonad!

Angela comprendió que el camino que habia escogido de la súplica, de la amenaza, era embarazoso y difícil, y si bien con harta repugnancia se decidió á escoger, aunque fuera mintiendo sentimientos no probados, el camino de dar alguna esperanza al conde. Este meditaba silencioso. Angela se acercó á un piano que habia abierto, se sentó, y comenzó á cantar á media voz el ária de la *Sonámbula*.

—¡Qué recuerdo! dijo el conde. Me volveis la

vida, respiro mejor, circula por mis venas con mayor libertad la sangre. ¡Qué dulce recuerdo!

—Sí, recuerdo feliz que prueba que en el mundo lo último que debe, que puede perderse, lo último es la esperanza.

—¿Qué decís? exclamó el conde, acercándose á donde estaba Angela. Repetidlo, repetidlo.

—Os decia que en el mundo, mientras la vida latá en el corazon, no debe nunca, nunca, perderse la dulce, la celestial, la consoladora esperanza.

—Y yo, yo miserable reptil escondido en el polvo, en el lodo, yo puedo transformarme por el amor en un sér digno de habitar el cielo.

Angela, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, exclamó:

—Podeis, podeis hacerlo, podeis, señor conde.

—¡Oh! ¿Qué he oido? Una esperanza en esta negra noche, un áura tranquila en este mar alborotado, una esperanza. Me volveis la vida, me dais el alma, el sér.

—Todo se puede alcanzar de un corazon, todo.

—Sí, sí, yo no debo desesperarme.

—Pero hay dos clases de amores, conde, el amor liviano y transitorio del sentido; amor que pasa como un relámpago, y el amor puro, divino

del espíritu, amor que siempre queda en el corazon, como la luz del sol en el mundo.

—Con ese amor he soñado yo.

—Pues bien, conde, ese amor, más alto que todas las cosas terrenales, ese amor tan puro, tan inmortal como nuestra misma alma; ese amor solo puede inspirarlo un corazon donde puedan caber las grandes pasiones.

—Sí, sí.

—Porque el amor del alma no muere, como la hermosura de las formas, que se acaba, como el placer que pasa, como la riqueza, como el poder, como la gloria, como todo eso que tanto halaga á la mayoría de las gentes; el amor del alma es mucho más duradero que el tiempo, y que todos los séres que mueren; mira con preferencia el interior, la satisfaccion del espíritu, la tranquilidad del corazon, la vida pura y trasparente que refleja el cielo, y sobre todo, esas grandes pasiones, puras pasiones, que son como el Thabor, donde se transfigura y engrandece nuestra existencia.

—Es verdad, es cierto.

—Mas la grandeza del alma no puede conocerse, conde, por ese estado solitario y triste en que se aisla el alma en sí misma, y desprecia el mundo. La grandeza del alma se conoce por grandes

hechos, por grandes lecciones de moralidad, por grandes y sobrehumanos sacrificios; porque al fin seguir la corriente de los hechos vulgares, de los pensamientos vulgares, de las ideas, de las acciones vulgares; seguir esa corriente es muy fácil. Lo difícil es levantarse al cielo, cincelar el espíritu con la virtud, y esa dificultad podeis vos superarla y vencerla.

—¿Y cómo? Decidme cómo; estoy dispuesto á todo.

—Oidme: ¿cómo quereis que se vea el alma?

—El alma solo se puede ver en sus acciones.

—Es verdad, eso es. Luego si el alma solo se vé en sus acciones, ¿cómo quereis amor para vuestra alma, si la presentais á mis ojos negra, vengativa, manchada de sangre?

—¡Oh! Angela, Angela, me abris los ojos á la luz del cielo.

—Si cuando yo trate de mirar esa alma, veo al par de ella dos cadáveres sacrificados á una de sus más bajas pasiones, ¿cómo quereis, conde, que yo le ame?

—Es verdad, es verdad.

—Levantaos, pues, sobre vos mismo, perdonad.

—¿Mas no puedo entrever ninguna esperanza?

—Sí, sí.

—¡Oh! ¿Qué esperanza?

—Mi amistad.

—No la quiero; la rechazo. Prefiero vuestro ódio, y como prefiero vuestro ódio, voy á mandarlos ahora mismo, sí, ahora mismo á la muerte; ahora mismo, señora, sí, para que me aborrezcais, Angela, para que me aborrezcais, porque yo necesito inspiraros úna pasion tan violenta como la que me habeis inspirado á mí.

Y el conde se dirigió á una mesa, sentóse, y se puso á escribir una órden.

—Conde, conde, dijo Angela, cayendo de rodillas á su lado.

—Ya os oigo.

—Conde, oidme, oidme un instante.

—Yo no perdono á mi rival.

—Conde, dijo Angela levantándose. Parece imposible que os cieguen vuestras bastardas pasiones, hasta el punto de insultar á una mujer. De Eduardo me separa un abismo, que no me separa de vos, dijo Angela, dulcificando con arte estas últimas palabras.

—¿Qué decís? dijo el conde, soltando la pluma y levantándose.

—Digo que de Eduardo me separa un abismo

que no me puede separar de vos. Entre Eduardo y yo hay un abismo, sí, un abismo hondísimo é insuperable, pero no así entre nosotros dos.

—¡Oh! Me enseñais el cielo para precipitarme en el infierno.

—El amor no puede nacer de súbito.

—Sí, sí, de pronto nació en mi alma.

—Es verdad; puede inspirarlo una pasion generosa.

—¿Nacida del fondo del alma?

—Puede inspirarlo un rasgo heróico.

—¿Hijo de la voluntad?

—Un gran sacrificio.

—¿Superior á nuestra naturaleza?

—Eso es, conde, eso es; la naturaleza que se vence, se salva.

—Pues salvémonos.

—Sí. Os salvais á los ojos de Dios.

—¿Sólo á los ojos de Dios?

—Y á los mios tambien.

—¿Puedo llegar á inspiraros una pasion?

—Que será más grande, segun sea vuestro heroismo.

—¿Una pasion decís? Angela, repetidlo.

—Sí. Yo que creia imposible para mí el amor, veo que puede inspirármelo un alma tan grande

como la vuestra, un alma que olvida sus heridas, un alma que se sobrepone á su sed de venganza, un alma que se purifica y transfigura, y que purifica y transfigura la mia; un alma, en fin, que olvida y perdona á sus enemigos.

—El alma que perdona, ama.

—Vos lo habeis dicho.

—Pero el alma que ama ¿no es digna de ser amada?

—¿Y lo podeis dudar?

—Luego yo...

—Sois digno de mi amor, dijo Angela cubriéndose el rostro con ambas manos.

—¿Y lo obtendré, lo obtendré algun dia?

—Conde, os voy á abrir mi corazon. Yo no puedo ser ya sino de Dios, del cielo, ó de vos en la tierra; yo os pido en cambio de esta confesion de mi alma, os pido que perdoneis.

—¡Oh! Aún puede ser mia, aún. Cielo santo, ¿qué he oido?

—Aún; porque el hombre por su misericordia se aproxima á Dios, y el hombre que se aproxima á Dios, puede obrar muchos, muchísimos milagros.

—¿Hasta el milagro de inspiraros amor?

—Hasta ese milagro.

—¡Oh! Verse amado por vos, es verse en el cielo, es adivinar otra vida; y por tan gran premio bien puede hacerse un gran sacrificio.

—¡Un sacrificio perdonor! Mejor dijérais que el verdadero sacrificio estaba en castigarlos. Os quiero más digno de vos.

—¡Oh! Yo nada puedo negaros; mi voluntad os sigue.

—Perdonadlos.

—Pero me prometeis amor, amor?

—Sí, amor intenso, amor eterno; pero perdonadlos.

—¡Oh! ¿Qué he oido, qué he oido? Sí, sí; perdon,. perdon, le perdono; esa palabra solo, haber oido esa palabra, es un gozo tal, que bien merece ser celebrado con el perdon de un criminal.

Y el conde se dirigió á la mesa, y sin sentarse escribió una órden.

Angela, dirigiéndose á un Crucifijo que habia en la pared colgado, y plegando las manos, murmuró entre dientes con gran emocion estas palabras:

—Señor; yo solamente puedo ser tuya en la tierra, solamente tuya, Señor.

El conde concluyó de escribir la órden, y dirigiéndose á Angela, dijo:

—Tomad, corred. Es la salvacion de Eduardo. Corred; le quedan pocos momentos de vida.

—¿Y la de Margarita?

—Esa víctima no me la robeis.

—Entonces, tomad; no quiero el perdon de Eduardo. Los dos deben salvarse ó deben morir los dos.

—Tomad, tomad la salvacion de Margarita; tomad, mujer ideal, mujer sublime, tomad la salvacion y el perdon tambien de Margarita.

—El cielo os premiará, dijo Angela saliendo.

—El cielo solo puede premiarme, concediéndome vuestro divino amor.

XXXI.

La última hora se acercaba para los dos infelices reos. Eduardo, en el fondo de su calabozo, se habia reconciliado con Dios, y se habia apercibido para morir. La última hora era inevitable, fatal, y estaba ya designada. A las doce de la noche debia morir; pero sin ruido, sin estrépito, en el silencio de aquel torreon. Por más que Eduardo habia pedido ver á Margarita, no le habian otorgado este último consuelo; por más que habia en varias ocasiones, con repetidísimas instancias, demandado hablar, ver algunos amigos, todo, todo le habia sido negado. Esto naturalmente habia sublevado su ánimo en la hora fatal en que su ánimo necesitaba más recogimiento.

Por mera fórmula, á las doce de la noche anterior, le habian comunicado que debia morir á las doce de la noche siguiente, y le habian concedido

los auxilios espirituales necesarios para este tan tremendo y amargo trance. Desde este punto quedó Eduardo solo para meditar en la eternidad, y en el paso horrible y negro de la vida á la muerte. Preguntó qué habia sido de Margarita, y le contestaron que debia correr la misma triste suerte y sufrir la misma horrible sentencia.

Eduardo se enterneció y lloró mucho. Lloró la desgracia de la mujer á quien se habia unido, á quien habia amado. Despues, desde el dintel de la eternidad, convirtió los ojos á toda su vida pasada, absolutamente á toda. Cruzaron como á través de un negro vidrio los dias de su niñez, los salones del castillo de sus padres, la amorosa sonrisa de su madre, el recuerdo tranquilo y feliz de su perdida inocencia, de ese estado del espíritu, que es el verdadero cielo, el verdadero paraiso en la tierra.

Pasaron las risueñas campiñas de Nápoles, su cielo siempre alegre, sus horizontes inundados de luz, sus recuerdos clásicos, la tumba de Virgilio, el laurel de Petrarca, las ruinas de Pompeya, el Vesubio, las azules y hermosas grutas de aquel mar azul y hermoso, que á través de sus diáfanas ondas, parece mostrar aún el blanco seno de las ninfas y nereidas coronadas de algas y de perlas.

Pero en este instante su recuerdo se detuvo en un punto, en las orillas del mar, en la campiña feracísima y hermosa, donde habia conocido á la hermosa Angela. Allí se le apareció el campo sembrado de flores, la fuente, que corria abundosa por la pradera, los melancólicos sáuces, mecidos blandamente por las brisas del mar, y Angela, Angela, mirando el horizonte para descubrir la barca en que iba su amado.

Al llegar á este instante de su vida, comprendió Eduardo que habia llegado á la estrella de oro que le señalaba el rumbo de su existencia; comprendió que habia llegado á la edad feliz de su alma; comprendió que habia llegado á la hora de su existencia, que debia haber durado para su felicidad eternidades. ¿Quién me la arrebató? Yo, yo, exclamaba. Y caia en un dolor tan profundo é intenso, que le desgarraba el alma y le partia el corazon.

Angela le hubiera enseñado el camino del cielo. La vida á su lado, hubiera sido como un sueño feliz, como un hermoso instante, que pasa entre recuerdos dulcísimos y dulcísimas esperanzas. Pero él, con aleve mano, habia destruido, habia borrado aquella fuente de su dicha, fuente de que podia haber corrido su vida como un claro arro-

yo, que retrata en su linfa todos los matices del cielo.

Eduardo despues volvió los ojos á los bailes, á los salones, á la vida de la corte. Desde este momento su alma, su vida, revueltas con el cieno del mundo, se perdieron para siempre, para no volver á recobrar aquella inocencia de la niñez, aquella pristina pureza de la juventud, que se consagra á un amor espiritual y santo, á un amor celeste, á un amor eterno, que lleva en sí el sello de la bondad y de la verdad divina.

Despues de haber corrido todo este penoso camino, el instante de su muerte se apareció á sus ojos. Habia derramado sangre. Solo á través de un velo de sangre podia vislumbrar la eternidad. Así es que se acongojó y padeció muchísimo, y fueron estos instantes de su vida el verdadero castigo de sus faltas, la verdadera redencion de su entristecido, amargado y turbadísimo espíritu, presa de negros colores.

Su juventud, las fuerzas que aun le quedaban, la vida que habia en su seno, las esperanzas, su misma imaginacion ardorosa, su deseo de vivir, ese deseo tan natural en todos los séres; el horror que, aun á las más valerosas almas causa la muerte, tan terrible y tan temida, todo esto llevaba al

infeliz Eduardo á un mar de negros pensamientos, en que se perdia y se anegaba su espíritu.

Morir en la flor de su juventud, morir cuando todo sonrie, cuando están las pasiones en su apogeo, cuando en el espacio que separa la cuna del sepulcro se ven brotar tantas flores; morir en esta edad dichosísima, y morir bajo el hacha de un verdugo, apagada violentamente la existencia, es una de las desgracias más grandes, más tristes, más crueles que puede imaginar el espíritu.

Eduardo contaba por instantes su vida; cada vez que se inclinaba hácia el abismo de la eternidad para sondear sus inmensas profundidades, le sobrecogia un vértigo. Pareciale que veia á Dios inclinado sobre el abismo, señalándole el eterno castigo, y su alma cayendo como una gota de plomo derretido en la eternidad, para formar y componer aquel mar inmenso de dolores, de penas y de angustias eternas.

No sentia esa inspiracion á lo eterno, á lo infinito, ese amor á Dios, que es el gran descanso y la gran felicidad del alma próxima á salir de la tierra.

Sentia, por el contrario, un temor indecible, una incertidumbre inmensa, una angustia, la an-

gustia del que ignora, ó cuando ménos vacila, en el conocimiento de su destino. ¡Feliz aquel que al volver los ojos á la eternidad, al abismarse en sus profundidades, sabe y conoce cuál ha de ser el centro verdadero de su alma! Conforme se acercaba su última hora, crecia la angustia, el dolor de Eduardo.

Cada hora que pasaba se llevaba consigo una lágrima, un suspiro, un dolor; pero la intensidad del dolor no.

A pesar de ser un desvarío, no osaba desesperar de su destino ni de su suerte. Parecíale que en algunos momentos la Providencia habia de extender su poderosísima y protectora mano sobre la frente de aquel hijo desgraciado, de aquel hijo que recurria á su amparo en los últimos instantes de su vida. Mas el tiempo trascurria, y conforme trascurria, un sudor frio, una extrema languidez desmayaba al desgraciado Eduardo.

Por fin, sonaron las once de la noche. Ya no habia remedio; iba á morir. Eduardo se paseaba como un loco por su cárcel; sus ojos, inyectados en sangre, le saltaban de sus órbitas; una respiracion fatigosísima, como el ronquido de un moribundo, le partia en mil pedazos el pecho; todo era angustia y dolor en aquella hora triste

de su larga, de su triste, de su zozobrosa agonía. Volvia los ojos por todas partes, y no descubria, no vislumbraba ni un rayo, ni un reflejo de esperanza.

Dieron las once y media. Eduardo hincó la rodilla en tierra, y comenzó á orar. Dios y solo Dios era y podia ser su refugio, su amparo, su esperanza. Habia pasado ya tanto, que ni fuerzas tenia para sentir más, ni pensamiento para imaginar, levantado y en aquella línea imperceptible que lo separaba de la eternidad, para imaginar cuál habia de ser su porvenir y suerte, cuál la transformacion inevitable de su vida. Yo no muero, decia Eduardo, yo siento que no muero. Mi vida se va á exaltar, no se va á destruir. Va á salir, á desbordarse de este vaso que la contiene. Recíbela tú, Señor.

En este instante se abrió la puerta de la prision.

Dos hombres vestidos de negro traian un gran tajo. Otro, que era el verdugo, una gran cuchilla. Detrás venia un sacerdote. Eduardo extendió sus brazos al sacerdote, que lo estrechó contra su corazon. Se reconcilió con Dios en un lado del calabozo. Sus piernas flaqueaban; pero sus ojos parecian penetrar en el denso velo de la

eternidad, y descubrir los arreboles de la gloria. En esto se oyó un ruido sordo. Era el ruido del reló que señalaba la última, la postrera hora de Eduardo. El tiempo, el tiempo iba á pronunciar la sentencia de muerte. El ruido de aquel reló hizo temblar á Eduardo. Le parecia las puertas de la eternidad que giraban sobre sus goznes. La hora fatal hirió los vientos. Eduardo cayó de rodillas, y cerró los ojos. Cada una de aquellas terribles campanadas le parecian un martillazo dado en su cerebro. Una antorcha lució en el calabozo, extendiendo lívicos resplandores. El jóven entreabrió los ojos. Dos de los esbirros le cortaron el cabello. El frio de las tijeras le hacia temblar. Otro levantaba la losa que cubria el sumidero para que corriera la sangre. El verdugo manejaba el hacha fatal que iba á cortar su cabeza. Aquel hacha, herida por la antorcha, destellaba reflejos horribles y siniestros. El sacerdote murmuraba las oraciones de los agonizantes, y su palabra era el consuelo que sobre aquel mar de dolores flotaba. Por fin, se acercó de rodilas al tajo. Le ataron las manos, y cuando habia dejado caer la cabeza sobre el tajo, esperando el golpe, se sintió un grito horrible; una mujer penetró en el calabozo, y dijo con una expresion sublime de hor-

ror: «El perdon, el perdon.» El sacerdote abrazó al reo con efusion. El verdugo dejó el hacha, y Eduardo cayó sin sentido en el seno del sacerdote, mietras Angela de rodillas daba gracias al cielo por haber llegado en aquel supremo instante.

XXXII.

Momentos despues, y cuando Eduardo hubo recobrado los sentidos, saliéronse del calabozo el sacerdote y los esbirros, y los dos jóvenes se quedaron solos. El sacerdote iba á dar á Margarita, que debia ser ajusticiada dos horas despues, la feliz nueva de su salvacion. Angela, así que vió que se habia quedado sola con Eduardo, se dirigió á la puerta para dejarle solo; pero Eduardo, interponiéndose y cortándole el paso, exclamó:

—¡Ah! Angela, Angela; una palabra.

—¿Qué me quereis?

—Angela, perdon, perdon.

—No os entiendo.

—Angela, me habeis devuelto la vida, cuando yo os habia dado la muerte, Angela.

—He hecho por vos lo que era de mi deber.

—Nada me debíais, sino el olvido.

—Os debia la proteccion y el consuelo que debemos á todos nuestros semejantes.

—¿Y no ha habido otro móvil en ese corazon?

—No puedo deciros nada de lo que siento.

—¡Oh! Ni un recuerdo de aquellos dias.

—He venido á salvaros; lo he cumplido, y me voy.

—Angela, por piedad, detente, escucha un instante, un instante no más á Eduardo.

—¡Caballero! ¿Quién os ha autorizado para usar conmigo ese lenguaje?

—El recuerdo de aquellos dias de bendicion en que tu alma y mi alma se penetraban y se confundian, y se perdian como el aroma de dos flores.

—Parece imposible, Eduardo, que aún te goces en mi bárbaro martirio; parece imposible que aún recuerdes tú esos dias. Demasiado presentes se hallan en mi memoria. Yo miraba al mar, y no venias; aplicaba el oido á las brisas, y no oia tu canto; y todo era en mí dolor y angustia. Llegué á creer que te habia tragado el mar. A veces les preguntaba, en mi desvarío, noticias de tí á las ondas. Creí que te habian tragado. ¡Ah! No podia yo nunca imaginarme que existiera un mar más hondo, el triste mar del olvido.

—Es verdad, Angela, falté á todos mis juramentos.

—El amor que me habias jurado, se extinguió en tu alma. Mi imágen se borró de tu memoria. Mientras lloraba yo, tú reias; mientras yo corria en pós de tus brazos por las calles de Nápoles, afligida y llorosa, tú, tú en brazos del placer, olvidabas á esta infeliz, á quien hiciste eternamente desgraciada.

—Yo, yo, Angela, yo te he amado siempre.

—¡Oh! ¡Qué desvarío, qué desvarío! Vos, dijo Angela, vos perteneceis á otra mujer. Esos recuerdos han sido el delirio de un instante. No, no, yo no recuerdo nada, absolutamente nada. Todo ha huido de mi mente y todo se ha borrado de mi corazon. La infancia, el recuerdo, la escitacion en que estaba, las emociones, todo eso me ha trastornado un instante. Yo no recuerdo ya nada; me sois indiferente; os he olvidado, aunque nunca, nunca pueda aborreceros.

—Yo reconozco, yo confieso mi crímen; crímen horrible, crímen negro, que me persigue y me acosa, y es el gran tormento de mi vida. Si yo he buscado el placer, lo he buscado por huir del recuerdo de mi crímen; si yo he cometido un crímen, lo he cometido por ahogar ese recuerdo

en sangre. Y ahora mismo, á la hora de morir, pasaba ante mis ojos como una sombra, y era lo único, lo puedo jurar, lo único que yo veia y ennegrecia y atormentaba los últimos instantes de mi vida.

—Siento que seais tan desgraciado, y con mi propia sangre lavaria esa desgracia.

—¡Oh, Angela! Pensar que el ángel de mi inocencia padecia por mí, pensar que lloraba...

—Eso, Eduardo, eso no lo habeis pensado nunca.

—Cuán severamente me tratais.

—No tanto, en verdad, como debiera.

—Me dais la vida, y me robais la calma.

—Eduardo, me voy; mas antes, oidme.

—Hablad, hablad.

—Sed virtuoso.

—¡Ah! No puedo serlo, Angela, porque el génio del bien no está á mi lado.

—Callad, Eduardo. Teneis una esposa y es preciso que la ameis. Mas para amarla, no olvideis que sois hombre, que no debeis dejaros arrastrar por sus pasiones. Yo, que no debia volver á veros, que os he dado pruebas de que no me sois indiferente, os ruego rendidamente que busqueis el recto camino de la vida, y no esas tortuosímas

sendas, que solo conducen á un abismo. Adios.

—Angela, Angela, por piedad, un instante, deteneos.

—No puede ser. Estos instantes son fatales, traen recuerdos muy tristes á mi memoria.

—¿Os acordais aun de aquella tarde en que yo me ahogaba?

—Sí, sí, dijo Angela, olvidada de todo lo presente. Y tu esquife se perdia, y te gritaban que te volvieras á Nápoles, y tú no querias... Y cuando te viste perdido, abandonaste tu barquichuelo, que se estrelló y se perdió, y á nado arribaste á la orilla y traias en una mano un ramo de violetas que habías cogido para mí, y las salvaste y me las diste, como si hubieras venido tranquilamente. Y llevamos aquellas violetas, salvadas por tu arrojo, despues de haberlas regado con nuestras lágrimas, al pequeño altar de aquella Vírgen milagrosa que invocan todos los marineros de la comarca. Y... ¿pero qué digo, qué digo? ¡Ah! Me habia olvidado; caballero, caballero, yo he olvidado todo eso; no, no me creais.

—No, no te arrepientas, Angela, de dar rienda suelta á tu corazon. Yo te amo, te amo aún. No importa que un negro vapor se haya levantado de los abismos para encubrirme la verdad de

lo que pasaba en mi pecho; no importa que el perfume de los placeres materiales me haya embriagado hasta el punto de borrar de mí tu imágen, no; Dios, Dios, al verme indigno de tí, me separó de tí; pero ahora que me he acercado al abismo de la eternidad, ahora que con un pié puesto en el dintel de la tumba he podido ver, mirar, examinar mi alma, ahora te digo que he conocido que tu amor fué siempre el aroma de esta vida, amor empañado solo por mi corrosivo aliento.

—¡Eduardo! calla, calla; estamos ofendiendo á Dios. Cada una de esas palabras es una acusacion tremenda contra nosotros mismos. Dios, que nos oye, debe maldecirnos. Si me amas, si es verdad que me amas, si es cierto que has conocido cuán grande fué tu error al abandonarme, ocúltalo en lo más profundo de tu corazon, y guárdate esa idea en lo más hondo de tu conciencia. Entre nosotros dos hay un abismo más hondo que la misma eternidad.

—¡Un abismo! ¿Quién puede impedir nuestra ventura?

—Tu esposa; Margarita.

—¡Santo cielo! Me habia olvidado de ella. ¡Justo cielo!

—Ya lo sabes, Eduardo. Nada hay en el mun-

do que pueda unirnos, nada. La muerte misma nos separa. Tú debes dormir el sueño de la muerte en el mismo sepulcro que tu esposa; debes vivir la vida de la eternidad á su lado.

—Es verdad, es verdad.

—De mí no te acuerdes, no te acuerdes. Encierra mi nombre, mi imágen, mi recuerdo, en lo más profundo de tu memoria.

—¡Santo cielo! ¿Y no podemos ya amarnos?

—No. Esta misma conversacion, nacida de lo extraordinario de las circunstancias, es una ofensa al cielo.

—¡Ofender al cielo por amarte! ¡Ofender al cielo por decirte todo cuanto pasa en mi corazon! ¡Ofender al cielo con este amor tan puro como el alma de un niño, por este fuego, en que se acrisola y se purifica mi alma! ¿Se puede ofender así al cielo?

—Sí, porque todos estos sentimientos, todas estas ideas, debes guardarlas para tu mujer, para Margarita.

—¡Oh! Siempre martirizándome con ese recuerdo. Déjame un instante la gloria del olvido; déjame volver con el corazon inundado de alegría y el pecho rebosando felicidad á los tiempos tranquilos, en que el campo, lleno de flores y mari-

posas, no estaba tan hermoso ni tan tranquilo como mi corazon, lleno de las ilusiones de tu amor. Déjame que me pierda en aquellos recuerdos, que me desvanezca en aquel mar de inefables delicias, que me embriague con este tu aliento, que derrama una fragancia deliciosa en los aires.

—¡Ah, Eduardo! Tambien mi alma vuelve siempre hácia aquellos tiempos los ojos. Todo cuanto en mi arte ha habido de grande, de inspirado, todo ha salido del seno de aquellos tiempos tranquilos y dichosos. El recuerdo de las ilusiones que entonces agitaban con sus alas mis sienes, la vista de aquel mar tan risueño como mi conciencia, todo cuanto pasó entonces á nuestros ojos, todo guardaba tesoros de inspiracion. Mas ¡cuánto he padecido! No puedo decírtelo.

—¡Has padecido!

—Mis ojos se secaron de llorar; mi memoria, siempre fija en un punto, fué siempre para tí, siempre para tí. Fué el santuario de tu nombre. Mas ¡ay! me atormentaba mucho recordarte y no verte. Mi corazon no podia abrirse á ningun sentimiento. Tú eras todo su amor. Mas ¡ay! sentia mucho, y cuanto más sentia, más me atormentaba el sentimiento. Creí volverme loca; daba mi voz al viento á todas horas llamándote; palideció

mi rostro, y se nublaron mis ojos. Creí volverme loca.

—Maldicion sobre mí que he podido saber lo que era amor, y lo he despreciado; maldicion sobre mí.

—Pero qué, ¿te he dicho que te amaba? No lo creas, no lo creas. No te amo, no te amo. Me olvidé al instante de tí; supe que amabas á otra mujer, y te olvidé. Porque al fin, ¡oh! al fin, al fin... No sé lo que digo. Adios, Eduardo, adios para siempre. Salvarte me cuesta un sacrificio, pero lo haré.

—Sacrificarte por mí, que te he sacrificado tambien á mis caprichos.

—He prometido solemnemente al conde Asthur mi corazon en cambio de tu vida.

—¿Qué oigo, Angela, qué me has dicho?

—El cielo ha oido mi juramento.

—¿Tu juramento?

—Sí. Solo á este precio he podido salvarte.

—¡Oh! Y creia que me salvaba.

—No, ¿no te he salvado?

—De la muerte, sí; pero no de un tormento más terrible que la muerte.

—¿De qué tormento?

—De los celos.

—¡Eduardo!

—¡Tú en brazos de otro hombre, y de otro hombre mi enemigo! Angela, Angela. Valiera más que hubieras consentido que el verdugo hubiera cortado mi cabeza; valiera más que me hubieses pateado mil veces las entrañas, y hubieras reducido á polvo mi corazon, que no, Angela, venir á salvarme, rindiéndote á mi enemigo, entregándole esa alma, que era mia.

—Mi alma, despues de tu casamiento, es libre.

—Libre delante del mundo.

—Sí.

—Pero no libre delante de Dios.

—¿Por qué?

—Porque tú me amas.

—¡Yo!

—Y el amor es un lazo que une á dos séres en presencia de Dios; el amor es la confusion de las almas; el amor es la verdadera esencia del juramento que en el altar se presta.

—Segun eso, tú amabas á Margarita.

—Angela, no miremos ahora eso. Yo he faltado, mas mi falta no autoriza la tuya.

—Tienes razon, Eduardo. Dios me ha destinado siempre á ser víctima. Amada por tí, y amán-

dote, y de ti separada; amada por el conde, y no pudiendo apagar ese amor, me he decidido á un gran sacrificio, á separarme del mundo, á refugiarme en el seno de Dios. Para mí ya no puede haber ni dicha ni alegría.

—Yo, yo, Angela, he faltado á todo cuanto te debia; yo he arrojado esa gran desgracia en tu vida; yo te he hecho infeliz, sí, infelicísima; yo soy tu sombra, tu eterno tormento; yo debo ser castigado por el cielo; pero te amo. Sea cualquiera mi suerte hoy, Angela, aquí en mi corazon vives como el primer dia. Mi alma te ama, mi alma se recrea en contemplarte, mi alma se extasía en presencia de tu bendita imágen, que guardo fielmente dentro de mi pecho.

—¡Oh, Eduardo! Yo debo partirme de aqui. Siento dejarte. Esta despedida es tan triste como el último dia que nos vimos. Voy á meditar en mi destino. Un instante ha podido cegarnos. Tú me has revelado, y yo te he revelado lo que pasaba en el corazon. Mas estas palabras no deben volver á salir de nuestros lábios. ¡Que caigan sobre el alma, y que la abrasen! ¡Que devoren, si es posible, nuestra vida! Pero que no salga nunca, nunca á los labios. Te lo ruego por todo cuanto puede haber de sagrado en la tierra. Adios, ¡oh,

Eduardo! Yo no puedo oir vuestras palabras. Me voy para siempre. Yo rogaré á Dios que os haga feliz, que haga feliz á Margarita. Ya que os habeis unido al pié de los altares, que el cielo bendiga vuestra union. Yo solo quiero vuestra felicidad; ese es todo mi deseo, ese es todo mi anhelo, esa es toda mi dulce aspiracion aquí en la tierra. Adios, Eduardo, adios. No puedo, no debo estar un instante, ni un solo instante más aquí. Adios, Eduardo.

Y Angela salió del calabozo llorando á todo llorar. Eduardo se quedó en él como herido de un rayo. No hacia más que pasarse la mano por la frente á ver si era ilusion, si era sueño, si era engendro falaz de su fantasía aquella terrible noche. La eternidad abierta á sus plantas; el ángel de su amor saliendo de ese negro abismo; su dicha desvanecida; su vida recobrada; todo le parecia ilusion, todo, todo le parecia mentira, falaz engaño de su mente.

Cuando más embebido estaba en su pensamiento, se abrió la puerta del calabozo, y aparecióse Margarita, llevando una linterna en la mano. Estaba pálida, como de haber sufrido largo martirio, mas una alegría inexplicable centelleaba en sus ojos.

—Ya somos libres; vámonos, vámonos.

—Acaso esa libertad sea un dón fatal, dijo Eduardo con indiferencia.

—¿No te complace verme, Eduardo, cuando habias acaso desesperado de volver á verme? ¿No te complace respirar el áura purísima de la vida? El verdugo ha huido, han huido los esbirros; estamos solos en este frio calabozo. Vámonos, vámonos.

—¿Y sabes, Margarita, á quién debemos la vida? ¿Lo sabes?

—No.

—Se la debemos á Angela.

—¡Ah!

—Si, á Angela.

—Eduardo, conozco que de tu corazon no ha salido nunca el amor á esa mujer.

—A ese ángel dijeras, y dirias mejor; á ese ángel, cuyo nombre no se caerá de mis labios, cuyo recuerdo no se caerá jamás de mi memoria.

—¡Eduardo! ¿De qué sirve la vida que nos han dado, si la emponzoñas con esas palabras?

—Por lo mismo te decia, Margarita, que la vida, esa vida que nos han concedido, acaso sea un dón funesto.

—¡Oh! no. Debámosla á quien la debamos, es siempre un dón precioso.

—¡Ay! Acaso si ahora durmiera yo en la eter-

nidad, todo recuerdo de la vida se hubiera en mí extinguido, ó en leve polvo convertido, en ese leve polvo que arrastra el viento; acaso no tendria este inmenso torcedor en mi conciencia.

—Eduardo, ¡que así envenenes tu felicidad!

—¿Crees que en la vida se falta alguna vez á la ley moral sin sentirse todas las consecuencias de esa falta? ¿Crees que es posible vivir cuando una sombra, un remordimiento acompaña, sigue y persigue siempre nuestra vida? ¡Oh! El hacha del verdugo hubiera destrozado en un instante mi cabeza; pero este recuerdo, este hachazo contínuo de hoy, de ayer, de mañana, de siempre, es más cruel, sí, mucho más que la terrible hacha del verdugo.

—¡Ah! ¿Te has vuelto loco?

—Lo estoy, lo estoy, Margarita. La he visto aquí en la oscuridad, como un ángel; la he visto cegando el abismo de la eternidad, devolviéndome la vida; la he visto llorar, y recordarme mi crímen; la he visto arriesgarlo todo para hacer feliz al mismo que la ha hecho desgraciada. Se necesita tener corazon de hierro, corazon de hiena para no sentirse dolorido de haber causado la infelicidad de un ángel, infelicidad tristísima, cruel, irreparable.

—¡Ay! ¿Y mi felicidad?

—Tu felicidad; no la invoques aquí. Tu felicidad ha sido su desgracia.

—Me aborreces.

—Te debo aborrecer.

—Soy tu esposa.

—Union nefanda, que empezó por el vicio, se cimentó en un perjuro, y ha concluido con un crimen.

—Me insultas, Eduardo, insultas á tu esposa.

—Calla, calla, no me lo recuerdes, no me lo digas.

—¡Cielo santo! Me aborrece.

—Sí, te aborrezco. Yo solo á ella puedo amar, solo á ella.

—Amala en buen hora. Eduardo, adios, adios para siempre, adios. Me has herido en lo más profundo del alma.

Y Margarita salió del calabozo y del torreon, cuya puerta estaba entornada, y se dió á vagar por las calles sin saber dónde ir. El alba comenzaba á despejarse por los horizontes; Margarita se olvidó un instante de sus penas, al ver el alba y al respirar libremente el aire. Por fin llegó á la puerta de su casa, llamó y fué recibida por sus criados con trasportes de verdadera alegría.

XXXIII.

Al dia siguiente de estas escenas que acabamos de referir, el conde escribió la carta siguiente á Angela:

«Angela: Os acabo de dar una de las mayores pruebas de lo que es para vos mi corazon. Yo, vengativo, he abandonado mi venganza á un solo mandato de vuestros labios. ¿Persistireis en ser ingrata? Angela, cuando la palabra de una mujer tiene este mágico influjo en el alma, es porque en esa palabra vá envuelta para el alma la vida. Os lo digo como lo siento. La vida para mí sin vuestro amor es imposible. Este amor ha creado una segunda alma en mi alma, un nuevo pensamiento en mi pensamiento. Yo, como no me olvido de mí, no me olvido nunca de vos. No, me he engañado. En sueños me olvido de mí, pero nunca de vuestra imágen. Seria ofender á Dios

creer que me habia inspirado esta pasion para mi mal, para mi tormento. Dios no manda ángeles al mundo sino para dar consuelos, para derramar á manos llenas sus tesoros. Por eso yo os pido un rayo de vuestra mirada, un suspiro de vuestro pecho. ¡Ay, Angela, Angela! el cielo se cerraria á mi esperanza, si vos me abandonárais. Dios, permitidme esta arrogancia, al crearos debió tener presente mi alma. Solo así puedo explicarme esta pasion infinita, este amor celeste, divino. Es el alma que sube como el fuego al cielo; es la vida que me rodea como una atmósfera; es la divina luz de todas mis obras, el norte de todas mis acciones; todo esto y mucho más ¡ay! es la pasion infinita que siento por vos. Aún recuerdo el primer dia que os ví transfigurada por vuestro canto, por vuestro arte, como si alzárais el vuelo á otras regiones más limpias y serenas. Mi alma comenzó por dejarse llevar de aquella armonía, á la manera que la hoja del árbol que cae en la corriente de un arroyo. Cuando concluísteis, mi alma se habia perdido en vuestra alma, como la gota de lluvia en el mar.

Yo desde entonces no me hallo en mí. Busco mi pensamiento, y mi pensamiento es vuestra imágen. Busco mi corazon, y mi corazon es vues-

tro recuerdo. Me busco á mí, y no me encuentro, no estoy en mí. Sin duda, mi alma ha volado á esa alma; se ha perdido mi sér en vuestro sér. Dios me ha robado la vida, porque no es mia, nó, es vuestra. Amor es, Angela, este que siento, exaltado. Hay muchos instantes en que desearia olvidaros. Me lo propongo como un fin; pero al querer olvidar, os recuerdo con más intensidad. Por eso deseo olvidaros, por teneros más presente. Vivís aquí. Yo no tengo sentimiento sino para amaros, ni fantasía sino para imaginaros amante, ni voluntad sino para seguiros, ni idea ni memoria sino para pensar en vos y recordar mi pensamiento. Sí, Angela; si viérais mi alma, os compadeceríais de ella. Me acerco á vos fatigado y anhelante. Mis ojos están secos de llorar vuestros rigores. Mi corazon está sin sentimiento de puro sentir, sin vida de puro vivir. Yo no puedo ser consolado. La naturaleza me parece inerte y fria. Solo me gusta ver el cielo que se refleja en vuestros ojos, y recibir la luz que proviene de vuestra lánguida mirada. ¡Oh! Creedme, creedme. Cuando una pasion ha echado tan profundas raices en el corazon, esa pasion no se acaba sino con la vida. ¿Qué digo, la vida? Más allá de este mundo, pasará con mi alma esta idea, este sentimiento.

Cuando pienso en que no puedo concebir esperanza, caigo en una tristeza infinita. Todo me sobra, todo. La vida me es pesada, el corazon inútil, é inútil el pensamiento. En estos dias, la muerte podria venir hasta mí, segarme impunemente la garganta con su guadaña. No la sentiria; en tan horrible estupidez ha caido mi alma. ¡Oh, Angela! Mi vida está en vuestras manos, en vuestra voluntad. Yo no soy dueño de mí. No puedo dejar de escribiros. En cuanto hago, no soy libre. Una fuerza me domina, me arrastra; una fuerza de que no puedo libertarme, de que no puedo desasirme. Es vuestra voluntad, vuestra alma, vuestro sér, toda mi vida. Si pudiera abrirse el pecho, sacar el corazon y mostrároslo, veríais acaso el fuego de esta pasion en que me abraso. Quizá compadecieran vuestros ojos lo que no compadece vuestra alma. Cada una de estas palabras es como el pedazo de lava que arroja un volcan. El hervidero de mi pasion queda siempre en el fondo del alma, de esta alma dolorida, desgarrada, enferma. No me mateis, Angela, no mateis al—Conde de Asthur.»

XXXIV.

Es necesario, para saber las consecuencias de esta carta, volver los ojos á Margarita. A pesar de los varios afectos del dia y de la noche, Margarita se durmió profundamente, muy profundamente. Despues despertó, y llamó á su doncella favorita.

—¿No ha venido el señor?

—No, señora.

—¡Me ha abandonado! dijo Margarita, retorciéndose los brazos de dolor.

—Señora, pensad en que habeis sido salvada de la muerte.

—Es verdad, es verdad. No sé lo que ha pasado por mí.

—Ya estais entre nosotros.

—Pero se lo debo á Angela.

—Ciertamente. Dicen que se vá á casar con el conde Asthur.

—¿Qué oigo? Con el conde.

—Sí, con el conde, que está por ella casi loco.

—¡Oh! Eso es terrible, y debe evitarse á toda costa.

—¿Y cómo lo vais á evitar?

—Se me ha ocurrido un pensamiento.

—¿Cuál?

—Voy á vengarme de los dos.

—¿A vengaros?

—Sí, á vengarme.

—Señora, pensad en vuestra libertad.

—¡Oh! no, yo no abandono mi venganza, mi terrible venganza.

—¡Señora, por Dios!

—He pasado dias terribles en la prision. Me vengaré de mi verdugo. Me ha abandonado mi marido, me vengaré de mi marido. Se ha interpuesto Angela en mi camino, me vengaré de Angela.

—Desechad esos pensamientos.

—No puedo, no debo. Cuando el corazon chorrea sangre, la sangre solo se estanca, solo, con la venganza.

—Ay, señora, presiento nuevos males.

—¡Ah! Le diré al conde que Angela ama á Eduardo; le diré que Eduardo me ha abandonado por Angela. Esto taladrará su corazon, y ya me he vengado de él con más certera puñalada. Haré que ese matrimonio se acabe, y me he vengado de Angela; desataré las iras del conde sobre mi esposo, y me vengaré de mi esposo.

—Por Dios, meditad en las consecuencias de ese paso fatal.

—Lo he meditado. Llevo en mi frente la señal de mis insultos. Yo lavaré esos insultos, yo, con mi propia mano. Me han pisado.

—Acordaos de que os han salvado.

—Sí, para herirme en el corazon, malvados.

—Señora, pensad en vos.

—O vencedora, ó vengada.

Margarita temblaba fuertemente. Su accion era vil hasta lo sumo. Su decision era consecuente con toda su exaltada vida, de exaltadas y terribles pasiones. Se sentó delante de una mesa como azogada. Sus ojos despedian horrible rabia. Cogió la pluma, como si cogiera un puñal. La fijó en el papel con alegría feroz, y riéndose con una carcajada epiléptica, escribió aquellos infernales renglones. Despues, como un asesino que perpetrado el crímen arroja el puñal, dejó la pluma, y

sonando su timbre, dijo al criado, que entró al instante.

—Esto á casa del conde Asthur. ¡Ah! Estoy ya vengada; no sabia yo que era tan fácil mi venganza.

XXXV.

Mientras Margarita escribia esta carta asesina y traidora, que debia ir á parar á manos del conde, Angela le escribia tambien la siguiente carta:

«Señor conde: He recibido vuestra carta. No dudo de ese amor que tanto me encareceis. Lo siento y lo compadezco. Bien sé que una promesa formal me une á vos; bien sé que el perdon generoso otorgado á Margarita y Eduardo ès una prenda y una satisfaccion, que os realza mucho, muchísimo á mis ojos. Mas ya sabeis cuán rebelde es á la voluntad el corazon humano. Yo estoy cansada de esta vida, que á nadie aprovecha, de esta vida que se pierde y se evapora. Por eso, señor conde, en mi ánimo vuela una idea, que voy á consultar con vos, una idea que me atormenta hace tiempo. No servir para nada, para nadie en el mundo, es el mayor de los males.

Volvemos los ojos atrás, y nos encontramos con que hemos cruzado por un desierto, sin que de nosotros quede, ni rastro, ni huella, ni memoria. De nosotros en la tierra solo sobrevive el bien, y el bien debe ser un gran mensajero en la vida inmortal, que tras el sepulcro nos aguarda. En la imposibilidad de hacer el bien, todo el bien que anhelo, he decidido consagrarme á Dios. Mas para consagrarme á Dios, no quiero pasar una vida estéril, entregada á la meditacion y á las oraciones. Tal género de vida, en cuya eficacia y santidad no entro ahora, ha sido siempre contrario á mi voluntad, á mi carácter y á la idea que yo tengo de la posible perfeccion en la tierra. Para ser perfecto, es necesario luchar, y luchar con fé y con gran constancia, y derramar el bien á manos llênas aun sobre la tierra dura é ingrata.

Conozco que todo esto será para vos muy largo y muy pesado. Mas perdonadme, conde. Os quiero como á un amigo, y os confio mis secretos. Vais á saber todo lo que pasa en mi corazon, vais á juzgar, vais á aconsejarme. Continúo, pues, con vuestra vénia. Una idea cruza por mi mente; quiero ser á toda costa hermana de la caridad. No hay vida en mi sentir tan exaltada, tan virtuosa, tan digna de Dios y del cielo.

No vivir para sí, y vivir para los demás; llorar con todos los que lloran, sufrir con todos los que sufren; inclinarse sobre la cabeza del enfermo y aliviarle en sus males; orar al lado del moribundo y recoger su último suspiro; ir á los campos de batalla, donde todo es ódio, á verter el amor, la caridad, la vida; enseñar al huérfano sus deberes; aparecer en todas partes como un mensaje de la Providencia, como un íris de paz y de consuelo, es un destino que me parece más hermoso, más grande que todas las coronas del arte, que lucen un instante y se apagan luego, sin dejar tras sí nada más que el fosfórico fuego fátuo, el recuerdo del placer.

Yo lo confieso, conde, yo he amado mucho, he amado con todo mi corazon, y ahora me persuado de que no he amado un objeto, sino por la exaltacion de mi amor hácia toda la humanidad. Mi amor, y os hablo con entera franqueza, mi amor es demasiado grande, demasiado intenso para fijarse en un solo hombre. Es el amor que me posee como el alma de mi alma, que ya no cabe en mi cerebro, y estalla y lo rompe; que ya no cabe en mi corazon, y lo desgarra. Siento un anhelo vivo, vivísimo, de sacrificarme, sí, de sacrificarme por mis hermanos. Yo no quiero, ni mis triunfos

fáciles en el teatro, ni mis amistades del mundo. Quiero dejar de mi alma una huella inextinguible; la única huella que el alma deja en la tierra, es la virtud. Considerad vos mismo qué va á ser de mí, sin esta decision suprema. Tal vez mañana Dios aparte de mi lado á mi madre. Mi corazon se ha cerrado completamente al amor. Cuando yo no amo á un sér como vos tan digno de ser amado, es porque Dios no ha querido concederme el dón divino del amor. Sola, sin familia, destinada á distraer el fácil oido de gentes frívolas, de elegantes insensibles, de cortesanos corrompidos, mi porvenir es tristísimo, mi vida es inútil. Recurriendo ahora á esta decision suprema, recurro al único puente que me resta para pasar tranquilamente de esta vida á la eternidad. Me despido de mis coronas artísticas como de un peso abrumador. Abandono la gloria, los aplausos, como si abandonara la candente atmósfera de una gran tempestad. Huyo del mundo, como el prisionero de una cárcel.

Cierro mis lábios y apago mi voz como si apagara un gran lamento. Me parece que voy á entrar en la eternidad. Hasta ahora mi alma ha revoloteado por la vida como el ave entre las ráfagas de las grandes tempestades y de los hor-

ribles huracanes. Desde hoy me parece que he encontrado el árbol donde puedo respirar, aguardando tranquilamente la muerte. Creedlo, os lo digo con toda la ingenuidad de mi carácter, con toda la sincera expontaneidad de mi alma. Levantada en el dintel de otra vida, volviendo anhelante los hojos al tiempo que dejo tras de mí, resuelta ya y decidida á subir al último escalon de mi destino, solo un recuerdo me enternece, vuestro recuerdo; solo un sér me arranca una lágrima, vos, vos, señor conde; porque yo os hubiera amado si no fuera tan infeliz, tan desgraciada. Me ahogo de dolor. Adios.—ANGELA.»

El conde recibió esta carta, la leyó y se sintió poseido de una desesperacion inexplicable. Perder á Angela era una sentencia de muerte para el conde. Su dolor, en tan supremo instante, fué tanto mayor cuanto que alguna vez quiso vislumbrar, entrever un destello, un relámpago de esperanza, de esas esperanzas fugaces que nunca abandonan al desgraciado.

Su dolor en este trance fué intensísimo. Lejos de tomar ese aspecto de horrible desesperacion, tremendo, mas pasajero, tomó el aspecto de una tristeza infinita, de una de esas tristezas que no asoman al rostro, y apagan poco á poco la luz de

la vida con un soplo. Volvió el conde los ojos á todos lados, y no encontró ningun consuelo, ninguno. Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y empezó á murmurar estas palabras:

—¡Oh! Ha llorado por mí. Si yo pudiera beberme esas lágrimas..... Me abandona á mi dolor, á mi desesperacion; ángel puro, ángel divino. Creo que me moriré. He llegado á concebir esa esperanza. Sí, sí, me moriré, me moriré. ¡Qué felicidad! Ya estoy tranquilo; respiro mal, toso mucho, siento una calentura lenta; Dios se ha compadecido de mí, y me envia la muerte. En este fuego acrisolaré todas las manchas de mi vida. Yo me muero de amor, y el que se muere de amor debe encontrar misericordia en Dios. ¡Ah! yo imagino á Angela, pisando estrellas en el cielo, resplandeciente de hermosura, entre los coros de los ángeles, entonando el cántico de la bienaventuranza. Yo, si no puedo conseguir su amor en la tierra, lo conseguiré sin duda alguna en el cielo. Sí, sí, porque me muero.

Cuando el conde estaba embebido en estas reflexiones, apareció su criado Frank.

—Señor conde.

—¿Qué quereis?

—Una carta.

—¿Por qué has entrado á interrumpirme?

—¡Ah! Me han dicho que era urgentísima.

—Bien, déjala ahí.

Frank la dejó y salió.

—El conde cogió distraido la carta; fijó la atencion en el sobre.

—Es letra de Margarita, dijo. Será dar gracias por el perdon. Bien está, dijo, y la dejó caer sobre la mesa.

Despues dió dos ó tres paseos por el gabinete, embebido en su idea, que nunca le abandonaba. Maquinalmente cogió la carta, la abrió, y comenzó á leerla. Conforme leia, se contraian sus facciones, se saltaban de las órbitas su ojos, temblaba todo su cuerpo. Veamos qué decia esta carta fatal:

«Señor conde. Sé que os debo la vida. Mas por lo mismo, creo de mi deber revelaros un secreto que pesa gravísimamente sobre mi conciencia. Angela os ha engañado, Angela ha querido salvar á mi esposo, al que era su amante, al que lo es hoy, pues me ha robado su amor. Allí, en el oscuro fondo de aquel mismo calabozo, he oido yo, yo, sus ósculos de amor, que han sido una grave, gravísima injuria contra mí. Ya veis que os engañais en el juicio que sin duda habeis formado

de Angela. Desde el momento en que descendió al calabozo Angela, yo no he vuelto á ver á Eduardo. Andan sin duda entregados á ese amor, sí á ese amor criminal que vos habeis protegido, que vos habeis alentado con vuestro generosísimo perdon. Creo de mi deber en este instante pagaros vuestro perdon con esta carta, y para que conozcais todos los abismos, todos los corazones que os rodean. Si deseais saber cuál ha sido el móvil de mis acciones, de todas mis acciones en este supremo instante, recordad, recordad que os debo la vida, y que esta gratitud me lleva á revelaros secretos, que pesan con inmensa pesadumbre sobre mi conciencia. Adios.—MARGARITA.»

El conde, en el primer instante, despues de haber leido la carta, la estrujó como para arrojarla en el suelo. La rabia, la pasion le cegaron. Los celos se despertaron atropelladamente en su corazon. Recordó que Angela le habia hablado de sus amores á Eduardo. Aquel recuerdo, como una puñalada, le taladró el corazon; le hirió profunda y amarguísimamente.

Mas bien pronto la reflexion dominó al sentimiento. El recuerdo purísimo de Angela, se deslizó como una estrella sobre las alteradas ondas de sus pasiones, sobre el rumor horrible de sus

celos. Era imposible que Angela, aquella mujer tan virtuosa, tan buena, tan ideal, manchara en el lodo las blancas, las hermosas alas de su alma, la pureza de su corazon y de sus sentimientos.

El amor que el conde profesaba á Angela, era un amor puro, un amor verdadero. Más que la pasion tempestuosa y pasajera del sentido, era la pasion intensa, profunda, del alma. Así, sus celos pronto cobraron serenidad; sus dudas se desvanecieron, y el amor á Angela, vivo en su corazon, ardiente, exaltado, pero ingénuo y puro, ese amor le convenció de que Angela era pura como el pensamiento que inspiraba á su mente, y el casto afecto que inspiraba á su corazon. Despues el conde conocia de antiguo á Margarita, sus rencorosas pasiones, sus venganzas, su innoble corazon, sus perversísimos sentimientos, y sabia hasta qué punto se dejaba llevar, arrastrar de sus pasiones, y cómo sus pasiones la cegaban hasta no ver nunca, nunca, cuando se encontraba en este período de delirio, ni la verdad, ni la virtud, ni la justicia.

Así, tomó el conde una decision, que nosotros no calificaremos, pero que sirvió mucho para acelerar de una manera triste el desenlace de esta triste historia. Inmediatamente que recibió esta

carta, que pensó en la maldad de Margarita, que se persuadió de que no era, no podia ser cierta la infame acusacion de Angela, aquella acusacion que el génio del mal habia querido escupir á la frente de la mujer que él amaba, se decidió á mandar esta carta de Margarita á Eduardo, con estas terribles palabras:

—Ahí teneis, Eduardo, ahí teneis una imágen fiel de la maldad de vuestra esposa.

XXXVI.

Casualmente Eduardo en todos aquellos dias no habia intentado mas que ver á Angela. Deseaba postrarse ante el ángel que se le habia aparecido en el calabozo, al dintel mismo de la eternidad, y lo habia apartado del borde horrible del sepulcro.

Mas Angela, con esa virtud severa, verdadero distintivo de su vida y de su génio, se habia negado á toda suerte de entrevista. Una tarde, al anochecer, salia Angela á sus visitas cotidianas, á la casa del pobre, del desvalido, á repartir el pedazo de pan que le sobraba, y ese otro pan más sabroso aún, el consuelo del espíritu. Eduardo se le acercó.

—Angela, dijo.

—Caballero, no os conozco.

—Por Dios, Angela, óyeme.

—Ya sabeis, caballero, que no puedo escuchar vuestras palabras.

—Tengo que pediros un consejo, dijo Eduardo, ya ofendido.

—Pedídmelo por escrito; pero no me hableis. Idos, idos por Dios.

Eduardo se fué, entristecido de ver la actitud de Angela.

—Al dia siguiente le escribió esta carta.

«Angela: Me he separado de Margarita. Desde que se reveló toda mi vida pasada á mis ojos atónitos, he decidido volver á acercarme á los tiempos en que mi alma era inocente. Para volver á esos tiempos, necesito olvidar á mi mujer, que me ha precipitado en hondos abismos. He tomado este partido despues de muy meditado. Mas como á mis ojos se ocultan muchas veces manchas que vos veis; como necesito una inspiracion, un consejo en este instante supremo, recurro á vos para que me digais en conciencia qué debo hacer. Yo no puedo absolutamente vivir unido á Margarita. Esa union me volveria á perder. Tambien conozco que separarme es dar pávulo á la maledicencia de las gentes, y estar mal mirado en la sociedad. Pero no hay remedio; no puedo vivir con Margarita. Su alma es más honda y

más oscura que la prision de que me habeis libertado. Sus palabras son una cuchilla más afilada y más fria que la horrible cuchilla que apercibia el verdugo para segar mi garganta. Por lo mismo, poco importa haberme libertado de la muerte del cuerpo, si he de ir á dar en la muerte moral, en la muerte del alma. Vos habeis querido, Angela, que no recuerde aquellos tiempos, que son hoy mi delicia y mi tormento; no los recordaré. No quereis qne recuerde lo que vos érais para mí, lo que era yo para vos; no los recordaré tampoco. Pero, Angela, dadme por Dios un consejo.»

Angela contestó á Eduardo de esta suerte.

«Haceis bien, Eduardo, en tratarme como si nunca nos hubiéramos conocido. La pasion, que era la fuente de todas nuestras acciones, se ha emponzoñado, y puede ser causa de nuestra perdicion. Guardémosla, pues, en el fondo del alma: que no salga nunca á los lábios, que no se asome á los ojos, que no aparezca ni aun allá en la region misteriosa y sagrada del pensamiento. Es necesario que este fuego nos consuma, nos devore antes mil veces que dejarlo escapar de nuestro sér, de nuestra alma. No hablemos ya más de esto. Olvidémoslo completamente. Me pe-

dis un consejo; no tengo inconveniente ninguno en deciros mi sentir. Creo que haceis mal, muy mal, en separaros de Margarita. Creo que faltais completamente á vuestro deber. Tengo por inmoral, por indigno de un hombre, por reprobable á todas luces, eso de estar desunido, separado de la mujer á quien libremente habeis entregado vuestra honra, vuestra alma; de la mujer á quien os ha unido la Providencia.

Por lo mismo os ruego que no os separeis de Margarita. Sé que muchas veces sus consejos, sus palabras, os han arrastrado al mal; pero esto, lejos de disculparos, agrava más y más vuestra falta. Margarita es mujer, y mujer apasionada; los afectos de amor y ódio toman en ella cierta disculpable violencia. Mas, vos su esposo, vos hombre más reflexivo y más frio, debísteis, ya que érais su compañero, refrenar con avidez esas pasiones instintivas, y ser en la vida como la fria razon de Margarita. El hombre debe estar siempre deferente y obligado á la mujer que elige por compañera; mas cuando encuentre en ella instintos contrarios á la razon ó á la justicia, debe combatirlos á toda costa, mucho más si considera que las faltas de la mujer son siempre, siempre, de mucha más grave trascendencia en la socie-

dad y en la familia, que las faltas del hombre.

Por eso la sociedad, en cuyos menores actos hay siempre un gran instinto de justicia, ha querido que la mujer sea fiel, fidelísimo guardian de la vida moral de la familia, y ha hecho su honor mucho más quebradizo que el honor del hombre, para que lo guarde con más celo, con más religiosidad, con más cuidado.

Quereis de mí un consejo, y os lo voy á dar en estas palabras. Debeis vencer todos los malos instintos de Margarita; debeis corregir y refrenar sus pasiones. Mas nunca, en ningun tiempo, ni por ninguna causa, ni por ningun motivo, nunca debeis, Eduardo, nunca, separaros de ella. Es una parte de vuestro sér y la mitad de vuestra alma. A su lado debeis esperar la muerte; á su lado debeis reposar en el sepulcro; á su lado debeis vivir en la eternidad. Adios.»

XXXVII.

Eduardo recibió esta carta de Angela al mismo tiempo que recibia la carta feroz que Margarita habia mandado al conde. Al ver tanta perfidia de parte de Margarita, tanto ódio, un corazon tan pervertido, una inteligencia tan depravada, una intencion tan manifiestamente criminal, Eduardo se indignó de tal suerte, que concibió el proyecto de hacer pagar cara á su mujer aquella ofensa. Encaminóse á su casa. Desde el dia terrible que fué puesto en libertad, no habia vuelto á ver á Margarita. Entró en su palacio, siendo muy acatado por los criados. Preguntó por su mujer, y le guiaron á un gabinete apartado. Entró en él con paso tardo y ademan amenazador y sombrío. Margarita estaba hojeando un libro con interés. Era una de esas novelas inmorales y obscenísimas escritas en italiano.

—¡Margarita! dijo el jóven.

—¡Eduardo, Eduardo! ¿Tú aquí?

—Yo aquí, Margarita; yo que vengo aquí como la Providencia.

—Creí que estarias con Angela.

—Calla, infame; sella ese torpe lábio.

—¿Qué mucho, si desde que la viste en la prision has abandonado tu casa, tus deberes?

—Es verdad, he abandonado esta casa, que ha sido mi perdicion; he abandonado estos deberes, que han sido mi cadena.

—¡Y ahora lo sabes!

—Ahora. La proximidad á la muerte, á ese instante sublime en que la vida se aclara y se presenta á nuestros ojos en toda su realidad, me ha revelado todas mis faltas, todos mis crímenes; y mis faltas y mis crímenes han nacido aquí, en este recinto, y han sido inspirados por tu venenoso aliento.

—Me agrada, en verdad, Eduardo, la apología que haces de tí mismo; confieso que me agrada.

—¡Ah! ¡Ah!

Y Eduardo temblaba como epiléptico.

—Me agrada, sí, porque veo, veo tu dignidad de hombre.

—Margarita, la he perdido por tí.

—Eduardo, esa es tu mayor acusacion, esa es tu sentencia inapelable.

—Sí, por tí.

—Y eres hombre, y no tenias la libertad bastante á sobreponerte á mi capricho; y eres hombre, y no tenias voluntad bastante á contrastar mi voluntad; y detestabas el crímen, y te avenias con dejarte llevar al crímen. ¡Ah!

—Sí, sí, eso me sucedia.

—Pues si te sucedia eso, eres más que criminal, eres despreciable.

—¡Margarita!

—Criminal, serias grande; al ménos tendrias la responsabilidad de tus actos. Juguete de otra voluntad, eres despreciable, eres como el asesino pagado...

Eduardo hizo un gesto de horror.

—O si te parece muy duro, añadió Margarita, como el veneno, como el puñal, que sin conciencia mata.

—Y tú, tú me echas en cara mis crímenes; tú el único sér acaso que en la tierra pudiera disculparlos; tú, que sabes de qué medios tan rateros, tan viles, tan infames, te valiste para inspirarme una pasion criminal, la pasion loca y reprobable del sentido.

—Dices que yo debiera disculpar tus crímenes! Nadie mejor que yo conoce su causa; nadie, por lo mismo, puede más profundamente despreciar tu carácter. Hombre de impresiones, te dejas llevar de un instante, de un amor, de una sensacion, como la débil hoja de la planta caida en la corriente.

—Sí, temo mi carácter, y quiero aprovecharme de este instante supremo, en que mi voluntad reina sobre mi, para castigarte cual mereces.

Margarita se levantó despavorida para huir. Eduardo habia cerrado la puerta; Margarita conoció que era imposible huir, y exclamó:

—¿Qué pretendes?

—Que te sientes.

—¡Eduardo! ¡Eduardo!

—Margarita, estás en mi poder.

—¡Ah! Conozco que son terribles los caractéres como el tuyo. Hoy las impresiones del momento hablan contra mí en tu corazon. ¿Quién sabe si te arrepentirás mañana?

—¡Me conoces bastante! No sabes aún de lo que soy capaz. Este instante, en que el corazon me habla contra tí, lo aprovecharé, Margarita, y pagarás todas tus culpas.

—¡Santo cielo! ¿Qué vas á hacer?

—A emplear contra ti todos los medios que tú me has enseñado, toda la vileza que te debo. La serpiente que has abrigado, te morderá el seno.

—¿Qué oigo?

—Sí, sí, Margarita, soy la Providencia.

—¡La Providencia! Orgullo terrible.

—Orgullo fundado.

—¿En qué?

—En la idea de justicia.

—¡Justicia injusta!

—Justicia del cielo.

—Tú, tú!

—Yo, yo soy el instrumento de la justicia del cielo...

—Eduardo, vuelve en ti.

—En mí estoy.

—Acuérdate de que soy yo...

—La serpiente que se ha enroscado á mi cuello.

—Acuérdate de que me has amado.

—¡Amor nefando, que maldice el cielo!

—Acuérdate que estás unido á mí por un juramento.

—Tú, tú invocas los juramentos... ¡Tú, perjura!

—Eduardo, ¿qué piensas?

—Pienso castigarte.

—Perdon, perdon, dijo Margarita, cayendo de rodillas.

—No hay perdon.

—Perdóname, por Dios.

—No puedo, no debo.

—¿Qué te he hecho?

—Levántate del suelo.

—Eduardo, ¡por nuestro amor! Cálmate.

—Levántate y lee.

Eduardo sacó la carta que Margarita habia escrito al conde.

—Lee, lee.

Margarita cogió horrorizada la carta, y leyó en efecto.

—La he escrito yo, dijo lanzando un sordo gemido.

—¿La has escrito?

—Sí, la he escrito yo.

—¿La has escrito?

—No te lo niego.

—¿Y qué merece esa carta?

—Merece tu amor.

—Mi amor! Mejor dijeras mi eterna maldicion, mi eterno ódio.

—¿No sabes lo que son celos?

—Lo sé.

—Pues bien, celos tan solo han dictado esta carta.

—¡Celos!

—Sí, celos, te lo juro.

—No: la ha dictado un sentimiento de maldad innato en tu alma.

—¡Ay!

—Está escrita con el veneno que guardas en tí.

—No, con mi amor.

—Y el amor, que hace á todos los séres virtuosos, ¡te hace á tí más perversa, más inicua, más malvada!

—¡Qué palabras á una débil mujer!

—Débil mujer la que maneja esas armas!

—Débil mujer, en quien está depositada tu honra.

—¿Y me lo recuerdas?

—¿Por qué no?

—¿Pues no sabes que ese recuerdo puede darte la muerte?

—¡La muerte!

—Sí, sí, lo que mereces.

—¡Intentas matar á tu esposa!

—Mi esposa no, mi deshonra.

—Eduardo, solo el cielo puede desatar el lazo que nos une.

—Y la muerte.

—¿Quieres matarme para unirte con Angela?

—Calla, calla, infame.

—Aleja, Eduardo, ese pensamiento de tí.

—¿Quieres que lo aleje, cuando te veo y oigo?

—¡Dios mio, estoy perdida!

—Sí, perdida para siempre.

—Llamaré.

—Nadie te escuchará.

—Me defenderé contra tí.

—Prueba.

—Tú no puedes matarme.

—Debo.

—¿Vas á manchar tus manos con mi sangre?

—Sí.

—¿Lo has meditado bien?

—Lo he meditado.

—¿Y lo dices así, impasible?

—Impasible.

—¡Cielos!

—Nadie te puede socorrer aquí.

Lee las palabras que me escribia Angela, léelas y avergüénzate de tí misma.

—¿Qué? ¿De qué me hablas?

—De una carta de Angela.

—Dámela.

—Toma, toma y lee.

Margarita cogió con mano convulsiva la carta, la leyó y la dejó caer con menosprecio.

—Compara, dijo Eduardo recogiendo la carta, compara tu lenguaje con ese lenguaje.

—Gazmoñería...

—Eso dice siempre el vicio de la virtud.

—La virtud; no creo en las virtudes que así desean lucir á los ojos del mundo.

—En la virtud que te ha salvado de la muerte.

—No debo agradecer esa salvacion.

—¿Tambien ingrata?

—No debo agradecerla, digo.

—¿Por qué?

—Porque no me salvó por mí, sino por salvarte á tí, por savar á su amante.

—Margarita, dijo Eduardo con tono solemne; solo tú en el mundo ha insultado á Angela.

—Porque yo sola conozco el corazon humano.

—Y lo juzgas por el tuyo.

—Lo juzgo por sus flaquezas.

—¡Tambien escéptica!

—He notado, Eduardo, que echas mucho de ver mis faltas.

—Tú las muestras.

—Más las mostraba en otro tiempo, y no las veias tanto.

—¡La embriaguez de la pasion!

—Que ha pasado ¿no es verdad? por otra embriaguez.

—Estás provocando mi justicia.

—¡Tu justicia!

—Sí.

—¿Y qué derecho tiene sobre mí tu justicia?

—El que me ha delegado la Providencia.

—¿Y quién te castigará á tí?

—Dios.

—¿Y á mí tú?

—Sí, yo.

—De suerte que para que nuestros deberes sean recíprocos, y nuestros derechos también, yo tengo el derecho de castigarte, dijo Margarita en son de burla.

—¿Y te parece poco castigada mi falta por tí? El tenerte por esposa es una de las grandes desgracias de mi vida, es mi torcedor, es mi tormento.

—Desgracia, torcedor, tormento que no has sentido hasta que no bajó Angela á tu calabozo.

—¡Infame!

—Esto es histórico.

—Y de ahí deduces lo que has dicho en la carta al conde.

—Sí, sí, lo repito, y lo repetiria delante de la muerte.

—¡Margarita! Has pronunciado tu sentencia.

—La verdad me sentencia.

—No, esa lengua infernal, ese corazon depravado.

—No tan miserable como el tuyo.

—Dios se ha cansado ya de sufrirte.

—Siempre invocando á Dios, cobarde.

—Lo soy, cuando todavía no he realizado mi intento; lo soy, cuando vives.

—¿Quieres escudarte tambien con que Dios te ha inspirado el nuevo crímen que intentas?

—Las pruebas de ese crímen están aquí.

Y Eduardo señalaba las cartas.

—Es verdad, el crímen de haberte amado, es terrible, es imperdonable.

—Yo te lo perdono, yo que soy la víctima.

—¡Generosidad escusada!

—Mas lo que no te perdono nunca, lo que no te perdonaré jamás es...

—¿Qué?

—Esa carta.

—Como que ha herido á la mujer que adoras, á tu amante.

—¡Infame! ¿Así insultas la virtud acrisolada, la pureza inmaculada y divina?

—¡Virtud, pureza, nombres vanos!

—Para tí lo serán siempre.

—Yo creo en la virtud que se manifiesta en la vida.

—¿Y no crees en la virtud de Angela?

—No.

—¿Por qué?

—Porque yo he oido vuestro beso de amor en el calabozo.

—¡Oh! Esa calumnia vil, esa infamia solo puede pagarse con la vida.

—¿Qué oigo?

—Sí, vas á morir.

—¡Cielos!

—A morir, prepárate á morir.

—¡Oh! no. A tu esposa...

—No es mi esposa, no puede serlo mujer que así piensa, mujer que así procede.

—¡Eduardo, piedad!

—No te escucho.

—Perdon.

—No hay remedio.

—¿Y no puedo llamar?

—No; estás condenada.

—¡Qué horror!

—Condenada á morir.

—¿Y para eso me has libertado del verdugo?

—No conocia todo lo horrible, todo lo negro de tu alma.

—Eduardo, ¡piedad, piedad!

—Yo solo oigo la voz de mi conciencia.

—¿Tendrás valor?

—Sí.

—¿Para asesinar á tu mujer?

—No eres mi mujer.

—Acuérdate de tu juramento.

—Solo me acuerdo de esta carta.

—¡Ah! Te ha embriagado el amor, el amor hácia Angela.

—¡Ah!

—Maldita sea.

—¿Qué oigo?

Y Eduardo sacó un puñal. Al verse amenazada, se horrorizó la jóven. Un sudor frio bañó su frente, una angustia mortal la poseia. Cubrióse el rostro con las manos, y comenzó á gritar:

—Dios mio, amparadme.

—Dios no te oye.

—Salvadme de este mónstruo.

—Solo te acuerdas de Dios en los grandes trances de la vida.

—¡Oh! no me matarás.

—¿Crees que aún soy débil?

—No me matarás.

—Lo he dicho.

—Me defenderé.

Y dirigiéndose á un estuche, sacó un puñal, que empuñó con furia, blandiendo de manera que parecia el aguijon de una serpiente herida.

—Margarita, antes que en matar, piensa en reconciliarte con Dios.

—Yo, yo...

—Arrepiéntete de lo que has dicho.

—Nunca.

—Arrepiéntete.

—¿Y me perdonas?

—No.

—¡Ah! Pues bien, yo creo que eres un malvado.

—En verdad, soy tu esposo.

—Creo que tu gazmoña amante quiere que vuestro amor, vuestra falta cometida en el oscuro calabozo, sea velada por un respeto aparente á la moral; y quiere unirse á tí, y para eso yo

soy un obstáculo; y por eso la infame, la fementida, me mata por tu mano; víbora que yo aplastaré.

Eduardo no pudo sufrir más; cogió con rabia á Margarita del brazo, la sacudió fuertemente, y levantando el puñal, sin misericordia ninguna, ciego de ira, de rabia, se lo clavó en el pecho. Margarita dió un grito agudísimo, espantoso; un grito horrible, la sangre brotó de la herida, y cayó exánime en el suelo. Eduardo salió de aquel gabinete despavorido, horrorizado; bajó, tomó la puerta de la calle, y huyó á todo huir de su casa como un loco.

XXXVIII.

Despues de estas escenas que acabamos de describir, suceden grandes acontecimientos para los personajes que forman el alma de nuestra narracion. Eduardo se ha partido, huyendo de la justicia, al Africa, á sentar plaza en el ejército francés. Margarita no muere de la puñalada que le asestó su marido en la última noche en que se vieron; pero perdidos todos sus bienes, confiscadas todas sus propiedades, separada del mundo, reducida á la miseria que puede imaginarse, en una casa solitaria, sin amigos, sin nadie, enferma, completamente enferma, pasa la vida más triste y angustiosa que puede imaginarse. ¡Tremendo castigo el que la Providencia prepara y hace sufrir á tan desgraciada, á tan infeliz mujer! Habia educado un hombre para el crímen, y aquel hombre hiere sus entrañas. Lo habia sacri-

ficado todo al poder, y cae despeñada en gran envilecimiento. Habia solo estimado la riqueza, y se encuentra reducida á la última miseria. Habia corrido tras las adulaciones de los cortesanos, y se vé sola y sin amigos. Habia amado el placer, y se encuentra en la flor de su edad, cuando la vida debia serle más grata, cuando la felicidad debia desplegar sus alas sobre su frente, se encuentra enferma, sin poder respirar, sin poder apenas vivir. Solo una infeliz mujer del pueblo, se atrevió á recogerla. Sus amigos habian huido todos de su presencia, como de la peste. Aquella mujer infeliz padecia todos los tormentos y todos los castigos que más podian humillarla, que más podian hacerla sufrir, que más la martirizaban. La Providencia, siempre justa, la Providencia que dá á cada uno su merecido, la Providencia habia mostrado una vez más su poder en la tierra, su incontrastable poder.

Las confiscaciones; las deudas, nacidas de lo mucho que habia prodigado sus rentas; el abandono de sus propiedades y de su riqueza, todo esto fué la causa de la perdicion total de Margarita. Un dia se vió arrojada de sus palacios, de sus jardines; vió vender públicamente sus joyas, sus dorados muebles, todo el ajuar de su casa; vió sus

grandes propiedades vendidas para pagar sus deudas. Las pocas joyas que habia sacado de su casa, las fué vendiendo para comer en una casa de huéspedes. Mas como su herida la habia dejado muy mal parada, necesitaba gastar mucho en medicamentos, mucho, todo lo que reclama una larga enfermedad. Despues la echaron de la casa de huéspedes ignomoniosamente, porque no tenia de qué pagar su hospedaje. Una noche se encontró sola en las calles de Nápoles. Un pobre traje la cubria las carnes. Hacia muchísimo frio. Su herida la atormentaba; sus piés pisaban casi el barro, pues apenas bastaban á cubrírselos sus rotos zapatos; sus cabellos estaban como muertos, y por una inclemencia del cielo, desusada en estos hermosos climas del Mediodía, copos de nieve se desprendian de la atmósfera, y todo era horror en aquella espesísima y atroz noche.

Margarita, herida, pálida, enferma, recordaba con horror las noches en que ella paseaba aquellas largas calles reclinada muellemente en su carretela, acompañada de sus adoradores. Entonces á su solo nombre se abrian todas las puertas; ahora todo estaba para ella cerrado; entonces su casa era el gran festin de Nápoles, y ahora no tenia siquiera un pedazo de pan que llevar á la

boca. Y el frio de la noche arreciaba, y arreciaba el horror de Margarita; y la nieve caia sobre ella, y sus miembros estaban yertos, tan yertos como su alma; y todo era angustia, tristeza, horror. No habia una ventana abierta, no habia un recurso, no habia una esperanza. Iba á morir sin remedio. Margarita, altiva como siempre, como siempre llena de grandes pasiones, pero con un temor invencible á la muerte, se sentó sobre un monton de mojadas piedras. Estaba allí meditando qué haria, á qué recurso apelaria. No contaba un amigo; no tenia á dó volver los ojos en tal trance.

Ni una persona siquiera le quedaba fiel, le quedaba amiga en la adversidad. Todos los horizontes se habian cerrado á sus ojos. Entonces comenzó á llorar, sí, á llorar amargamente su terrible suerte.

Cuando estaba así perdida, abandonada, una sombra, se apareció á Margarita. Esta gemia.

—¿Quién llora? preguntó la sombra con voz femenil.

—Una desgraciada.

—¿Quién sois?

—Una infeliz enferma, sin amparo en el mundo.

La sombra se acercó, y á la luz del farol miró el rostro de Margarita, y lanzando un grito, dijo:

—¡¡¡Margarita!!!

—¡Angela! gritó á su vez Margarita.

—¡Vos aquí en esta oscuridad, en este abandono!

—Yo, yo, sí. ¿Y vos me lo preguntais?

—Venid conmigo.

—Nunca, nunca.

—¿Por qué?

—Porque estas heridas que llevo en el pecho, y que me atormentan, son vuestra obra.

—Margarita, ¿y lo creeis vos?

—¡Que si lo creo! Si las fuerzas no me faltaran, si no estuviese moribunda y aterida de frio, ¿creeis que viviriais?

—Por Dios, no os entregueis á esas violentas pasiones.

—No tan violentas, en verdad, cual mi desgracia.

—Calmaos.

—Idos.

—Sin salvaros no me voy.

—Señora, idos de aquí.

—Margarita, seguidme. Os alojaré en mi casa,

os cuidaré mucho; todo lo que merece vuestro estado.

—Despues que vos me habeis herido.....

—¡Yo! Ese es desvarío de vuestra mente.

—Hace más de seis meses que padezco esta herida en el pecho.

—¡Infeliz!

—Más de seis meses que me hirió mi marido, y no lo he vuelto á ver; y no tengo hogar, ni amigos, ni familia, ni nadie en el mundo.

—¡Triste suerte!

—Tristísima. ¿Pero quién la ha causado, quién?

—¡Oh!

—No seais gazmoña, Angela. Vos habeis sido la causa principal de todos mis dolores.

—¡Yo! Infeliz de mí.

—Vos, vos.

—Pues bien, si he sido, perdonadme.

—Nunca.

—Perdonadme, y venid conmigo, y seguidme.

—No puede ser, no debe ser.

—¿Por qué?

—Porque la víctima rechaza á su verdugo.

—Os cuidaré.

—No quiero ni la salud de vos.

—Por Dios, Margarita.....

—¿Qué habeis hecho de Eduardo, Angela, qué habeis hecho?

—Lo ménos hace seis meses que nada he sabido de él.

—¡Mentira!

—Os lo aseguro.

—Vos me lo arrebatásteis.

—No es verdad, Margarita. Vuestro enojo os trastorna el seso.

—Aún me insultais.....

—Os digo que hace mucho tiempo que no he visto á Eduardo.

—¿Y por qué se ha ido?

—No se ha ido por mi consejo.

—¿Y por qué me ha abandonado?

—No os ha abandonado tampoco por mi consejo.

—No me digais eso.

—Os digo la verdad, toda la verdad.

—Y yo sola, y yo pobre, y yo muriéndome por esas calles de Nápoles, sin abrigo, sin casa.

—Tomad, tomad mi abrigo, dijó Angela, desciñéndose el que llevaba.

—Ya os he dicho que nada quiero de vos.

—¿Por qué?

—Porque de vos solo quiero, y solo debo tomar una cruel venganza.

—¡En estos instantes pensais en vengaros!

—Me faltan fuerzas, pero no voluntad.

—Pensad en Dios.

—Dejadme de gazmoñerías.

—Dios, que es el único, el eterno consuelo del infeliz.

—Yo no tengo consuelo en nada ni en nadie.

—Os rebelais contra Dios.

—Já, já, já.

Y Margarita lanzó una carcajada.

—Sí, contra Dios, porque os envia el consuelo por mi mano, y no quereis aceptarlo.

—No, no, nunca.

—Porque os socorre, os envia el pan, y vos envenenais sus presentes.

—Dejadme; estais atormentándome.

—No me puedo resignar á dejaros aquí sola.

—Pues me estais matando.

—Margarita, por Dios, seguidme.

—No, mil veces no.

Y Margarita se levantó como herida, y miró á todas partes como delirando, y exclamó:

—¿Cómo me libertaré de esta mujer? Adios.

Y como sacando fuerzas de flaqueza, se perdió en una oscura encrucijada.

XXXIX.

Angela se fué con el corazon oprimido, y los ojos llenos de lágrimas. Habia salido de su casa á repartir con mano generosa en las sombras de la noche el consuelo al desgraciado, el pan al hambriento. Ella, ardiendo siempre en caridad, en amor por todos los infelices, habia querido consolar á Margarita, y Margarita habia rechazado sus consuelos. Así se fué á su casa, toda congojosa y angustiada y triste.

Margarita se dejó llevar de su instinto. Huir de Angela, huir de aquella mujer á quien atribuia todos sus males, era su principal instinto. Margarita, apasionada como siempre, no podia ver en su presencia aquella beldad, que le recordaba á Eduardo; aquella mujer, que habia ejercido una decisiva influencia en su vida. Mas la noche se espesaba, crecia el frio, la nieve caia en abun-

dancia, las calles eran como un desierto, y Margarita imaginaba que debia ser aquella la última noche de su vida.

¿Dónde ir? ¿Qué hacer? Todo se oscurecia á sus ojos, todo. En aquel mundo inmenso no encontraba un asilo. Era más desgraciada que el último reptil de la naturaleza; más desgraciada que los séres que se movian bajo sus plantas, que los mil insectos desparramados por los campos. Volvió á sentarse sobre una piedra, y la nieve materialmente la llenaba, y parecia que iba á enterrarla bajo sus copos, y el frio sacudia todo su cuerpo.

Cuando ya se creia próxima á morir, Dios le reveló un pensamiento; llevó á su memoria un recuerdo. Se acordó que allí, cerca del sitio donde estaba, vivia una pobre mujer, que habia estado en otro tiempo á su servicio. Aquella mujer habia recibido de ella algunos beneficios, y podia acordarse de esos beneficios. Una duda le asaltaba en aquel instante. ¡Cuántas y cuántas personas habian asistido á sus bailes, á sus fiestas, y ninguna, absolutamente ninguna, se acordaba de Margarita! ¡Ah! Si la desgraciada hubiera creido más en Dios y en su Providencia, hubiera visto que ese mal, ese placer, ó muere instantánea-

mente, ó da tarde ó temprano de sí el dolor, al paso que el bien y la virtud producen siempre, siempre, grandes bienes, divinas é inextinguibles virtudes.

Margarita por fin se encaminó á la casa donde habia pensado ir, á la casa de la pobreza, donde tal vez encontraria el asilo que le negaba la casa del poderoso. Dió con ella, y llamó repetidas veces. Dormian, y la pobre mujer se levantó, como quien se ve interrumpido en el primer sueño, maldiciendo y renegando. Abrió una ventana, y al pronto no conocia á Margarita. Mas así que se cercioró de que era su antigua señorita, salió á abrir la puerta, la abrazó, encendió lumbre para que se calentara, la coció unas sopas, la rebujó bien con un ropon suyo, la acarició mucho, casi llorando, al ver aquella grande y enorme desgracia, y por fin le cedió su lecho. ¡Merecida leccion de la Providencia; tremenda como todas las que dá la Providencia!

Aquella mujer orgullosa iba á bajar su altiva frente en la choza de un pobre; aquella mujer, que despreciaba los palacios, tenia que recurrir á las cabañas; aquella mujer, que llevaba en pos de sí una corte de aduladores, se veia sola y abandonada. Aquella mujer, que habia tantas veces

dudado de la Providencia, solo fué salvada por la Providencia en aquella tremenda y horrible noche. ¡Lecciones merecidas que dá la Providencia! No me cansaré nunca de inculcar en el ánimo de mis lectores algunas máximas que creo salvadoras. Debemos amar el bien por ser bien; debemos apartarnos del mal por ser mal. Ningun interés debe llevarnos á las buenas acciones, ni debemos separarnos de las malas por temor al castigo. Desde el instante en que un principio, un sentimiento de utilidad se mezcla á una buena accion, pierde todo su explendor, toda su grandeza, todo su brillo. Desde el momento en que solo el temor de un castigo cierto nos retrae de cometer una mala accion, moralmente es como si la hubiéramos cometido. Pero, á pesar de todo esto, no debemos olvidar que así como una verdad encierra una larga série de verdades, el bien, la buena accion, contiene muchas buenas acciones, y el mal, las malas acciones, contienen muchas acciones de su mismo género; y que al fin el bien, como consecuencia de nuestra naturaleza, nos enaltece; y el mal, como contrario á nuestro espíritu, nos degrada, nos rebaja y engendra el mal.

XL.

Angela habia ya decidido de su suerte; se habia abrazado á su vocacion, á ser con todo el entusiasmo propio de su gran alma, hermana de la caridad. El teatro, que habia sido para ella tan glorioso; el arte, que habia circundado de tantas y tan expléndidas coronas su frente, le repugnaba; parecíale que la virtud, y solamente la virtud, era hermosa y grande y perdurable. Todo lo demás del mundo era á sus ojos como si no fuese. El consuelo del afligido, la salud del enfermo, el amparo del huérfano, todo eso queria ser, todo eso debia ser Angela. En la noche en que encontró á la infeliz Margarita, despues de haber largo tiempo combatido con su corazon, que le inclinaba á ir en pós de Margarita, se retiró á su casa. Estaba en vísperas de abrazar su nueva carrera, de consagrarse á Dios. Algunas veces habia lucha-

do contra esta tendencia de su corazon. No se crea que Angela habia llegado á esa decision suprema de su alma sin luchas y sin combates, no se crea esto.

Muchas veces la hermosura del mundo la hubiera distraido de su pensamiento; muchas veces, al verse en los grandes bailes, en los magníficos salones, al calor de aquella atmósfera, se habia despertado en su alma el deseo de anegarse, de perderse en aquel mar de sensuales delicias; pero la voz poderosísima de su virtud, la pureza de su alma, su mismo desgraciado amor, habian sido bastante á salvarla en el oscuro borde de los abismos.

Otras veces, cuando oia los aplausos que la acompañaban en el teatro; cuando el entusiasmo enardecia los corazones; cuando mil flores caian á sus piés, y una corona de laurel ceñíase á su frente, aquella tempestad de entusiasmo, tan propio para despertar en el ánimo grandes ambiciones, la llevaba á creerse feliz; felicidad engañosa, que caia deshojada como una flor, y que se derramaba por los aires como un suspiro.

Pronto volvia en sí de su entusiasmo, y pronto echaba de ver la nada de aquellos triunfos. En esta noche llegó á su casa. Estaba profundamente

conmovida, y abrió la ventana de su habitacion. Se veia el mar y el Vesubio, que exhalaba una especie de sonrosado vapor, parecido á los primeros albores de la mañana. La blanca nieve cubria el suelo y los tejados; y la luna, habiendo podido herir con su ténue rayo las nubes, rielaba, aunque fugazmente, en las aguas y en la nieve.

Cuando á través de un nublado de oscuridad densa llega el alma á ver un pedazo de cielo, se regocija, como cuando en la desgracia y en el abandono ve un amigo. Angela sentia cierto placer en este instante; pareciale que aquel espectáculo de la naturaleza convidaba al amor. Una especie de sensacion voluptuosa la hacia aspirar las emanaciones de la naturaleza, el soplo de las brisas, como si fueran los besos de un amante. El deseo de vivir y hasta el deseo de gozar, se despertaba en su alma, ó mejor dicho, en sus sentidos. Hay en la naturaleza meridional cierta voluptuosidad, que embriaga. El mar en calma, el cielo que se aparece á través de gasas que huyen, el rayo de la luna, que ora brilla, ora se esconde, los copos de la nieve, apenas prendidos á los árboles, prontos á deshacerse á un beso de fuego, el Vesubio hirviendo, todo esto debia despertar el deseo en el ánimo de Angela.

En esto se oyó una música voluptuosísima tambien. Parecia la voz de la naturaleza que convidaba al amor. Era una serenata, una serenata á Angela, una serenata que le daba el conde. No parecia sino que el mundo habia querido escuchar la aspiracion de Angela, y que la luna, las brisas, los campos y las ondas entonaban un cántino para ofrecerle la dorada copa del placer.

Una cancion de amor, una dulce cancion de Bellini, hirió los aires. No ha habido en el mundo poeta que haya expresado el amor como Bellini en sus cánticos. Y en el silencio de la noche, bajo el cielo de Italia, á la luz pálida de la luna, en presencia del azulado Mediterráneo, al pié de la ventana de una hermosura que palpita con el pecho rebosando amor, una cancion de Bellini, entonada por la voz de un amante, y de un amante que delira, y de un amante que es desgraciado; una cancion de Bellini debe ser como el canto del amor en su esencia, como el acento inimitable de todos los grandes dolores y exaltadas pasiones del alma.

Angela sintió toda la triste melancolía de aquel canto. El corazon latió con fuerza en el pecho. Todo el amor de su corazon, todas sus grandes pasiones se despertaron en su alma. El deseo de

vivir, de amar, se apoderó completamente de su ánimo. Sintió en un instante todo lo que se oculta de hermoso, de grande, en la naturaleza, en la creacion, en la sociedad, en el arte. Su sangre, jóven, hervia con el calor de la juventud, al abrasado soplo de las ardientes pasiones. Sacó la cabeza para respirar las áuras, las brisas húmedas de la noche; los rizos de su cabellera le cubrieron el rostro, y un rayo de luna que atravesó las nubes, rodeó de una hermosísima aureola aquella artística y hermosísima cabeza. Renunciar á todos los placeres de la vida, á los aplausos de un público entusiasmado, á los goces de la familia, á la esperanza de un nuevo amor, á todos esos efectos y pasiones que encantan la vida, es un tristísimo, un cruento sacrificio. Y cuando la vida late con todo el entusiasmo de los primeros amores; cuando la sangre corre por el cuerpo como exhuberante sávia; cuando la imaginacion abre sus pintadas alas llenas de mil ilusiones, matizadas de mil colores; cuando el espíritu aspira á lo infinito y se pierde en sueños, delicias, imágenes, sentimientos; cuando sucede todo esto en ciertas edades felices de la vida, separarse del mundo, separarse de la sociedad, es superior propósito á la débil naturaleza; y así Angela, embriagado su

corazon por todo lo que presenciaba, por todo lo que veia y oia, se olvidó por algunos instantes de su juramento, y pensó vivir, y vivir en la sociedad, en el mundo.

Hubo un instante en que creyó que iba á amar; un instante en que creyó que el conde habia tocado en su corazon; el espectáculo de la naturaleza, el olor de las violetas, que en un jarro tenia en su ventana, la luz de la luna, las brisas del mar, el eco de aquella voz enamorada, el acento de aquella música voluptuosa, todo, todo esto habló en su ánimo con su irresistible elocuencia, y enardeció la sangre de su corazon.

Pero entonces el rayo de la luz de la luna iluminó una alta cruz, que se levantaba sobre un campanario. El signo de la redencion humana, destacándose del oscuro fondo de las negras nubes, relució como un lábaro santo á sus ojos, como la divinizacion del dolor y de la tristeza. Entonces las alas de las pasiones terrenas, que se habian apoderado de su espíritu, quedaron quemadas en aquel fuego de amor divino, y un mar de lágrimas inundó su rostro. El sacrificio, el sacrificio, decia Angela, es necesario, el sacrificio á toda costa. Vivir para el arte, para el teatro, es vivir para el placer de los felices; vivir para el hos-

pital, para el campo de batalla, es vivir para el consuelo de los desgraciados. Hermosa, muy hermosa es la corona de diamantes que el poderoso arroja como un don á las plantas del artista; pe- es más hermosa esa otra corona ideal, que las lágrimas de los infelices, cuajadas en invisibles perlas, ciñen á la frente de la hermana de la caridad. Triunfar con el canto, con el arte, en un hermoso teatro, inundado de luz, resplandeciente de hermosura, lleno de beldades que laten de amor, de placer, á los ecos divinos de aquellos cantares, puede ser muy hermoso, muy bello; pero es sublime, verdaderamente sublime bajar á los tristes hospitales, á los campos de batalla, á las negras chozas, á las casas miserables, al lecho infeliz del moribundo á sostener en su combate la virtud, á exaltarla al cielo, á recoger el último soplo del moribundo, á guiar su alma á la bienaventuranza, á orar sobre su cadáver inanimado y frio, á seguir el vuelo de su alma purificada por el martirio y el dolor hácia Dios. En esta sociedad de egoismo frio; en esta sociedad que aisla á cada sér en sí, en su casa, en su propia vida; en en esta sociedad positiva, un sér que se sacrifica por sus hermanos, que busca el dolor, las lágrimas, los quejidos, que se goza en derramar por

dó quier consuelos, que vive para dar vida á todos los que sufrén, un sér consagrado á la heroicidad más alta, á la heroicidad moral, es indudablemente un ideal de virtud que brilla como el astro, como la estrella, entre las espesas tinieblas de la noche.

XLI.

Un dia antes de que Angela abrazara su nuevo estado, el conde Asthur fué á verla á su casa. Estaba más hermosa que nunca. La tranquilidad de su alma se reflejaba en su mirar y en su frente. Estaba vestida de blanco; sus cabellos le caian en dos gruesas trenzas, descuidadamente, sobre sus espaldas. Su hermosura, decíamos, resplandecia como nunca. Era como el último rayo del sol cuando se balancea sobre el ocaso, que parece á nuestros ojos más puro, más limpio y más hermoso.

El conde le dirigió al entrar estas palabras:

—¿No hay remedio?

—No le hay.

—¿Mañana?

—Mañana.

—¡Terrible dia!

—El dia más hermoso de mi vida.

—¡Angela! Sois muy cruel.

—¿Por qué?

—Porque vais á abandonar por la religion de la caridad, la dulce religion del arte.

—No lo siento.

—Porque vais á abandonar á vuestros amigos, y estais alegre.

—Señor conde, solo por algunos amigos siento abandonar la sociedad.

—¿Por mí? ¿Acaso por mí?

—Acaso por vos.

—Soy feliz.

—¡Ah!

—Soy feliz, porque he logrado inspiraros algun sentimiento.

—Siempre me habeis inspirado una acendrada, una verdadera amistad.

—¿Nunca amor?

—Nunca.

—¡Y vamos á separarnos!

—Para siempre.

—Angela, en mi vida no puede haber ya tranquilidad.

—Rogaré á Dios por vos.

—¡Una oracion!

—Tambien una oracion.

—¿Ningun otro recuerdo?

—Ninguno.

—Yo no puedo vivir en el mundo.

—No creo tal.

—No me resigno á vivir en un mundo de que vos habeis huido.

—Nada más fácil que encontrar consuelo.

—¡Ah! No, no lo hay para mi herido corazon.

—No parece, conde, sino que soy yo sola en el mundo.

—Para mí, sola.

—Otras mujeres...

—No, no.

—¡Conde!

—No puede ser.

—Consolaos.

—No puedo consolarme.

—La vida es tan espinosa...

—Pero esta muerte anticipada es tan triste.

—No puede ser muerte la consagracion á la caridad.

—Para mi corazon es la muerte de la esperanza.

—¿Y por vuestro corazon medís el mundo?

—Sí.

—¿Y por vuestro corazon medís el cielo?

—Sí.

—Os engaña ese vuestro duro egoismo.

—Egoismo á un amor que me abrasa el alma.

—Será egoismo de dos, pero al fin es egoismo.

—¿Y no podré veros?

—No : mi vivienda será el campo de batalla, el hospital y la choza del pobre moribundo.

—Vos, que habiais nacido para el arte...

—Sí, es verdad, para el arte; pero no para ese arte que vos encareceis.

—¿Quereis negar á Dios hasta la grandeza del don del canto que os ha concedido?

—No, en verdad.

—¿Pues cómo renegais del arte?

—Hay un arte más grande y más difícil que el arte que encareceis á mis ojos.

—¿Cuál es?

—El arte de la vida.

—¿Y no podiais vivir bien aquí en el mundo? ¿No podiais ser feliz, vos la primera artista de Italia?

—Más feliz me creo siendo su última hermana de la caridad.

—Me partís el pecho.

—Creedme, creedme.

—Me desgarrais el alma.

—Conde, hermosear el alma es nuestro destino.

—¿Y el alma, no es hermosa cuando lleva su lira, cuando entona un dulcísimo canto?

—No es tan hermosa como en los instantes supremos en que se acerca á un desgraciado y consuela á un afligido.

—Mas para eso, ¿era por ventura necesario que fuéseis hermana de la caridad?

—Lo era.

—Pues no advierto la causa.

—Lo era.

—¿Por qué?

—Porque yo no me contentaba con dedicar un instante á mis hermanos, instante que les regateaba el arte y el mundo.

—Angela, ¡y para hacer felices á tantos séres, me haceis á mí infeliz!

—Vuestra infelicidad no podia yo consolarla.

—Es cierto. Hermana de la caridad, vais á consagraros á curar enfermedades, á socorrer infelices, á serenar tempestades y desgracias: ¿y no podeis curar esta gran enfermedad de mi alma? ¿Qué sirve, pues, vuestra ardiente caridad?

—Mi caridad se cernerá sobre el lecho del enfermo.

—¿Y la enfermedad de mi alma?

—Esa enfermedad la puede curar vuestra razon.

—No, ni la misma muerte. Atravesaré el tiempo que me separa de la eternidad, y al entrar en la eternidad llevaré conmigo este dolor inmenso, infinito, esta incurable desesperacion, que es, que ha sido, que será mi eterna desgracia.

—Aun así os podeis consolar.

—¿Cómo, cuándo, de qué manera?

—Mucho desconfiais de Dios.

—¡Ah! ¿No veis impresa en mi frente la indeleble huella de su justicia?

—¿Por qué, por qué os quejais así?

—¿Y me lo preguntais vos, Angela?

—El mundo, nuevos amores ofrecen consuelo.

—El mundo para mí está vacío, el amor me es imposible sin vos.

—¡Conde! Ya os he dicho que Dios me ha negado el amor.

—¡El amor para mí!

—El amor mio solo puede ser ya el fuego de la caridad.

—¿Con que al fin me abandonais?

—Sí, conde. Esta debe ser nuestra última entrevista; estas palabras, nuestras últimas palabras.

—¡Ah! Se me oprime el alma.

—Tambien sobre mis ojos cae como una niebla.

—Sentís...

—Siento este instante.

—¡Oh! No volvernos á ver.

—No.

—¿Nunca?

—Nunca. La vírgen consagrada al Señor, en su ardiente caridad, debe desceñirse de todos los lazos materiales, quebrar todas las cadenas, el amor, la amistad; ser solamente para sus hermanos.

—Yo no puedo ya ver el mundo; me parece un mundo sin sol. Separado de vos, de mi amor, yo no puedo vivir.

—Conde, cerrad vuestro lábio á esas palabras.

—¡Oh! La verdad pura como el cielo, como la inmaculada luz, no puede ser nunca, nunca un crímen. Dios no puede castigar la verdad.

—Señor conde...

—Dios no puede castigar esta pasion que, en medio de su gran desgracia, me ha enseñado el camino de la virtud, el camino del cielo.

—Pues bien, seguidlo hasta el fin; seguidlo, y me dareis una prueba de que no olvidais mi nombre.

—En este instante abandono el poder.

—Teneis razon; hay un poder más alto, que es el poder de hacer bien.

—Abandono la corte.

—¡Conde!

—Y en un retiro, en el campo, pasaré mi vida, para que el mundo no me distraiga de mi pensamiento.

—Pero una vida abandonada á la soledad, es una vida estéril.

—Vos lo habeis dicho: no pienso esterilizar mi vida.

—Empleadla en aliviar á vuestros hermanos en sus males.

—Voy á reunir á mi alrededor una pequeña colonia de trabajadores.

—Justo, justo.

—Les enseñaré sus derechos y sus deberes; les hablaré de Dios; haré que sea su vida feliz en el trabajo.

—Eso debeis hacer.

—¿Quién sabe si de aquellos pobres infelices nacerán buenos hijos de Italia?

—¡Oh! En el mundo moral como en el mundo físico, cada cosa produce sus semejantes. La semilla de la virtud dará de sí grandes virtudes.

—Y entonces no habrá sido estéril mi vida. Yo recordaré en el silencio de mi retiro que vos habeis sido la estrella de mi vida, que vuestro nombre y vuestra alma me han guiado á la virtud.

—Comprendereis un amor más sublime que este amor.

—Todos los dias, al salir el sol, os bendeciré; porque vos habeis sido el sol de mi vida y de mi alma.

—Me enterneceis.

—Recordaré que yo estaba sumido en el polvo de las bajas pasiones, en la venganza, en la sed hidrópica de riqueza y de poder.

—Justo, justo.

—Y recordaré tambien que vuestra voz, ese dulce y celestial reclamo, despértándome á la vida, ha abierto en mi ánimo los horizontes infinitos de la virtud.

—¡Oh, señor conde! Me reconciliais con la vida.

—Mi primera oracion será para vos; mi última palabra para vos. Dios me admitirá en la eternidad, porque llevaré vuestro recuerdo.

—No, porque llevareis la virtud.

—Mi virtud, mi virtud, la fuerza misteriosa de mi alma, es vuestro amor.

—Conde, debemos separarnos. Suena la hora...

—Separémonos, pues.

—No me olvideis.

—Yo, yo...

Y el conde se ahogaba de dolor.

—Pensad en Dios.

—Pensaré en vos.

—Orad por mí.

—¿Y vos?

—Yo rogaré al cielo que seais feliz.

—Mi felicidad seria...

—¿Qué?

—Un recuerdo vuestro.

—Le tendreis.

—¡Oh!

—Sí, le tendreis.

—Dadme vuestra bendicion, dijo el conde, hincando la rodilla en tierra. Angela puso sus dos manos sobre la cabeza del conde, y murmuró una religiosa plegaria. El conde se levantó y dijo estas palabras:

—Ya estoy más animado para este tremendo trance. Adios.

Dos grandes sollozos se mezclaron en los aires, al mismo tiempo que aquellos dos séres se separaban.

XLII.

Era una hermosa mañana. A la puerta de la iglesia de Nápoles se reunia gran multitud, que aguardaba un extraordinario acontecimiento. Muchos coches, ricamente engalanados, llenaban las avenidas, mostrando con su lujo y sus preseas que todas las clases igualmente se interesaban en aquella religiosa ceremonia. La curiosidad se pintaba en todos los semblantes, afecto que se trasluce y trasparenta de una manera admirable, Y en verdad, el acontecimiento no era para ménos. La mujer cuya voz habia sido la delicia de la corte, el ángel del arte, la reina de la moda en Nápoles, habia menospreciado sus triunfos, habia desoido sus aplausos, habia roto sus refulgentes coronas, y se abrazaba á la cruz, y hacia el gran sacrificio de condenarse á arrastrar su gloriosa vida por los hospitales, por los campos de batalla, por las

chozas de los enfermos, por todos los tristes hogares donde llora y sufre la triste humanidad.

Era esta una gran leccion dada al mundo, un gran ejemplo dado á la sociedad. Las que andan tras los adoradores; las mujeres que solo viven oyendo el engañoso rumor de la lisonja, veian una mujer, de tantos idolatrada, abrazarse á su única tabla en el gran naufragio de la vida, á la virtud, al sacrificio. Los séres que solo gustan de los aplausos, que viven respirando ese aroma que pasa y se desvanece, y se disipa como el humo, veian á la mujer aplaudida, á la mujer coronada, hollar sus coronas, y en vez del grito de entusiasmo escapado del pecho herido por el arte, buscar el ¡ay! desgarrador del moribundo y del enfermo. Los que no creen en la virtud, séres desgraciados, que imaginan la sociedad un centro de vicios, y el corazon humano sepulcro lleno de miserias, en aquella mujer ideal veian un ángel que llevaba en sus sienes la aureola más preciada que puede alcanzarse en la tierra, la rica aureola de la perfeccion moral. Así, nunca el triunfo de Angela habia sido más grande, más explendoroso; nunca su voz le habia granjeado tantos aplausos, nunca en el teatro vestida deslumbradoramente, llena de perlas y diamantes, se habia mostrado tan her-

mosa como en aquel supremo dia de su vida, cuando iba á vestir el tosco sayal y la humilde toca.

Sin duda reconoce el mundo, ese mundo tan injustamente tratado por muchos moralistas, que la belleza más bella, y la sublimidad más sublime, es la virtud; reconoce el mundo que la perfeccion moral se refleja con un tinte sonrosado en el rostro, y hermosea todo nuestro sér, y lo engrandece, y lo exalta, y lo transfigura, pues siempre el mundo tiene para la virtud gloria y respeto.

Así es que toda aquella muchedumbre que se agolpaba á la puerta, que iba allí á ver á la mujer extraordinaria, en realidad, de aquel espectáculo, aprendia una enseñanza moral mucho más alta y provechosa que las pláticas de muchos libros y de muchos sermones de muy severos y graves moralistas. No hay ideal de virtud tan bello como el que ven los ojos; no hay enseñanza tan grande como la enseñanza práctica. Así, el ser virtuoso es á un tiempo mismo la idea y el hecho, la leccion y el ejemplo, la teoría y la práctica, la enseñanza y el modelo, la voz que escita á la virtud, y la fuerza que separa los grandes obstáculos de que el camino de la virtud se halla

sembrado, mostrando en la hermosura de su vida y en la grandeza de su alma, nortes á dó convertir la mirada en las grandes tempestades y en los amargos trances á que está sujeta nuestra dolorosa existencia. Por eso Angela se presentaba en esta ocasion tan grande, y ninguno de sus triunfos igualaba á este triunfo, y ninguna de sus glorias igualaba á esta gloria. Despues de todo, el arte más difícil es el arte que consiste en hermosear nuestra vida; el objeto más bello á que podemos consagrarnos, es á iluminar con la virtud nuestra alma. La virtud es un deber; pero es un deber muy hermoso, muy grato. El camino de la virtud está sembrado de flores. La tranquilidad del ánimo, la luz en la conciencia, la esperanza en el corazon, son dones riquísimos del cielo, dones que no apreciamos en todo su valor, sino cuando no los tenemos, cuando nos aflige el agudo y penoso remordimiento.

La iglesia se presentaba como para una fiesta. El altar mayor está cuajado de flores y de luces. La Vírgen, madre de Dios, se levanta en el ara, cubierta de rosas. Los ángeles la rodean, y la miran como arrebatados de amor. El incienso sube en espirales al cielo; el canto sagrado resuena solemne y acompasadamente bajo las sagradas bó-

vedas. La gran cantora, el ornamento del teatro, vá á ceñir el tosco sayal de hermana de la caridad. A un lado del altar se ven las damas de la corte, cargadas de pedrería; el mundo que vá á dejar Angela; á otro lado del altar se ven las hermanas de la caridad con sus toscos sayales; el mundo que vá á elegir Angela. Allí se vé bien manifiestámente lo que es la vida, lo que es la virtud. Aunque unas aparecen más lujosas, las otras llevan sobre su frente una aureola más preciada, más luminosa. Todos los concurrentes, sin embargo, se entregan á profundas meditaciones. ¿Qué enseñanzas tan sublimes no dan los grandes hechos que pasan á nuestra vista?

Aquella pobre muchacha que anduvo un dia cantando por las calles de Nápoles, fué realzada á reina de los salones y de la moda por la corte. Aquella mujer, desde el alto asiento á que la alzara la Providencia, vá á ser por su propia eleccion hermana de la caridad. Muchas, la mayor parte de aquellas damas, no pueden comprender ni explicar el sacrificio de Angela. Una mujer que abandona ricos brocados por un sayal, los salones por los hospitales, á la mayor parte de aquella frívola gente de corte, le parecia asunto más para una novela que para la vida real.

Angela es el único sér que no se maravilla. Su accion le parece tan natural, que ni siquiera la extraña, ni siquiera considera el trance en que se encuentra. Vá á abrazarse á la cruz, á seguirla en el mundo. Desde lo alto de aquella cruz sabe que puede, trasformada, bendecida, regenerada, levantarse como un hermoso ángel á los cielos.

Así Angela no miraba, ni aquellas cabezas que se apiñaban para contemplarla, ni aquellos preparativos, ni el mundo que tras de sí iba á dejar; solo miraba con verdadero entusiasmo aquellas sus hermanas, sencillamente religiosas, con las señales de su martirio, de sus luchas, de sus sacrificios en la frente, como estrellas que guian á la eternidad.

Sus amigas la abrazaban, y en algunos instantes sentia abandonarlas. Mas cuando algun asomo de duda ó de incertidumbre pasaba por su ánimo, volvia los ojos á sus hermanas, á sus compañeras en el sacrificio, y sentia un nuevo aliento en su pecho, una nueva y más expléndida inspiracion en su conciencia.

Llegó el instante de separarse de su anciana madre. En tan supremo instante, se le partia el corazon en mil pedazos. Su valor era sombrío, triste, como esas tempestades que nunca pueden

resolverse en lluvia. Un gemido sordo se escapó de su pecho; sus rodillas temblaban, y cayó de hinojos, y su madre le dió su bendicion, que le animó para proseguir en su calvario.

Angela dejaba á su madre muy bien, con grandes rentas para vivir en compañía de unos parientes, á quienes ella amaba mucho. Mas la separacion era dolorosa y triste; y como se prolongase mucho aquella escena de angustia y de dolor, se levantó y fué despidiéndose una á una de todas sus amigas, de todas las que le habian acompañado en la corte de Nápoles. Por fin, parecia que era aquel ya el último tránsito de una vida á otra vida, el adios de un mundo á otro mundo, el abandono completo de la sociedad, y la exaltacion á otra sociedad, donde el dolor es el mayor timbre, la mejor prenda del alma, donde se mide la vida por sus buenas acciones, por sus buenas obras.

En un momento, el recuerdo del mundo que dejaba, se apareció á los ojos de Angela. Cuando llegaba en su despedida al grupo donde estaban sus amigos, salió entre ellos el conde.

—¡Angela!

—Adios.

—Mi última plegaria.

—No es oida.
—Por Dios.
—Dios me llama al cielo.
—El amor.
—Solo el amor de Dios me llama.
—Oidme.
—No puede ser.
—La ingratitud...
—Conde, adios.
—Angela, me matais.
—Fio en Dios que os ha de consolar.
—Hoy mismo salgo para mi retiro.
—Que seais feliz.
—¡Angela!
—No puedo oiros.

En esto volvió á presência de su madre. Todos los espectadores respetaban aquella escena y aquel dolor sublime.

—Hija mia...
—Madre...

Un prolongado sollozo volvió á interrumpir sus palabras.

—Me parece cada momento más triste nuestra separacion.
—¡Madre mia!
—Piensa bien, Angela, lo que vas á hacer.

—Lo he pensado.

—Los dolores que te aguardan.

—Hemos nacido para padecer.

—Las tristezas que han de rodearte.

—Esas tristezas no serán tan grandes como la que llevo yo dentro del pecho.

—Las fuerzas que necesitas.

—Hasta la muerte puedo llevar mis fuerzas.

—Los grandes males y las grandes miserias...

—¡Oh! Males y miserias que me abrirán el camino á otra vida mejor.

—Tu madre, tu anciana madre...

Angela no pudo sufrir esta elocuente palabra, y cayó á los piés de su madre anegada en lágrimas.

—No me necesitais...

—Una madre necesita siempre de sus hijos.

Y la pobre mujer se ahogaba de angustia, de pesar.

Angela conoció que necesitaba consolarla.

—¿Nos veremos todos los dias?...

—Sí, sí, madre.

—¿Nos veremos?

—Todos los dias, madre mia.

Y Angela, no pudiendo sufrir más, se levantó y siguió en aquella larga calle de amargura. En

un lado encontró el ermitaño á quien fué á ver en cierta ocasion para comunicarle sus grandes angustias y dolores.

—¿Me conoceis? le dijo.

—Sí.

—¿Os acordais de mí?

—Me acuerdo.

—¡Os habeis decidido á este gran sacrificio!

—Con todo mi corazon.

—¡Infeliz!

—¿Me compadeceis?

—Sí.

—Me creí digna de envidia.

—Os compadezco, porque quizá nadie de los que os rodean os comprende.

—¿Y vos?

—Yo comprendo que vos habeis nacido para la sociedad.

—Es cierto.

—Que vos amábais la gloria.

—Es verdad.

—Que vos habeis deseado mil veces los goces tranquilos de la familia.

—Sí, sí.

—Que vos habeis amado mucho.

—Mucho.

—Y que sin embargo, os decidís á este cruento sacrificio.

—Sacrificio que es mi única salvacion.

—Pero sacrificio en cuya ara habeis derramado todas vuestras lágrimas, toda la sangre de vuestro corazon.

—Sí, sí.

—Mártir del Señor, entrad por las puertas eternales de su gloria.

Angela se levantó transfigurada, y se acercó al hermoso altar.

Angela oyó una breve plática de labios del sacerdote. Este le pintó lo escabroso de la senda que iba á recorrer, y lo grande é inmenso de las fuerzas que necesitaba para recorrerla; el aliento que un pecho femenil habia menester para lanzarse en ese mar de dolores. El enfermo, le decia huele mal; en sus delirios suele olvidar hasta las leyes de la decencia; en sus males suele renegar hasta de lo más santo; vuestra caridad ha de ser tan pura, tan desinteresada, que sabiendo todo esto, y aún mucho más que de triste ofrece la negra y fria realidad, ha de seguir al enfermo hasta el pié mismo de su sepulcro, si muere, y hasta su completa convalecencia, si sana.

No ha de repugnaros, ni las llagas, ni la lepra,

ni las mil asquerosas enfermedades á que la humanidad está sujeta, decia el sacerdote. Cuando la muerte estienda sus negras alas sobre un campo de batalla, entonçes debeis aparecer allí vos, interponiéndoos entre enemigo y enemigo, curando á todos los heridos, aún á los que hayan caido por causa contraria á la de vuestra pátria ó á la de vuestra fé. Ni el clima ardiente, ni el clima frio debe impresionaros, ni detener vuestro paso las olas del mar, ni impedir vuestra obligacion sagrada los lazos de la familia, de la amistad ó del sentimiento. Vuestro hogar, desde hoy, vá á ser el pobre tugurio donde habita el pobre enfermo, la choza, el hospital; vuestra familia, todos los que sufren, todos los que lloran, todos los que padecen. Muchas veces encontrareis la ingratitud; el mismo corazon que habeis socorrido, la misma sangre que habeis restañado, se sublevará contra vos; olvidarán vuestros sacrificios, vuestros desvelos y vuestras angustias. No debe importaros. Vos debeis hacer el bien por ser bien. Dios, que vive en medio del dolor y de la desgracia, agradecerá siempre vuestro sacrificio. La sangre que restañeis, es como su sangre; la herida que cerreis, como si fuera su herida. Lo dijo en su Evangelio, en esa palabra divina, que perma-

necerá siempre, aun cuando se apague el sol, y se caiga el cielo; y lo que en su Evangelio dijo, se cumplirá.

Ya veis cuántos caractéres divinos tiene una religion, que comienza por haceros ver en un enfermo, á pesar de su palidez, de su dolor y de su miseria, al mismo Dios, que resplandece con gloria inmortal sobre miriadas, y miriadas de mundos y soles. Meditadlo bien, hija mia: si el mundo que abandonais, los aplausos que ois, las mil adulaciones que en la vida os han tributado, han de aparecer á vuestros ojos despues, turbando vuestro reposo, abierto teneis el camino, aún está abierto; podeis volveros, podeis elegir en tan supremo instante entre las obras de arte y las obras de caridad; entre el enfermo, el desvalido y la corte; entre el hospital y el teatro.

Pensad lo que allí dejais, y lo que aquí venís á recoger. Allí dejais un público que oye frenético vuestra voz; triunfos, aplausos, coronas, todo el falso ruido de que está acompañada la gloria del mundo; aquí venís á recoger lágrimas, suspiros; aquí no oireis más aplausos que el quejido del moribundo; aquí no aguardeis más recompensa que la tranquilidad de vuestra conciencia y la esperanza en Dios. Este es el mundo que venís á

abrazar, y ese el mundo que vais á dejar. Miradlos surgir á los dos; miradlos con los ojos del alma; elegid aquel á que más se inclina vuestra voluntad, la voluntad, que siempre se inclina, por su desgracia, al placer. Meditad, meditad. Que Dios ilumine vuestra conciencia.

Un silencio augusto y solemne siguió á estas palabras. Todo el mundo detenia el aliento para escuchar. La voz del orador, resonando augusta en el seno del templo, habia mostrado á los ojos de Angela todos los halagos y encantos de la vida que dejaba, todas las penalidades y tristezas de la nueva vida en que iba á entrar. Angela no quiso contestar en el mismo instante, en que fué de aquella manera invocada la rectitud de su corazon y de su conciencia. Si hubiera contestado confusamente, hubiéramos dicho que, irreflexiva y apasionada, se arrojaba en aquel estado y vida, como el infeliz desesperado que cierra los ojos, y en un vértigo se arroja y se despeña en una sima. Así el silencio de la jóven parecia una tregua; su prolongacion una retirada. Todos se miraban, todos. A todos les parecia que iba á dar de mano á todas las ideas que la habian llevado al pié del ara, á levantarse y á volver á dotar el mundo con los acentos de su divina voz. Los mil apasiona-

dos que tenia, apasionados de su génio, apasionados de su voz, apasionados de aquella estrella del arte, que relucia en la memoria de las gentes sobre todos los génios que habian hasta entonces brillado en la escena, recobraban alguna esperanza. Mas bien pronto se disiparon estas dudas, cesó esta incertidumbre. Angela, con voz firme, inteligible y clara, dijo:

—Quiero ser para siempre hermana de la caridad.

Y prestó su juramento é hizo su voto.

Un inmenso agudo grito de dolor salió de todos los pechos, de todos los corazones. Unos veian irse, desaparecer, la gran cantora; otros la inolvidable amiga; todos sentian y admiraban á un tiempo aquel desenlace de una vida tan grande, tan virtuosa, tan sublime, tan heróica; vida que habia sido un contínuo sacrificio, que se remataba por un grandioso sacrificio tambien. El conde Asthur, apoyado en una columna, pálido, fuera de sí, miraba con ójos desencajados aquella blanca y hermosa figura que se destacaba al pié del altar, como un ángel enviado por Dios desde las alturas del cielo, como el hermoso ideal de la virtud y del heróico sufrimiento.

Toda su esperanza huia, toda. Es tan loco el

deseo humano, que no se dá por vencido, ni aun delante de la fria invencible realidad. El conde hasta aquel instante, como si las palabras de Angela hubieran sido inventadas, sentia algun consuelo, algun alivio á su imponderable dolor, á su afliccion sin límites; pero desde que la oyó jurar, cayó como negra espesísima noche sobre su triste conturbado espíritu. Sus ojos se nublaron de lágrimas; el corazon se le queria salir del pecho; le faltaba la respiracion, y hasta la tierra huia bajo sus plantas; que no hay enfermedad tan aguda y tan triste como la honda, la profunda enfermedad moral del corazon.

Angela se retiró. Fué á desceñirse los vestidos que llevaba, y á vestir el saco de hermana de la caridad. Los pliegues de su traje, muy ceñido, dibujaban como las vestiduras de las estátuas griegas sus esbeltas formas; su blanca pura toca parecia como una alba nube del cielo, que circundaba de inmaculada pureza sus sienes.

XLIII.

Por fin Angela abrazó su cruz. Lo separacion de sus amigas y de su familia, fué para ella dolorosa; pero la paz de aquella mansion le pareció santa. Inmediatamente que entró, consagróse con todas sus fuerzas al trabajo. No habia labor que no comprendiera y no acabara con su igual constancia; no habia trabajo que la hiciera flaquear; no habia desgracia que no socorriese, ni enfermedad que no aliviase con ese heroismo, con esa constancia propia de su carácter, dulce y fuerte al mismo tiempo. Desde que entró en el convento, parecia que su vida se habia serenado, que su salud habia vuelto á recobrar las perdidas fuerzas. En su rostro, en su frente, se reflejaba la serenidad interior del espíritu, la dulce y serena paz del corazon. Era así su vida como un suspiro, como una plácida alegría, como un instante

feliz, que no se concluia nunca. Es verdad que habia hecho grandes sacrificios; pero todo cuanto habia perdido, lo olvidada para recordar tan solo aquello que habia deseado. Sus hermanas la querian mucho. Los niños, cuya educacion tenia á su cargo, la idolatraban; los enfermos decian que aquella mujer era su providencia. No solamente curaba las enfermedades del cuerpo, con esa solicitud que era, y no podia ménos de ser, timbre de su carácter; curaba tambien las enfermedades del alma con sus consejos, con su dulce palabra, con su buen ejemplo. Cuando se inclinaba sobre el lecho de algun enfermo para darle la medicina, le devolvia la tranquilidad con su sonrisa, con su gracia, con su dulce alegría. Nunca acongojaba ni se acongojaba; nunca se mostraba inquieta; nunca hacia desesperar el ánimo del enfermo. Al mismo tiempo parecia su actividad infinita. Se encontraba en todas partes, asistia á todas sus obligaciones, y aún le sobraba tiempo para ejercer por sí la expontánea caridad de su alma. Su vida, su alma, eran como un fuego purísimo, como una llama en que se purificaban muchas vidas y muchas almas. Hablando siempre de Dios, de su infinita misericordia y bondad, sosteniendo á los débiles, aliviando á los afligidos, siendo la provi-

dencia de los menesterosos; llena de energía, de actividad, soñando con un ideal divino, que se traducia en todas sus obras, en todas sus acciones, Angela era como una artista de la caridad; pues la caridad, como si fuera su creacion, resplandecia sobre su frente. Su alma hermosa, hermosísima, su virtud, semejante á una estrella sin ocaso, aunque cuidadosamente oculta, resplandecia á los ojos de todo el mundo. No habia mujer del pueblo que no la tuviera por santa; no habia alma elevada que no la viera, desprendida ya de la tierra, vagar en el dorado éther del firmamento, en los arreboles de la bienaventuranza. Esos séres virtuosos y buenos son un gran consuelo para el alma, y un gran ejemplo y una gran enseñanza moral. Cuando se ve en la vida uno de esos séres, no hay duda de la realidad de la virtud. El corazon más turbado y más empedernido cede á la evidencia, y cree y confiesa que la virtud, con todos sus hermosos resplandores, existe viva y pura en la tierra. Por eso el hombre debe ser virtuoso. Cuando una existencia se corrompe, no se corrompe nunca sola. El ponzoñoso hálito que exhala trasciende á todos los séres, corrompe y envenena toda la atmósfera. El mal ejemplo es como nube que empaña el cielo, al paso que el

buen ejemplo es como una estrella perenne y fija siempre en la bóveda celeste. Los que se extravían, cuando ven la hermosura que la virtud presta, dejándose el mal camino, vuelven fiel y tranquilamente á la virtud, con el corazon rebosando alegría. No hay nada más bello, nada más grande, nada más hermoso que el cumplimiento del deber, el ejercicio de la libertad, y hasta el sacrificio para conseguir aquello que creemos un bien.

Asi, Angela era en la vida un ideal, que heria los ojos de todos los descreidos, una enseñanza que aleccionaba á todos los desesperados, un norte á que dirigian sus pasos muchas almas, que sin ese gran ejemplo de alta moralidad y virtud, acaso acaso se hubieran perdido para siempre en los intrincados laberintos del mundo. La vida de Angela era un contínuo trabajo para el bien. A las cinco de la mañana, cuando apenas en ciertas estaciones del año comenzaban á disiparse las sombras, abandonaba su lecho, y pasaba algunos instantes en su tocado. Su traje era un sayal negro. Una blanca toca adornaba sus sienes. Un lijero velo negro caia sobre su espalda. Con este traje parecia más hermosa. En seguida, si no habia pasado la noche en vela, se dirigia á prestar sus

atenciones á sus enfermos. Despues bajaba al templo á cumplir sus deberes religiosos. Subia á su celda y hablaba algunos instantes con su madre, á quien veia sin falta alguna todos los dias. En seguida reunia á cinco niñas pobres que tenia á su cuidado, y les enseñaba la moral y la religion cristiana con esa elocuencia maternal, clara y sencilla, que solo posee el corazon de la mujer. Volvia despues á sus enfermos, y á la cabecera del lecho del dolor pasaba sus dias y sus noches, hasta que el cansancio la rendia y la obligaba á conciliar el sueño para recobrar las perdidas fuerzas.

Habia dias extraordinarios en que iba á visitar las cárceles de mujeres, á llevar limosna á la choza del pobre. Tenia tal acierto para repartir la limosna, tal conocimiento de las necesidades y faltas de las familias pobres, que se puede asegurar que la llamaban la limosnera general de Nápoles. En efecto, las almas caritativas que necesitaban hacer alguna limosna, acudian á Angela y depositaban los donativos en sus manos, y dejaban á su discrecion el repartirlos. Así iba siempre haciendo bien, siempre derramando consuelos. Al hambriento le daba pan, al enfermo la salud, al descarriado el ejemplo, al niño la luz de la edu-

cacion, y entre todos repartia la esencia purísima de su alma.

Su modestia, su virtud tranquila y pura, el cuidado con que guardaba sus buenas acciones, su palabra dulcísima, su voz encantadora, su carácter blando y sencillo, su exaltada caridad, todas sus prendas hacian de esta mujer extraordinaria un ángel purísimo, un mensajero de Dios enviado del cielo para hermosear la tierra.

Y sin embargo, esta jóven tan buena, padecia mucho, muchísimo. La llaga de su amor no se habia curado. El recuerdo de Eduardo no se habia extinguido en su memoria. Aún se aparecia á sus ojos, con toda su belleza, el sáuce, la fuente, el mar, la barca en que Eduardo cortaba las olas; aún resonaba en sus oidos la dulce voz de su amado.

Ninguna de las grandes transformaciones de su existencia habia sido bastante poderosa para aliviarla del grave peso de este recuerdo, ninguna. Huyó de los patrios campos, y fué á Nápoles. Allí se le aparecia Eduardo. Volvió otra vez á su antigua vivienda. Allí veia en todas partes la imágen de Eduardo. Llegó á la gloria; allí, en medio de los aplausos que oia, entre el entusiasmo del público, en la cumbre de la fama, sus ojos solo

acertaban á ver la imágen de Eduardo. Ni el olvido ni la ingratitud pudieron ser parte á borrar en su corazon este recuerdo que la atormentaba, y que era al mismo tiempo el secreto de su vida, la esencia misteriosa de su alma.

Entró en el convento, y en la soledad del claustro veia siempre la misma imágen, y hasta al pié del altar se le aparecia Eduardo. Su dolor era inmenso, inexplicable. Era el dolor infinito de un alma que huia del mundo, y que ha perdido el mayor bien del mundo, la esperanza.

Así en vano habia recurrido á los mil medios de que podia disponer para borrar aquella pasion de su exaltado pecho. Todos habian sido inútiles, completamente inútiles todos. Puro su amor, pero vivo como el primer dia, llenaba toda su alma. El recuerdo de Eduardo era la principal idea de su mente. En vano se habia herido, se habia martirizado en vano; de los dolores de su alma, de las maceraciones de su cuerpo, salia más refulgente aún la gran pasion de su alma, la verdadera lumbre de su vida, el espíritu que animaba todo su sér y embellecia toda su existencia.

Así es que aquella pasion, despues de todo, era lo que más vivo habia en su corazon. Solo su voluntad de hierro podia contrastar aquella tenden-

cia de su corazon; solo ese amor á la virtud, más grande aún que su amor á Eduardo, pudo sacarle á salvo en aquella deshecha tempestad de su vida. Por eso necesitaba vivir en medio de una atmósfera candente, respirar el aliento de grandes huracanes, sentir vivas pasiones, inspirarse en el seno de una vida sobresaltada; por eso buscaba el sacrificio, la penitencia, el dolor; por eso iba en pós de los desvalidos, de los enfermos, sí, porque de esa suerte el espectáculo de grandes miserias, el dolor, las pasiones que rodaban como un torbellino á su alrededor, el costoso sacrificio que hacia de todas sus glorias, la sustentaban en tan tremenda como peligrosa lucha, y hasta calmaban un poco el dolor de su corazon. ¡Pobre mártir! Habia hecho de la tierra un ara, y en esa ara se entregaba de grado al sacrificio. Su alma subia al cielo como el torbellino de humo que subia del ara de los altares antiguos. Víctima inocente, padecia, lloraba mucho, porque la infeliz habia tambien amado mucho. Y su vida tan pura y tan hermosa, era como una flor arrebatada por la corriente de una inmensa pasion.

XLIV.

Un dia estaba Angela entregada á sus labores, cuando se oyó una voz de una mujer del pueblo, que decia:

—Necesito de una hermana de la caridad.

—¿Para qué? le preguntaba la portera del convento.

—Para favorecer á una infeliz señora que se está muriendo.

—Creo que hoy solo Angela estará libre.

—Pues bien, que venga Angela, que venga por piedad.

Angela apareció á la puerta.

—Iré, iré, despues de pedir permiso á mi superiora, por si dispone de mí para otra cosa.

Salieron Angela y la pobre mujer, que iba amargamente llorando, cruzaron callejones y encrucijadas, corrieron calles muy estrechas, esas

calles que en las hermosas ciudades aún parecen y son más tristes y más feas, y dieron por fin con la casa donde iban, de pobre y mezquino aspecto, verdadero templo del dolor y de la miseria.

Abrese la puertecilla, merced al empuje de la mujer, aparece una escalera estrecha de caracol, se lanza por ella Angela con rapidez, como un ángel que sube al cielo, y entra en una estancia ennegrecida, sala y cocina de aquella vivienda, donde solo se veian algunas sillas rotas, dos ó tres pucheros en un rincon, y en otro un colchon de paja tendido en el suelo, y en el colchon una mujer pálida como la muerte.

Angela se lanzó con prontitud al colchon á ver la enferma, y le cogió la mano con efusion. Mas apenas la habia estrechado contra su pecho, cuando por un movimiento involuntario la retiró horrorizada, dando un grito.

—¿Qué teneis? dijo la mujer.

La enferma abrió los ojos; Angela se volvió de espaldas, como quien se oculta.

—¿Qué teneis? sor....

—Chist, dijo Angela.

—Os habeis puesto muy pálida.

—Es verdad.

—¿Qué os ha sucedido?

—Callad.

Y se llevó á la mujer á la ventana.

—Es necesario sacarla de aquí.

—¿De veras?

—El aire que aquí se respira es malo.

—Ciertamente.

—La cama es incómoda.

—¡Ah!

—El ruido que se siente es mucho.

—Sí, sí.

—Vos no podeis cuidarla.

—No.

—Y vuestros hijos tienen que estar aquí.....

—Sí.

—Segun está?

—Sí.

—Por lo mismo no hay medio de que se quede donde está.

—Lo conozco.

—¿Lo sentís?

—Mucho.

—¡Pobre mujer! Fiad en Dios, que os recompensará.

—¿Y decís que será necesario sacarla?

—Inmediatamente.

—Como vos querais.

—No habeis adivinado lo que padece?

—Padece de una herida.....

—No, padece de otra enfermedad más profunda.

—¿De qué?

—Se muere de verse aquí.

—¿Lo creeis?

—Sí, lo creo.

—Esa señora es una gran señora.

—Lo habeis adivinado.

—Ha sido de lo más opulento de Nápoles.

—Justamente.

—Y hoy se ve reducida á esta miseria.

—Es verdad.

—No tenia ni una casa donde albergarse.

—Es cierto.

—Y vos la habeis recogido.

—Yo, yo.

—Y á pesar de eso se muere.

—Delira de una manera.....

—¿Y cómo la sacamos de aquí? Espira, creedlo.

—¡Ah! tienen razon en llamaros santa. Lo sabeis todo.

—¡Calla, infeliz! No hay aquí nada de sobrenatural ni extraordinario.

—Algo debe haber, cuando todo lo sabeis. ¿La conoceis?

—La conozco.

—¿Sabeis su desgracia?

—La sé.

—¿Que su marido la abandonó?

—Vamos, callad; lo sé.

—Ignorais que le dió una puñalada.

—No lo ignoro; callad.

—¿Por qué?

—Porque esa historia la sé, y es inútil que la conteis.

—Si viérais desde entonces cuánto ha sufrido.....

—¡Infeliz!

—Abandonada en una casa de huéspedes primero...

—¡Oh!

—Arrojada por la noche de esa casa.....

—Lo sé.

—Sin tener donde ir, ella que habia tenido palacios.

—¡Desgraciada!

—Próxima.....

—A helarse en la única noche que despues de mucho tiempo ha nevado en Nápoles.

—¿Tambien sabeis eso?

—Tambien lo sé; pero ignoro lo que sigue.

—Vino aquí.....

—¡Y se ahogaria en esta vivienda!

—Se moria.

—Lo concibo y lo veo.

—Materialmente se moria.

—¿Y qué hicísteis?

—Nuestros cuidados la volvieron la vida.

—Mas la tristeza.....

—La tristeza la tiene así, como la veis, sin sentido, espirante.

—No soy médico; pero conozco esa enfermedad, y me prometo curarla.

—Bien es verdad que aquí nada podíamos hacer por ella. Ha tenido frio, y no podíamos abrigarla; ha tenido hambre, y no podíamos darle pan. Yo me quitaba de la boca hasta el que debia dar á mis hijos. Ha tenido una sola camisa, y esa hecha pedazos, y no he podido darla otra. He salido muchas noches á la calle á pedir limosna para ella.

—¡Pobre Margarita! dijo Angela llorando amargamente.

—¡Tambien sabeis su nombre!

—Tambien lo sé.

—Sí, es verdad. Se llama realmente Margarita.

—Pues bien, es necesario ocurrir á su curacion.

—Como querais.

—Es necesario á toda costa.

—Bien, bien.

—Pero hay que usar medios extraordinarios.

—Y para ello...

—Trataré yo de todo, de todo. Mirad, dentro de poco vendrán por ella en una litera, en una rica silla de manos.

—Bien, bien.

—Acompañadla. La llevarán á un hermoso palacio.

—¡A un palacio!

—Sí, á un palacio. La entrarán en una alcoba forrada de seda.

—¡Qué cambio!

—Aquella alcoba dará á un jardin.

—¡Tambien jardin! Por eso estaba suspirando siempre.

—En aquella alcoba tendrá un hermoso peinador blanco y todas las ropas necesarias para vestir.

—¡Oh!

—Habrá un piano.

—¡Un piano!

—Sí, y todo lo necesario para su convalecencia.

—Sois una maga... ó un ángel?

—Callad; que no nos oiga.

—¡Santo cielo!

—A vuestros hijos...

—Es verdad, no me puedo ir; mis pequeñuelos...

—Mandadlos á mi convento.

—¿De veras?

—Sí, allí cuidaré yo de ellos.

—¡Cielos!

—Cuidaré, sí.

—Como querais.

—Nada les faltará.

—Sois un ángel.

—Nada absolutamente.

—¡Oh! Sois un ángel.

—Es necesario salvarla.

—¡Sálvarla, sí!

—A toda costa.

—Como querais.

—A toda costa.

—¡Cuánto ha padecido, cuánto!

—Mas una sola cosa os ruego.

—¿Qué?

—Que oculteis mi nombre.

—¿Por qué?
—Porque no debe saber mi nombre.
—¡Qué pena!
—No, no debe saberlo.
—Señorita Angela...
—Nada.
—Y vá á gozar de todo esto sin saber...
—Quien se lo ha proporcionado.
—Eso es una crueldad.
—Es necesario.
—Mas lo sentirá.
—No lo sentirá.
—¡Cielos!
—Lo ruego.
—No, no puede ser.
—Lo exijo.
—No, no.
—Lo exijo.
—Yo le he de decir algo.
—Lo mando.
—Si lo mandais...
—Mucho sigilo.
—Bien.
—Mucho silencio.
—Por supuesto.
—Mucho cuidado.

—Bien, bien.

—Nada de emociones.

—Así lo haré.

—Que se encuentre allí como si estuviera otra vez en su casa.

—¡Ah! Pero la ausencia de su marido...

—Su marido volverá.

—Volverá...

—Volverá.

—No puedo creerlo. ¿Sabeis vos dónde está?

—Yo lo sé.

—¡Ay, señorita!

—Yo lo sé.

—¡Qué ilusiones se forja vuestra caridad!

—Ya digo que tengais mucho cuidado.

—Lo tendré.

—Es necesario irla despertando de ese letargo.

—Justo.

—De esa estúpidez en que está sumida.

—Cierto.

—De esa especie de paralizacion del sentido y de la vida.

—Teneis razon.

—Y para esto se necesitan los medios que os he propuesto.

—¡Angela!

—Callad, que no oiga mi nombre.

—Sois un ángel.

—Adios.

—¿Vendrán pronto?

—Antes de dos horas. Pronto, sí, la habré salvado.

Angela dirigió una mirada al mismo lecho donde yacía Margarita; lloró, y se partió con gran prisa á su convento.

Angela cogió la pluma al llegar á su convento y escribió á la madre del conde Asthur la siguiente carta:

«Señora: Os distinguis en el mundo por vuestra ardiente caridad. Mil veces me habeis dicho que teníais por el mayor placer del mundo hacer bien á los infelices, á los desgraciados; y cuanto mayor es la desgracia, mayor debe ser la compasion. Yo os pido por lo mismo que no desatendais una súplica mia, que no dejeis de vuestra mano á una infeliz. Necesito el pabellon de vuestro jardin para alojar allí una persona desgraciada; necesito allí todo un hermoso y elegante ajuar de prendas para una jóven distinguida y hermosa. Solo á este precio puedo salvarla de la muerte, y me he acordado de vos. Es necesario, muy necesario, ocurrir á esta necesidad con toda la so-

licitud de corazones encendidos en amor y entusiasmo por sus hermanos. Os ruego que no me pregunteis el nombre de la infeliz, y que si estais dispuesta á la buena obra que os pido, al anochecer me envieis á la puerta del convento un coche con librea. Es necesario guardar una esposa para su esposo, y hacer tal vez por medio del agradecimiento una buena madre de familia.— Angela.»

XLV.

En efecto, á la hora prefijada, el coche estaba á la puerta del convento. Angela habia dado todas las instrucciones, habia ocurrido á todas las necesidades de aquella portentosa obra de caridad. Comenzó por arreglar una bata riquísima, blanca, y adornarla con lazos azules, y la envió en el coche para que vistieran á Margarita. En efecto, la pobre mujer á cuyo cuidado estaba la altiva Margarita, la vistió, sin que ella echase de ver apenas aquel súbito cambio; tan enferma estaba. Bajáronla con sumo cuidado, y la colocaron en el coche. El coche comenzó á rodar por calles y calles, hasta que llegó á las puertas de un jardin. Abriéronse las puertas, y entró el coche en un hermoso paraiso. Bosques de naranjos, palmeras, cipreses, arroyuelos destrenzándose por la verde grama, surtidores subiendo graciosamen-

te á los aires, mil pajarillos de cien colores, ya por la tarde escondidos en la enramada, pero piando al ver entrar alguna persona en el jardin, grutas cubiertas de yedra, y en medio un pequeño, pero hermosísimo pabellon, de mármol blanco, rematado por una preciosísima estátua.

Así que llegó el carruaje á la puerta del pabellon, dos hermosas jóvenes aparecieron, y ayudaron á subir el casi inanimado cuerpo de Margarita á su estancia. Su habitacion era un hermoso gabinete. Las paredes estaban forradas de raso azul celeste con estrellas de plata. Mesas de mármol blanco lucian hermosos jarrones de porcelana, y en los jarrones rarísimas y hermosas flores. Cortinas de raso blancas encubrian las puertas, y en una pequeña, pero hermosa alcoba, habia una cama dorada.

Desnudaron á la pobre Margarita, y con mucho cuidado la pusieron en la mullida cama. Un médico de antemano la pulsó, le recetó algunas bebidas y rogó á la pobre mujer que nunca la abandonaba, á María, pues así se llamaba, que velara muy especialmente en aquella noche el sueño de Margarita, para darle noticias al dia siguiente. María, maravillada y confusa de todo cuanto á su alrededor sucedia, se quedó sentada á la cabecera

del lecho de Margarita. Nada faltaba en aquella casa. A la hora en que pudiera creerse que acostumbraba á cenar, apareció una de las jóvenes que las habian recibido á la puerta, y encaminó á María al cenador, mientras ella se quedaba velando á Margarita. María, pobre mujer, acostumbrada á larga miseria, se quedó estática ante aquella mesa profusamente adornada. Maria satisfizo cumplidamente su hambre, sin mostrar glotonería, y volvióse á velar á Margarita.

Esta, que todas las noches anteriores, casi acostada en el suelo, respirando el humo de paja que salia de aquella negra chimenea y llenaba la estancia, atormentada por los juegos y los lloros de quejidos y risas de los niños, no habia conciliado ni un instante el sueño, presa de horribles delirios, azotada por sacudimientos nerviosos, así que estuvo depositada en aquella estancia, sin haber echado de ver el tránsito y el cambio, pues padecia como de un prolongado y penoso letargo, durmió dulce y blandamente, sueño reparador que volvia sin duda á equilibrar su vida. Este sueño pudo tambien en un magnífico y cómodo sillon reconciliarlo María, y las dos durmieron largamente en aquella feliz noche.

A la mañana siguiente abrió temprano el mé-

dico la puerta. Preguntó si habia dormido la enferma, y como le dijesen que sí, aseguró que aquel dia se desarrollaria en ella una fuerte calentura, signo evidente de una salvadora crísis. Al poco tiempo, en efecto, la calentura comenzó á desarrollarse con gran fuerza.

Poco á poco se fué mejorando Margarita. Su salud herida y quebrantada se fué recobrando, á medida que el cuidado y el alimento le devolvian las fuerzas. Pareciale un extraño encantamiento lo que á su alrededor sucedia y pasaba. Aun no levantaba la cabeza de la almohada, y ya tenia allí ricos y elegantes vestidos. A un lado de la estancia su piano, á otro, libros; la puerta abierta para bajar al jardin, criados que se inclinaban en su presencia, todo cuanto podia halagar el orgullo de una mujer de suyo orgullosa y altiva. Mas Margarita lo que en realidad queria era escudriñar el motivo de su dicha, la causa de su felicidad. En vano interrogaba á los criados que la asistian, ninguno le contestaba; en vano se dirigia á su misma pobre bienhechora, á María; María callaba. Allí entre las flores, entre los alegres pajarillos, al manso rumor del agua de las fuentes, mirando el cielo azul y el mar, alojada régiamente, pasaba el tiempo de una manera dulce

y rápida, recobrando las perdidas fuerzas. Su felicidad presente, borrando muchos dolores de su pecho, muchos tristes recuerdos de la memoria, iba endulzando su corazon y su carácter. Mujer de alteradas pasiones, una larga calma podia acostumbrarla á la paz y aun abrir en su alma el dormido sentimiento religioso, que nunca se extingue por completo en el corazon de una mujer, aunque esa mujer sea Margarita. Casi casi habia visto prácticamente la Providencia, de cuyo amparo dudaba toda su vida; casi casi, en el fondo de su desgracia, habia encontrado el néctar delicioso de la felicidad, no bien creida ni imaginada en la próspera fortuna; habia encontrado séres que se desvelaban por aliviar su triste suerte.

Su vida corria tranquila. Se levantaba temprano, se vestia su blanco traje con lazos celestes, que habia sido su traje favorito de casa en los dias de prosperidad, y bajaba al jardin despues de un corto pero sabroso y bien servido desayuno. Allí, con esa poesía que nunca abandona el corazon de la mujer, entrelazaba una corona de flores, acariciaba á los pajarillos, corria, saltaba, se divertia, bien jugando con el agua de los arroyuelos, bien haciendo saltar las fuentes y los surtidores; y así pasaba las primeras horas de la ma-

ñana, hasta que el sol la obligaba con su calor á volverse á su pabellon, donde se daba á labores propias de su sexo, ó bien á tocar el piano, ó á leer, ó coser, y aquello, en fin, que más ocupaba su atencion y la distraia.

Por las tardes volvia á bajar, paseaba por un gran parque, se metia en un oscuro bosque, allí se sentaba y vivia tranquila y contenta. Por las noches el piano era toda su vida, y toda su delicia el piano y el canto. Allí recordaba los primeros dias felices y los alborotados dias de su opulencia. Despues leia hasta la hora en que le entraba sueño. Esta vida tranquila, desnuda de cuidados, vestida de encantos, le habia vuelto la salud. Sus ojos cobraban su pristina luz, sus megillas carmin, su frente aquel fuego que en ella reflejaba siempre una centelleante y ardorosa idea. Mas lo que no cobraba, lo que no podia cobrar, era la salud y la paz del alma. ¿Qué casa era aquella? No la conocia. ¿Qué génio tutelar la salvaba de la miseria? No lo sabia. ¿Quién estaba así velando por su tranquilidad? No lo adivinaba. Y lo peor era que habia adivinado que la pobre María estaba de todo al cabo, y así ni á sol ni á sombra la dejaba para que le dijese el secreto de aquel enigma. Una jóven inteligente y ansiosa de saber

un secreto, y una mujer, aunque no lerda, ganosa de revelarlo, no habian de luchar en verdad por mucho tiempo. Así es que cuando aparecia un traje nuevo, flores raras, cuadros, libros hermosos y otras sorpresas, ora en la casa, ora en el jardin, María se esforzaba muchísimo, hasta la violencia, para no revelarle á Margarita el génio misterioso que así trataba de divertir y endulzar las agenas desgracias.

Una tarde, al pasear Margarita por el jardin, se encontró con una infinidad de pajareras, en que habia parleras aves de mil colores, con blancas domesticadas palomas, que la seguian como corderillos, con varios juegos de agua no esperados y vistosos. En presencia de esta solicitud, lágrimas de gratitud vinieron á sus ojos, y comenzó á hablar de esta suerte con María.

—¿No sabes quién se desvela por mí?

—Ya lo sabreis algun dia.....

—Pero todo este agradecimiento del corazon, qué estéril se está perdiendo.

—Guardadlo, que os ha de faltar, si cual merece, pagais á vuestra protectora su amor.

—¡Protectora has dicho! Luego es mujer.

—Sí.

—Luego tú sabes quién es.

—Lo sé, acabemos, lo sé.
—¿Y no me lo dices?
—Me han encargado el secreto.
—Rómpelo por mí.
—No puedo.
—Por mi salud.
—No debo.
—Eres asaz ingrata.
—Señora.....
—Me ves padecer.....
—Señora.....
—Y te empeñas en atormentarme.
—Pero, señora.....
—Yo me pondré otra vez mala.
—¿Cómo?
—Me moriré.
—¡Por Dios!
—Sí, de curiosidad.
—¡Santo cielo!
—Sí, me moriré.
—¡Por Dios!
—Yo no puedo estar aquí.
—¿Por qué?
—Porque yo no puedo estar en una casa cuyo dueño ignoro.
—¿Y qué falta os hace?

—Mucha, muchísima.

—Pero si es una promesa.....

—Mira, ó me dices quién es el dueño de esta casa, ó me voy; elige.

—¿Qué hacer?

—Lo que te digo.

—Preguntadlo á los criados.

—Nada me han dicho.

—Yo no puedo.

—¿Lo dices?

—No, señorita.

—Pues me iré.

—¡Ay!

—Vámonos.

—¿Dónde?

—Vámonos.

—Esperad.

—¿Qué?

—¿Me prometeis el secreto?

—Sí.

—¿No decir nada?

—Nada.

—¿No cambiar en nada?

—En nada.

—¿Seguir como hasta aquí?

—Como hasta aquí.

—¿Olvidarlo, si es preciso?

—Olvidarlo.

—Hacer.....

—¡Oh! me desesperas con tantos preámbulos.

—Pues bien, vuestra protectora.....

Y María se quedó con la palabra suspensa.

—Acaba.

—Es.....

—Acaba, digo.

—Es Angela.

Margarita dió un grito terrible. Se cubrió el rostro con ámbas manos, y cayó sin fuerza en un banco del jardin.

—¡Oh, cuán desgraciada soy!

—¿Por qué, señorita?

—Vámonos.

—¿A dónde hemos de ir?

—Lejos, muy lejos de aquí; vámonos pronto, muy pronto; ahora mismo.

—Señora, por Dios.

—El aire de estos jardines me sofoca; la luz que aquí veo hiere y ofende mi vista; todo me envenena.

—¿Quereis decirme de todo esto la causa?

—Antes vámonos á nuestro humilde retiro, á otro más oculto, pero huyamos de aquí.

—¿Por qué, señora, esa tenacísima porfía?
—Porque esta casa es de mi infame rival.
—¿De vuestra rival?
—¿Quién nos ha traido aquí, quién?
—Angela.
—Tú misma lo dices.
—¡Angela vuestra rival!
—Sí.
—¿La hermana de la caridad?
—La hermana de la caridad.....
—¿La mujer más virtuosa de Nápoles?
—Esa mujer.....
—No lo creo.
—Ella dirigió contra mi pecho el puñal que en mi pecho se ha clavado; ella embriagó con su loco amor á mi esposo.
—Callad, señora, callad.
—No callo. Huyamos de este sombrío y oscuro recinto; huyamos pronto.
—¡Oscuro, sombrío este jardin tan hermoso!
—Es la prision de mi alma.
—Pero pensad en lo que va á sucederos.
—Ya lo he pensado.
—En el hambre, en la miseria, en la afliccion.
—Todo lo arrostro.

—En esa enfermedad de melancolía que os mata.

—Prefiero la muerte á estar aquí.

—En mí misma.

—Quédate aquí.

—En el hambre que van á pasar mis hijuelos.

—Nada atiendo.

—Señora, por piedad.

—No puedo tener piedad; vámonos.

—¿Y rehusais todo el bien?

—Todo.

—Sabed que á este jardin debeis la vida.

—¡Vida ponzoñosa y desgraciada!

—¡Y rehusais la vida!

—Todo, todo.

—No seais tan cruel.

—Sí, quieren conservar mi vida, mi existencia con un mal fin.

—¡Con un mal fin! Si la hubiérais visto llorar...

—Sí, seria el lloro del cocodrilo.

—Puras lágrimas, que han hecho brotar flores á vuestras plantas.

—Flores que tienen veneno en su cáliz.

—¡Desdichada!

—Sí, lo soy. Quieren conservar mi vida, porque mi vida la necesitan.

—¿Para qué?

—Para atormentarme.

—¿Para atormentaros?

—Sí.

—No lo creais.

—Ama á Eduardo, es de Eduardo amada.

—Es una vírgen del Señor, pura como un ángel.

—Quiere que yo viva, porque, muerta yo, su amor no tendria ya el gran placer de mi tormento.

—Horrible pensamiento.

—Aun he concebido otro más atroz.

—¡Señora!

—Esta es la verdad de lo que pasa entre ellos.

—Vuestro esposo está en Africa.

—Mentira.

—Todo Nápoles lo sabe.

—Mi esposo está aquí, sí, aquí, amando en secreto á Angela.

—¡Qué horrible y espantosa blasfemia!

—Y yo tengo un pensamiento, sí, un pensamiento que he acariciado en la soledad.

—¿Cuál? ¿Qué pensamiento?

—El de matar á Angela.

—¡¡¡Cielos!!!

—Esa virtud usurpada.....
—Virtud que brilla como el sol.
—Lo he dicho y lo haré.
—¿Estais loca?
—No sé; pero vámonos.
—Señora.....
—Ahora mismo.
—Por Dios.
—Quédate. Yo me iré.
—No en mis dias.
—Quédate.
—¡Cielo!
—Yo me voy.
—¿Cuándo, ahora mismo?
—Yo así que venga la noche.

XLVI.

Y en efecto, cuando la noche extendió sus velos, Margarita y María salieron de aquella casa, y se internaron por las calles de Nápoles para volver á su humildísimo tugurio. Con el hervir de la sangre, con la salud, con la vida, Margarita habia recobrado todas sus exaltadas y tempestuosas pasiones.

Aquellas dos mujeres salieron, despues de algunos momentos de haber anochecido, precipitadamente para su antigua casa. Margarita se salió de su albergue, sin más que la bata blanca con lazos azules y un abrigo. La infeliz María se despidió casi llorando de aquellos objetos, donde habia encontrado algunos instantes de pasajera felicidad. Por fin, llegaron á su casa. ¡Qué diferencia! Los árboles, fuentes, flores, el cielo puro, azul, sereno, el lujo de aquella naturaleza se ha-

bia trocado en una casa negra, ahumada, llena de polvo, de telerañas, oscura, en un cuarto donde apenas entraba ni el sol ni el aire, en un verdadero calabozo desmantelado, súcio, frio y pavorosamente triste. Así que llegaron, Margarita se dejó caer en el colchon de paja, donde habia pasado su larga enfermedad.

No lloraba. Su dolor habia tomado una faz más triste y más solemne. Era un dolor seco, tempestuoso, sombrío. Algunos gemidos hondos y amargos salian de su pecho; algunos relámpagos de ódio iluminaban sus ojos y su rostro. Fuertes convulsiones, convulsiones horribles, sacudian todo su cuerpo, presa de crueles dolores. Su idea de matar á Angela, de hacer correr su sangre, se le aparecia como una esperanza deleitosa. En su delirio, se veia á sí misma con los ojos desencajados, el cabello suelto, sardónica risa en los lábios, negra furia en los ojos, un puñal en la diestra, y arrastrando á la infeliz Angela hasta sus plantas, y clavándole el puñal hasta el mismo corazon, y viendo salir con gozo, con alegría salvaje, de la entreabierta herida, un arroyo de sangre. En su sobreescitacion, estas contínuas visiones, estos terribles sacudimientos, su exaltacion, su fuego, el dolor que habia en su alma, todo

esto, por necesidad sobreescitó á Margarita, y la hizo caer en una calentura terrible, que fué toda la noche un puro delirio; pero un delirio que se bañaba gozoso en mares de sangre.

Así pasó toda la noche aquella mujer desventurada. Muy temprano se levantó María, y Margarita se levantó tambien.

—¿No ha muerto aún? decia.

—¿Quién?

—Angela.

—Desechad esos pensamientos.

—La he asesinado.

—Volved en vos.

—Mirad, mirad como corre la sangre.

—No delireis.

—Ya estoy satisfecha, ya ha pagado todas sus culpas, ya su sangre empapa la tierra, ya su alma se precipita en los infiernos.

—¡Pobre señora! Todo cuanto hemos hecho por su salvacion ha sido inútil.

—Ahí, ahí arderás como la resina; ahí en el infierno. Como los hipócritas, llevarás en el infierno, sobre tus espaldas, un manto de plomo derretido, que te abrasará sin quemarte; manto de plomo, tan pésado como mis maldiciones.

—¡Señora, señora!

—Déjame gozarme en contemplarla con su corona de llamas en la cabeza. Las flores que ceñia en el teatro se han tornado serpientes, sí, serpientes que le chupan la sangre; y cuanta más beben más hay en sus alteradas sienes.

—¡Qué horror!

—Yo, yo la he precipitado al infierno; yo, con este puñal. Me robó mis riquezas y mi esposo, el alma, y la tierra, y el cielo, y todo me lo robó, todo; infame, paga tu culpa. Sí, págala: mira qué cara pone, ¡ay qué cara! ¿Padeces? Pues más he padecido yo por tu causa, mucho más. No, no te rias, no te rias, que me haces reir. Já, já, já...

Y la infeliz lanzó una terrible, epiléptica, carcajada, que parecia que se iba á quebrar su pecho y su garganta. Por fin, merced á mil medios á que apeló María, pudo aquietarse y se durmió un poco; sueño fatigoso, hijo más bien de su horrible calentura que de su naturaleza. ¡Espantoso cuadro!

Decir todo lo que sufrió Margarita despues de haber salido de aquel hermoso jardin, despues de haberse encontrado en aquella tristísima vivienda, es punto ménos que imposible. Pasaba sus dias en una calentura lenta, que la iba consumiendo; sus noches en un eterno delirio. Aquella estancia ter-

rible, ahumada, negra, la ahogaba, y allí se perdia, se descoloraba su vida. No tenia ni ropa para abrigarse, ni muchas veces pan para satisfacer su hambre.

El trabajo de María no alcanzaba nunca á cubrir sus necesidades. Una mañana se levantó más tranquila y hasta más contenta.

—¿Estais mejor, señorita? le preguntó María.

—Sí, me parece que estoy mejor.

María lloraba, aunque iba devorando sus lágrimas.

—Parece que tengo gana, dijo Margarita.

María lanzó un profundo suspiro.

—¡Oh! suspiras...

—No, no.

—¿Qué te sucede?

—Señora... habladme de vuestra mejoría.

—Sí, tengo gana.

María lanzó otro sollozo.

—¿Qué sucede, qué pasa?

—Hoy no tenemos ni un pedazo de pan.

—¡Santo cielo!

—¡Qué desgraciadas somos!

—Lo somos en verdad. Yo no puedo estar aquí más tiempo.

—¿Por qué?

—No, no puedo, porque te arrebato el pan de tus hijos.

—Por Dios, señora.

—Sí, el pan de tus hijos.

—Por Dios.

—Y no tenemos nada que empeñar.

—Nada.

—Mi bata.

—Se empeñó ayer.

—Pues bien, nos moriremos aquí de hambre.

—¡Oh! por vos lo siento.

—Y tengo hambre.

—¡Dios mio!

—Sí, mucha hambre.

—Calmaos un poco; saldré á pedir una limosna.

—¿Y por mí vas á hacer eso?

—Sí, lo haré por vos.

—No, no, me moriré.

—Me voy, señora.

—No lo consiento.

—La Providencia me guiará.

—¡La Providencia! Já, já, ja...

Y Margarita lanzó una carcajada sardónica.

—Dios no abandona á los suyos.

—Nosotros no somos de Dios, segun nos abandona.

—Toda mi vida he sido pobre, pero aun no me he muerto de hambre.

—Vaya un consuelo.

—Estais desencajada.

—Sí.

—Se conoce que teneis hambre.

—Es verdad.

—Habeis dormido mal.

—He dormido un poco.

—¡Oh! No acostumbrábais á dormir en estas pajas.

—Es verdad.

—¡Tan duras!

—Es cierto.

—Pues adios, señorita.

—No te vayas.

—Vuelvo.

—¡Oh!

—Sí, al instante.

—¡Por mí vas á pasar esa vergüenza!

—No temais; más pasó por todos Nuestro Señor Jesucristo.

—¡María!

—Señora.

—¿Cómo te he de pagar esto?

—Con vuestro cariño.

—Poco es.
—Es demasiado. Adios, hasta ahora mismo.
—¡Oh! No vayas, no vayas.
—Por todos los santos, dejadme.
—Me acongoja pensar...
—¿Qué?
—Tu humillacion.
—Cá, peor es robar.
—¡Qué vida!
—Consolaos.
—No puedo.
—Adios. Vuelvo.
Y María se fué llorando.

XLVII.

Un delirio horrible sobrecogió á Margarita. Su frente ardia, su corazon latia con fuerza, sus ojos le saltaban de las órbitas, su respiracion era fatigosísima y cansada. No podia sostenerse de pié; no podia estar en su lecho. Su idea de venganza, su idea de inmolar á Angela, aún la sostenia. Esta idea y la del suicidio vagaban juntas en su alma. No queria irse á la otra vida sin llevarse en pós de sí una víctima. Sabia que una hermana de la caridad puede renunciar á sus votos, y se imaginaba que, muerta ella, Angela y Eduardo podian ser felices. Así es que mil veces habia pensado en la muerte, porque su vida no le parecia llevadera, y nunca se habia decidido. En el instante en que nos encontramos, pareció animada de una resolucion suprema; se levantó de su lecho y se puso sus rasgadas vestiduras.

El delirio de la infeliz Margarita fué siempre creciendo. En vano trajo algunos alimentos para saciar su hambre la próvida María, en vano; Margarita ya no acariciaba más que dos ideas; su muerte, la muerte de Angela. De nada le habia servido la gran enseñanza del infortunio, ese maestro de la vida. De nada el verse pobre, aterida de frio, abandonada en aquella oscurisima y triste madriguera. Todo habia sido en vano. Ni el hambre, ni la pobreza, ni la desgracia, habian podido mudar aquel carácter vengativo y tenaz, aquella inclinacion al crímen. Y sin embargo, ¡qué lecciones le habia dado tan terribles la Providencia, qué lecciones! Ella, ansiosa de poder, se veia en la miseria. Todo esto necesariamente exaltaba su carácter de suyo exaltado y entusiasta. Asi es que la idea de dos crimenes, como dos hierros candentes, abrasaban su alma, y la tenian en una febril exaltacion, en un continuado y atroz y negro delirio; terrible delirio, sin calmante, sin consuelo.

Aquella noche pudo tener alguna esperanza de realizar sus intentos. La imágen de Angela se le aparecia á los ojos, como desafiándola á perpetrar el horrible crímen. Todo yacia en calma. Dormia su buena María con ese sueño profundo que ins-

pira la tranquilidad del ánimo y el cansancio del trabajo. Margarita se levantó, cogió su puñal, se envolvió en sus pobres vestiduras, y como una sombra, como una aparicion fantástica, se deslizó de su vivienda y salió á la calle. Era una noche clara y serena. El cielo sonreia, la luna derramaba su melancólica luz por los infinitos espacios. El silencio de la noche solo era interrumpido por el paso de algun que otro transeunte, muy pocos que pasaban por las calles. Margarita, despeinada, con sus cabellos sobre la espalda, envuelta en sus desgarradas vestiduras, destellando pálido ódio de sus ojos, desencajada, convulsa, andando, como si se arrastrara, Margarita parecia la imágen de alguna evocacion infernal.

Dirigióse la infeliz, llevada por su delirio, al convento de las hermanas de la caridad. La calentura nerviosa que le agitaba le hizo ver lo que no sucedia; le hizo palpar lo mismo que imaginaba. Vió, merced á su delirio, salir á Angela de su convento; tiembla, se acerca á ella, le clava el puñal en el pecho, la sangre mancha su frente, y exhalando un grito, despues de verla caer exánime, arroja lejos de sí el puñal, dándose á correr desolada por las calles. Nada de esto habia en realidad sucedido. Era un sueño de su fantasía, un

cuadro que trazaba su pasion, una imágen grabada en el espacio por la electricidad tempestuosa que agitaba todo su cuerpo. ¡Infeliz mujer que hasta en sus delirios, lejos de imaginar algo que, aunque fingido, la consolara, imaginaba muertes, víctimas, sangre, todo lo horrible y espantoso que puede haber en la voluntad humana!

Decíamos que llevada de su delirio se dió á correr, á huir por las calles de Nápoles, horrorizada de sí misma. Ya la vida no le podia ser llevadera. En medio de su delirio, de su calentura, decia: «Voy á morir. ¿Qué más me dá morir de hambre, ó cortar yo misma, por mi propia mano, el hilo de mis dias?» Pasaba á sus ojos su porvenir, el hambre, la miseria, una muerte lenta, horrorosa, tristísima. En esto llegó á las orillas del mar; ya iba comenzando á amanecer. Margarita se sentó en un peñasco. Los primeros albores de la mañana borraban el resplandor de la luna en los cielos. Las estrellas se escondian, como un ángel que pliega sus alas y se duerme en el seno del Señor. El mar estaba en calma, y se sonreia como si se apercibiera para recibir con amor la naciente aurora. Toda la naturaleza se reia y se regocijaba en este supremo instante, y sin embargo, la tristeza caia más espesa sobre el corazon

de Margarita. Á medida que el dia avanzaba, su dolor avanzaba tambien; á medida que se iba descorriendo un pliegue del velo de sombras que ocultaba el horizonte, iba cayendo una sombra más espesa en su conciencia. Parecia que la noche se refugiaba en su seno. Aquella claridad, aquella hermosa claridad, aquella luz, la ofendia, la martirizaba. El sonrosado color de la aurora, teñia de negro su espíritu. La alegría de la naturaleza, su sonrisa, su dulce encanto, el amanecer, el mar, el beso de las áuras, el espectáculo de los cielos inundados de luz, todo esto es dulce y encantador para el alma riente y feliz; pero es triste y sombrío para el alma anegada en la desgracia, como el alma de Margarita.

Esta alegría de la tierra era la tristeza de Margarita. No podia esperar de ninguna manera al nuevo dia. Cuando el sol alumbrara los cielos, alumbraria su venganza. ¿Qué dirian en Nápoles al ver á la reina de los salones, andrajosa, llena de miseria? ¿Qué dirian? Este relámpago de orgullo cruzó sobre su alma, abismada en el dolor, y la iluminó tristemente. No, no le era posible vivir; no le era posible. Se decidió, pues, á la muerte. En esto oyó á sus espaldas voces humanas, séres que venian á donde ella se encontraba. Es-

to, léjos de contenerla en su terrible propósito, la empujó á la perdicion. La voz humana, cuando la desgracia se muestra tan empedernida, parece una burla, un afrentoso sarcasmo. Margarita, que estaba sentada en un peñasco, viendo cómo las olas se estrellaban en él, alzó los brazos al cielo, y se precipitó en lo profundo del mar. En este instante todo fué horrible. Al caer en el agua, ora la impresion del frio de las aguas, ora la proximidad de la muerte, le devolvió el sentido ofuscado en su alma. Abrió los ojos del espíritu, y se vió suspendida sobre la eternidad, próxima á hundirse en su ignorada vida. Su alma sufrió un tormento mayor aún que el que sufria su cuerpo; tormento pasajero, pero horrible, que compendiaba en un solo instante las penas del infierno. En esto, la falta de aire, el agua, todo contribuyó á que perdiera el sentido, aunque el instinto de la vida, superior al conocimiento, la hacia luchar horriblemente en el húmedo elemento, pero luchar con fuerza desesperante y terrible. Parecia que aquella agonía, aquel estertor, aquella lucha desesperada conmovia todo el mar. A su alrededor las aguas se agitaban, como si las moviera el viento. Alguna vez lograba sacar por un instante la cabeza fuera del agua; un relámpago, un des-

tello de vida la iluminaba, y bien pronto volvia á caer en su terrible frenesí. Era tanto el dolor, que se clavaba las uñas en las carnes, y se las rasgaba y hendia, sacándolas sangre. Cuando ya le faltaba casi la vida, cuando iba á llegar el último instante de esta agonía, las voces que habia oido Margarita, voces humanas, resonaron sobre lo alto del peñasco. Eran tres marineros. Llegaron, extendieron su vista por el mar, é inmediatamente echaron de ver la terrible lucha de la infeliz Margarita. Con ese instinto misericordioso del marinero que, en sus luchas con el húmedo elemento, se halla siempre dispuesto á robarle sus presas, los jóvenes vieron un sér humano que batallaba con las olas, se echaron tal como iban, sin despojarse ni de una prenda, y se apoderaron del cuerpo de Margarita, sacándolo á la orilla, y depositándolo en la arena.

—¡Hermosa mujer! dijo uno.

—¿Está muerta? exclamo el otro.

Y aplicaron el oido al corazon.

—No está muerta.

—No, no lo está.

—¡Oh! Santo cielo.

—Aún respira.

—La hemos salvado.

—¡Albricias!

—¡La hemos salvado! Alabado y bendecido sea Dios.

—Alabado sea.

—¡La hemos salvado!

Y todos los marineros exhalaban estos y otros gritos de alegría, al ver que habian salvado á la jóven. Margarita, al poco tiempo, abrió los ojos, dió un grito agudísimo, y se volvió á quedar como muerta.

—Es necesario darle consuelo.

—¿A dónde la llevaremos?

—¿A dónde?

—La cosa es clara; al convento de las hermanas de la caridad.

—Se la encargaremos á sor Angela.

—¡Qué mejor Providencia podria ampararla!

Y los marineros, cogiendo el cuerpo de Margarita, se encaminaron al convento de las hermanas de la caridad. Llamaron, y Angela estaba de guardia. Salió al instante. Los marineros se descubrieron respetuosamente, porque es propio de la virtud inspirar religioso respeto.

—Sor Angela, os traemos una desgraciada.

—Sea en buen hora venida.

—Es una infeliz que se estaba ahogando.

—¡Santo cielo!

—Se conoce que la infeliz se habia arrojado al mar por desesperacion.

—Bien venida sea; aquí la cuidaremos.

—¿Quién cómo vos?

—Veremos si nos es dable curarle tambien el alma. Entradla, entradla.

Margarita continuaba en su estupor, sin movimiento, sin vida.

—A la sala general de enfermos.

Y los marineros se dirigieron á donde les señalaba Angela; pero de pronto dió esta un grito.

—¿Qué teneis, señora?

—¡Oh! Providencia del cielo, justicia de Dios.

—¿Qué? ¿Qué?

Y los marineros se miraban sin saberse dar explicacion de lo que les pasaba y de la turbacion de Angela.

—Nó, á la sala general no la lleveis. Traedla aquí.

Y llevándola por un largo pasadizo, llegaron á una especie de celda. Eran sus paredes blancas como el alabastro. Algunas sillas de pino eran su único adorno. Una cama muy limpia, muy blanca, y colgada sin lujo, pero con gracia, se veia en uno de los rincones. La ventana era una reja

rasgada hasta el suelo, cubierta de enredaderas, al través de los cuales se veia un jardin, una fuente murmuradora, y revolotear mil pajarillos.

Angela mandó que depusieran allí el cuerpo de Margarita. Inmediatamente se despidió de los marineros, que ofrecieron volver á ver á la mujer que habian salvado. Angela solo se ocupó en socorrer á la desgraciada enferma. La vistió de nuevo, la depositó en la cama, llamó á los médicos, y proveyó á todo lo necesario, para que la infeliz pudiese encontrar consuelo. Toda su solicitud fué esmeradísima.

Habia en su deseo algo más que salvar la vida de Margarita; queria salvar su alma. Era ya un empeño de su voluntad. Redimir aquel alma de sus pasiones, salvarla de la tristísima tempestad en que se agitaba, era una empresa digna de su virtud, de su inspirado génio. Conservarla para la tierra, decia Angela, es conservarla para el cielo. Salvar á Margarita de tan amargo trance, es lo mismo que salvarla de una eterna perdicion. Cuanto los médicos proponian, otro tanto hacia con la velocidad del pensamiento Angela. Toda su caridad se habia concentrado en salvar aquel alma, aquella vida. Solo vivia para Margarita, para su antigua rival, para su enemiga. No queria que

nadie, ninguna de sus hermanas, cuidase á la pobre mujer que habia tomado bajo su amparo. No dormia, no; toda la noche la pasaba en un sillon á la cabecera del lecho de la enferma. Cuando Margarita descansaba, descansaba ella tambien un poco; cuando Margarita no dormia, estaba atenta á su repiracion, á sus suspiros, á sus congojas ó á su tranquilidad; á todo cuanto en ella sucedia, para atender mejor á su pronta salvacion.

Margarita habia comenzado por un letargo horroroso, y habia concluido por un delirio horrible. En este delirio de su alma centelleaban todas sus pasiones. Angela oia insultos, blasfemias, maldiciones; oia que ella era el blanco de toda la ira de aquel corazon que rebosaba saña; oia que en su ódio le negaba la infeliz mujer hasta la honra. Nada, sin embargo, la retraia de su empeño. Habiéndose propuesto sacar á salvo la vida y el alma de Margarita, devoraba en silencio aquellos insultos de un alma siempre extraviada, y más extraviada en aquella sazon por el delirio. Al través de sus palabras inconexas, se descubria un drama terrible, se descubria que ella imaginaba haber traspasado con un agudo puñal el corazon de la misma que á la cabecera de su lecho, sin darse punto de reposo, estaba inclinada como un

ángel mensajero de la Providencia, enviada del cielo.

Angela no se indignaba, no; comprendia á aquella mujer.

Por fin, poco á poco se fué despejando Margarita. Su alma sacudió las tinieblas que la circundaban.

El delirio se apacigua, el vértigo se concluye, y comienza una especie de fiebre lenta, signo de una gran crísis. Angela, cuando ve que empieza Margarita á conocer, procura esquivarse á su vista. Quiere ser como la Providencia, sagrada é invisible; quiere derramar el bien sobre la cabeza de su rival sin que ella lo sepa.

Así es que casi siempre se echaba el velo sobre la cara, y se ocultaba á los ojos de Margarita, y fingia la voz para no ser conocida. Margarita, ora por la fiebre, ora por el traje nuevo que lleva la que le asiste, no conoce á Angela. Sin embargo, su solicitud, su amor, su cariño maternal, impresionan profundamente el corazon de la jóven enferma, que quiere á todo trance conocer á la que le asiste, y le pregunta mil veces su nombre, y cómo ha llegado hasta allí, y cómo pasó por todos aquellos trances. La tranquilidad que se respira en aquella celda, el aire perfumado de aro-

ma, el cielo centelleante de alegría, el sol que lleva sus rayos hasta el pié del lecho, todo esto la alegra, la tranquiliza, la devuelve las fuerzas. Y sin embargo, Margarita no conoce á Angela.

XLVIII.

Un dia estaba Margarita dormida. Angela oraba al pié de un Crucifijo. El sol, penetrando en la estancia, la inundaba de luz. Parecia que era como una aureola de santidad y de pureza. Los ojos de Angela, perdidos en la oracion, se teñian con un tinte de lo infinito, con un resplandor de cielo. Parecia que la eternidad se dibujaba en su mirada, como el cielo se dibuja y refleja en el mar. La actitud de Angela, su rostro inundado de celeste felicidad, sus ojos perdidos en el cielo, sus lábios perfumados por una religiosa plegaria, sus manos plegadas, el resplandor del sol, que la envolvia en un éther luminoso; todo esto la exaltaba como si perdiendo su naturaleza humana, tomara otra naturaleza más explendorosa y más alta.

Margarita abrió los ojos y exclamó.

—¡Ah! Os conozco.

Angela se cubrió el rostro con las manos.

—¿Me conoceis?

—Sí, sí.

—Perdonad, dijo Angela con dulce voz, que me haya ocultado á vos.

Margarita levantó al cielo los ojos inundados de lágrimas.

—¡Oh! No sé lo que pasa por mí.

—Yo os lo contaré.

—Contádmelo, Angela, que en verdad habeis...

Un gran silencio siguió á estas palabras de las dos jóvenes. Angela bajó la cabeza. Margarita se cubrió el rostro con las manos. Por fin, esta interrumpió el silencio, y como arrepentida de su primer impulso generoso de gratitud, de reconocimiento, dijo con aspereza:

—¿Quién me ha traido aquí?

—Os trageron unos marineros.

—¡Unos marineros!

—Sí; os habiais caido al mar.

—Me habia caido, no; me habia precipitado.

—Teneis razon, os habiais precipitado.

—No, no he hablado con propiedad; me habias precipitado vos, Angela.

—¡Yo! Una pobre mujer como yo.

— Sí, sí. Todo lo debeis oir, todo absolutamente.

—Hablad, Margarita, os escucho.

—¿Tendreis paciencia para oirme?

—Ya os atiendo, hablad.

—¿Qué es de Eduardo?

—Eduardo está en Africa.

—No lo creo.

—Si no me habeis de creer, escusais preguntarme.

—¿Y cómo sabeis que está en Africa?

—Como lo sabe todo Nápoles.

—Pues bien, Eduardo se moria de amor un tiempo, y esto no lo negareis, por vos.

—¡Un tiempo! Es verdad, es verdad. No lo niego.

—Y este amór, mal apagado, renació de sus cenizas.

—Creo poder aseguraros que fué agradecimiento, no amor lo que sintió.

—¡Agradecimiento! ¿De qué?

—¿Ya no lo recordais?

—No.

—Pues yo tampoco.

—¿Qué debia agradeceros?

—Hablaré para justificarle. Vos recordais una oscura prision.....

—¡Oh! Sí.

—¿Recordais que allí no respirábais apenas?

—Es verdad.

—¿Recordais que el verdugo?.....

—Sí, sí. Justamente.

—¿Recordais que en la hora suprema entré yo y quebranté vuestras cadenas?

—Sí, lo recuerdo. ¡Qué frio hacia en aquellos calabozos! Asquerosos insectos corrian por el suelo, negros murciélagos se anidaban en el techo.

—Pues bien; perdóneme Dios haber recordado esto, Eduardo sintió agradecimiento.

—¡Solo agradecimiento!

—Pudo sentir tambien amor.

—¡Y lo confesais!

—Pudo sentirlo; pero en mi pecho no halló nunca, nunca correspondencia.

—No lo creo, no puedo creerlo.

—Margarita, Dios es mi testigo; Dios y mi conciencia.

Habia tal solemnidad en las palabras de Angela, y tal eco de verdad en su acento, que Margarita no se atrevió á contradecirla. Sin embargo, despues de algunos instantes, dijo:

—¿Y vos entonces, no le amábais?

—¡Ay! Margarita. ¡Qué pregunta!

—¿No le amábais?

—¿Y para qué, para qué anhelais saber eso?

—Quiero conocer vuestra ingenuidad.

—¡Mi ingenuidad! ¿No os acordais de la pobre cantora, que en vuestro jardin os dijo á vos la verdad?

—Me acuerdo.

—¿No os acordais de la actriz, de la aplaudida actriz que nunca os quiso negar la verdad?

—Me acuerdo.

—Pues la pobre cantora, la actriz no se desmiente bajo el manto de la hermana de la caridad.

—Decid la verdad, decidla. ¿Le amábais?

—Vos lo sabeis.

—Yo no lo sé.

—¡Oh!

—¿Me quereis decir que no le amábais?

—No. De ninguna suerte.

—¿Por qué?

—Porque no podia deciros eso.

—¿Y cómo no podias decirme esto?

—No podia porque le amaba entonces, y le amo todavía con todo mi corazon.

—¡Angela!

—¡Margarita!

—Yo le amo tambien.

—Es vuestro esposo.

—Yo le amo aún.

—¡Amor santo!

—¿Y vos?

—Yo, no volvais á preguntarme nada.

—¿Vos le habiais amado, Angela?

—Sí. Fué el único sér á quien yo pude consagrar mi corazon.

—¡El único!

—Educado en la soledad mi corazon, en presencia de Eduardo se abrió al amor, ¡ay! amor infinito, que ha sido mi desgracia.

—¿Y ahora no le amais ya?

—¡Margarita! Toda aquella grande y exaltada pasion que fué mi vida, se ha tornado en amor por la humanidad.

—¿Y qué placer os reporta este amor hácia la humanidad?

—Os empeñais en parecer peor de lo que sois.

—No tal.

—Si no fuera así, no me hariais esa pregunta.

—Os lo pregunto, porque en mi humilde sentir, este amor es muy estéril...

—¡Estéril! No, no, amor fecundo en grandes bienes para el alma.

—¿Qué bienes?

—La tranquilidad de la conciencia, la esperanza en Dios.

Margarita se encogió de hombros.

—Y aunque eso no fuera, siempre la grandeza del deber...

—¡Deber! No veo que tengais ese deber.

—Todo el que se siente con fuerzas para socorrer á sus hermanos, para asistirlos, para salvarlos, debe consagrarse á su bien, á su dicha.

—¿Y vos gozais mucho?

—Gozo, sí, viendo que puedo calmar el hambre del pobre, el dolor del enfermo, el triste desamparo del desvalido.

Margarita meditó un instante.

—Yo estaba agonizante, hundida en el mar, y me han traido aquí, y me habeis cuidado luego.

—Sacad vos misma la consecuencia.

—¡Oh! No, no. Y Margarita se echó á reir fuertemente.

—No quiero que un ataque de nérvios, una carcajada epiléptica, un instante de mal humor os arranque de ese estado en que os encontrábais, ni que hielen esa convulsion en vuestros lábios.

—¿Qué anhelais pues?

Las dos jóvenes suspendieron por algunos ins-

tantes su conversacion, hasta que Margarita exclamó:

—Y vos, Angela, ¿por qué habeis tomado por mí este gran interés?

—Porque mi corazon me dice que debo á todos mis hermanos proteccion y auxilio.

—¿Yo vuestra hermana?

—Vos.

—¡Yo que debia ser vuestra rival!

—Ya sabeis que hace tiempo que para mí no podeis ser rival.

—¿Por qué?

—Porque desde el punto en que os ví esposa del hombre que yo habia amado, ahogué en mi alma toda aspiracion á ese amor, y creí que solamente vos tenia derecho á su corazon en el mundo,

—¡Oh! Sois demasiado buena para ser creida.

—No me creais.

—No puedo yo creer en tanta virtud.

—Esta no es virtud, ó al menos no es virtud heróica.

—¿Pues tan extraordinaria creeis la virtud que no apellidais así á vuestra abnegacion, á esa abnegacion que me prestais? dijo Margarita con cierta sonrisa escéptica y burlona.

—Padeceis de un grave mal, Margarita.

—¿De qué mal?

—De que la sociedad donde habeis vivido, os ha infiltrado en las venas toda su ponzoña.

—Já, já, já.....

Y Margarita se echó á reir.

—Sí, toda su ponzoña.

—Dura estais al juzgar esa sociedad.

—No, sino muy blanda.

—Proseguid.

—Esa sociedad os ha dicho que la virtud es difícil.

—No me lo ha dicho, me lo ha manifestado con hechos evidentes.

—Más en mi favor. Os lo ha manifestado; convenido.

—¿Y qué?

—Que vuestra alma ha caido en el escepticismo.

—Piensa mal y acertarás.

—Terrible palabra, que no es cierta.

—Es más fácil ver la luz que las manchas.

—No se ve más fácilmente la luz, se reparan más las manchas. La luz es natural, y las manchas son más raras. Por eso la virtud no nos maravilla y sí el vicio.

—Aún quereis sacar de esto una doctrina en pro de vuestro ascetismo.

—Sea de ello lo que quiera. ¿No es verdad que de todo el mundo dudábais?

—Es cierto.

—¿No es verdad que la más leve accion la echábais á mala parte?

—Es verdad.

—Como el que tiene ictericia, que todo lo ve pálido.

—¡Angela!

—Y no hay nada más triste que esa creencia.

—Ya lo veo.

—Es el desencanto de la vida.

—Pero es un buen sistema contra las ilusiones.

—¿Qué seria de nosotros sin la ilusion?

—¿Tambien defendeis la ilusion?

—Como la flor de la vida.

—Todo lo extraordinario y engañoso defendeis.

—No tal, todo lo que es cierto.

—¡Cierto eso!

—¿Os burlais?

—Tentada estaba de ello.

—Pues, sin embargo, no os estudias á vos misma.

—No hay en mí ni una ilusion.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque es imposible así la vida.

—¿Imposible la vida sin ilusiones?

—Sí.

—No atino con la razon.

—Pues, sin duda, es muy sencilla.

—Decidla.

—Porque vivimos más en el espíritu que en la naturaleza.

—Sobrado metafísica estais.

—Me explicaré. El tosco sentimiento no puede engendrar el amor que es hijo del espíritu.

Margarita se encogió de hombros.

—¡Oh! Margarita. Creed en la virtud, dijo Angela.

—Es muy difícil tal creencia para un alma como la mia.

—¿Y no podeis comprender que el bien es más hermoso que el mal?

—Es cierto.

—¿No esperais que si alguna vez, de buena fé, seguís el camino de la virtud y la amais, acaso podeis encontrar la más grande y grata de las dichas humanas, la paz del hogar doméstico?

—Esa paz tan monótona...

—Esa paz, que yo no puedo gozar.

—¡Oh! ¡Yo, yo, sin mi esposo!

—Quién sabe si la Providencia os lo deparará.

—A mí, no. Me aborrece.

—Acaso os ame mañana.

Margarita se sonrió tristemente.

—No puede ser, dijo.

—Esperad.

—Me cree muy mala.

—Pues hay un medio de combatir su creencia.

—¿Cuál?

—Ser muy buena.

—Ya no es posible. Mi corazon solo vive para la venganza, para el ódio.

—Os engañais.

—Ahora mismo estoy maravillada de la calma de mis pasiones.

—¿Lo veis?

—¿Qué?

—Que la virtud se aprende tambien con la enseñanza práctica, positiva, con el ejemplo.

—No creo tal.

—En esta santa casa de caridad os encontrais más tranquila y más serena.

—Es verdad.

—No de otra suerte que se respira mejor en

un jardin, en una selva, que en un lugar fétido y pantanoso.

—Mas creo que esta serenidad proviene de que el dolor y la enfermedad han embotado mi alma.

—No, no, proviene de que habeis visto que hay en el mundo séres que se interesan por sus hermanos, séres que os aman.

Margarita lanzó una carcajada epiléptica.

—Sí, prosiguió Angela, habeis visto que la caridad existe; que existe la abnegacion y el sacrificio; habeis visto que hay en la tierra aún muchos séres buenos; habeis visto que la Providencia reside en el cielo, y dirige toda la vida. Eso lo habeis visto prácticamente, de una manera positiva, cierta, indudable, como veis ahora el rayo de luz que penetra por esa ventana. Dios, sí, os ha iluminado; Dios que nunca abandona á sus criaturas; Dios que vive y reside en la conciencia pura, en la conciencia límpida y serena que refleja el cielo.

—¿Venís á predicarme á mí? ¡Cómo os engañais! ¡A predicar á quien tiene ya pasadas en cuenta todas esas cosas y sabe su valor; á quien alcanza lo que son esas gazmoñerías, á quien no se deja engañar de frases huecas ni de apariencias mentidas, que engañan ciertamente, no á mí,

no, al vulgo que tiene ojos y no ve, que tiene oidos y no oye!

—Margarita, os comprendo. Quereis rebelaros contra el influjo de lo mismo que sentís en vos; quereis ahogar el gérmen de la virtud próximo á brotar en vuestro corazon; quereis sumir vuestra alma en un mar espesísimo de tinieblas; quereis precipitar vuestra vida en su antigua cárcel, y ya es imposible, porque habeis visto el bien, y ha herido vuestros ojos, y ha cautivado vuestro corazon.

—¡Insensata arrogancia! Creeis que cuatro palabras, cuatro mimos, las flores con que envolveis el áspid, el brillo del puñal, pueden ocultarme la mordedura, pueden dorar la puñalada; no, no, destila sangre; ¡ay! sangre de mi corazon, sangre que salpica vuestra frente.

—Nunca lo hubiera creido, nunca, si no os escuchara.

—Creíais haberme ganado para el cielo, para ese cielo en que vos creeis albergaros. Pues os engañais.

—No me albergo en ningun cielo. Mísera mortal, vivo tambien aquí en la tierra sujeta á todas las debilidades de los mortales.

—Justo, exclamó Margarita con sardónica son-

risa; hasta estais sujeta á la debilidad de amar á mi marido.

Angela alzó al cielo las manos y los ojos. Una lágrima surcó su mejilla. Una nube de tristeza pasó por su frente; y despues de mirar con gran compasion á Margarita, salió de la estancia, exclamando con un acento profundamente conmovido:

—La dejo abandonada á sus remordimientos. Ya debe tener remordimientos.

XLIX.

Margarita se quedó, en efecto, como habia dicho Angela, abandonada á sus remordimientos. Sentir remordimientos, podia ser una prueba de que la razon y la virtud habian triunfado en aquella ciega y empedernida alma. El dolor puede ser el mensajero de una gran revolucion en el espíritu. Si las palabras y el ejemplo de Angela no la movian á un pronto arrepentimiento, Margarita estaba perdida sin remedio. ¿Será más contagioso el mal, que purificadora la virtud? ¿Una jóven pura no podrá estar en un lupanar sin mancharse de barro, y una jóven impura podrá estar en medio de la virtud, sin sentirse inspirada de un anhelo á la perfeccion, ó al ménos de un dolor punzante por su pasada vida? Yo no creo, no puedo creer eso. Creo que el ejemplo de la virtud puede mucho en las almas; creo que estamos

obligados á ser buenos, á cumplir con todos nuestros deberes, no solo por ser ley de Dios, ley de la conciencia, deber rigoroso, no solo por ser el bien tan amable en sí y tan dulce, sino tambien por no dar ni malos ejemplos ni malas enseñanzas á los que nos rodean, y viven de nuestra misma vida.

Por esto creo con firmeza que aquella atmósfera de virtud, aquella luz que heria la frente de Margarita, aquella flor, el alma de Angela, que purificaba el aire, debian purificar tambien el alma, el pensamiento, el corazon de Margarita, no de otra suerte que los gases por el dia desprendidos de los árboles oxigenan la atmósfera.

En efecto, al irse Angela, Margarita sintió deslizarse como una culebra en su pecho el frio remordimiento, que clavándose en sus entrañas, se las partia, las devoraba, como suele suceder, mal de su grado, á todos los que alguna vez han sacrificado en aras del crímen, aunque no haya sido mas que un dia de su vida.

Margarita comenzó á recapacitar allá en lo interior de su mente, y pensó que era muy cruel con Angela. ¿Quién la habia dos veces libertado de la muerte? ¿Quién la habia asistido como un ángel á la cabecera de su cama? ¿Quién habia

derramado el rocío de las lágrimas en aquella vida seca y gastada? ¿Quién la habia seguido y habia velado por ella cuando sola, pobre, abandonada, no tenia á su alrededor ni una persona que velara por su tranquilidad y por su paz? Todas estas ideas se levantaban en su alma oscurecida, como esas estrellas que aparecen á través de las ráfagas de la tempestad, ó de las nubes que manchan y oscurecen un cielo azul, brillante y puro. Mas en el alma de Margarita las nubes eran tantas, la oscuridad tan espesa y tan horrible, que bien puede decirse que no habia esperanza de que el alba pura de la luz amaneciese en sus horizontes. El remordimiento, solo el remordimiento podia ser parte á salvarla. Si no sentia dolor, estaba perdida, completamente perdida. Y en efecto, Margarita se dolia de haber insultado á la pobre Angela. ¡Insultarla! Angela era á todos los ojos el númen misterioso y divino del bien. Angela era la personificacion del bien; Angela era la imágen purísima del sacrificio; Angela era un ideal de virtud.

Margarita, en fin, dejó caer la cabeza sobre el pecho y lloró amargamente, amarguísimamente. Aquel lloro podia ser como la lluvia del cielo, que descendia sobre sus alteradas pasiones; aquellas

ideas como el íris que se dibujaba entre las negras y pavorosas nubes.

El remordimiento es un aviso del cielo, un anuncio de que en el alma del criminal hay conciencia. Un remordimiento era el primer despertar de la razon en el espíritu de Margarita; el primer albor de espíritu en aquella organizacion. Así, cuando Margarita sintió este dolor del corazon, esta aguda espina que le taladraba el alma, sintió tambien que se habia trasformado su vida. Ella, que habia vivido en medio de los placeres; ella, que habia ideado las más grandes emociones; ella, que habia seguido una senda de perdicion, sin sentir ni el asomo de un remordimiento, verse dolorida y afligidísima, era, en verdad, un milagro, una maravilla. El primer impulso de Margarita fué de rabia, de ira, al sentir aquella extraña impresion en su alma; el segundo movimiento fué de exaltadísimo dolor. Inclinó la cabeza sobre el pecho y se dió á llorar amargamente. Este lloro, que salia de lo más profundo de su alma, era como la ráfaga de la tempestad que purifica el cielo. Su conciencia, más clara, más luminosa, más trasparente, se levantó al cielo y absorbió su luz. Despues de este lloro, una tranquilidad verdadera fué el estado de Margarita. Sin

embargo, las pasiones no abandonan de una vez su presa. La ira volvió á rugir en aquel corazon despedazado. Se avergonzó de haber llorado, se acordó de quién era, paseó su mirada por aquella estancia; el fiero orgullo se posesionó de su alma, y sacudió como un sueño aquella leve sombra de arrepentimiento. Pero en este instante se abrió la puerta y apareció Angela. Traia un cordial en la mano derecha, un ramo de flores en la izquierda, una sonrisa plácida en los lábios, una alegría infinita en los ojos.

—Os he oido llorar, y vengo á veros.

—¡Angela! ¡Angela! ¡Me habeis oido llorar!

—Sí, sí. Os he oido llorar. Y me alegro.

—¡Os alegrais de mis lágrimas! Ese es vuestro sentimiento.

—¿No sabeis que las lágrimas son un rocío del cielo?

—Amargo rocío.

—No; que desahogan el alma.

—Eso es cierto.

—Si yo no hubiera llorado muchas veces, acaso ahora no seria.....

Margarita suspiró. Toda la rabia que en su alma ardia se apagó al dulce soplo de la palabra de Angela.

—Margarita; Margàrita mia, dijo Angela acariciándola.

Margarita dejó caer la cabeza en el seno de Angela, y comenzó á llorar amarguísimamente.

—Sí, sí. Llorad, llorad, Margarita.

—¡Oh! Soy muy mala, muy mala.

Angela, cuando oyó estas palabras, se postró en el suelo, plegó sus manos, y una oracion se levantó de su alma.

—Ya sois buena, Margarita, ya.

—¡Oh! No, no.

—Sí, Dios ha tocado en vuestro corazon.

Margarita volvió la cabeza con indolencia, y dijo:

—Para mí no hay esperanza.

—Sí, Dios nunca abandona á los suyos.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Y yo soy de Dios?

—Como la última de las criaturas.

—¿Y yo voy á perder mi naturaleza?

—No, esas pasiones agitadas se tornarán en tranquila felicidad.

—¡Ah! Abandonada de todos.....

—No, no. De mí no.

—¡Abandonada de Eduardo!

Este nombre hirió el corazon de Angela. El amor volvió á recordarle todo lo que Eduardo significaba para ella. Sin embargo, haciéndose superior á sí misma, exclamó entusiasmada:

—Eduardo volverá á vuestros brazos.

—¡Oh! ¡A mis brazos!

—Sí, sí.

—¿Quién me lo asegura?

—Yo.

—¿Luego sabeis dónde está Eduardo?

—No lo sé.

—¡Oh!

—No lo sé.

—¡Y entonces!

—A una hermana de la caridad está abierto el mundo.

—Angela, Angela.

—Sí, el mundo entero recorreré yo para haceros feliz.

—Dios mio, ¿y por qué?

—¡Oh! Por hacer bien.

—¿Solo por hacer bien?

—Por redimir un alma, un corazon.

—Angela, admiro vuestro heroismo.

—No es heroismo el cumplimiento de un gran deber.

—¡Un deber! No atino cómo puede ser un deber.

—Lo es; porque yo he influido tristemente en vuestra vida.

—¡Tristemente!

—Sí.

—¿No me habeis libertado de la muerte? ¿No me habeis recogido aquí?

—Es verdad; pero he inspirado siempre celos y recelos á vuestro corazon.

—Eso es verdad.

—Celos que os habrán hecho padecer.

Entonces un remordimiento se levantó en el ánimo de Margarita.

—Yo tambien os he hecho padecer mucho.

—Sí. Pero érais inocente.

—¡Inocente!

—La causa del dolor de mi vida es Eduardo.

—Es verdad.

—Me amaba.

—¿Y le amábais?

—Mucho.

Margarita se sonrojó de celos.

—¿Y os abandonó? dijo Margarita.

—Me abandonó á mi soledad.

—¿Padeceriais mucho?

—Pasaba mis dias llorando, mis noches en cruel insomnio.

—Teneis razon, ¡cruel!

—Cuando amanecia, me inclinaba en mi ventana y ponia los ojos en el horizonte.

—Y allí.....

—Allí no apartaba la vista del mar.

—¡Qué ansiedad!

—Cada vela que descubria, imaginaba que era él; cada bote que se presentaba á mis ojos, creia que era el bote en que solia venir Eduardo.

—¡Qué crueles padecimientos!

—Para mi no habia luz en el cielo, ni aire en la tierra. Yo me ahogaba.

—¡Y habeis resistido!

—Sin duda Dios hizo la naturaleza humana para el dolor, y por eso el dolor la vivifica.

—¿Y continuais queriendo á Eduardo?

—¿Quereis remover las cenizas de mi corazon?

—Os lo pregunto con fé, con deseo vivísimo de que me contesteis.

—Por Dios, Margarita.

—Sí, os ruego que me contesteis.

—Ya os he dicho que soy causa de vuestros pesares.

—No, son aprensiones que se van calmando y desvaneciendo.

—Pues bien, oid lo que siento.

—Sí, sí, decidlo.

—Aún le amo.

—¡Santo cielo!

—Aún en mis ensueños veo su imágen; aún en mis delirios invoco su nombre. No he podido de ninguna manera domeñar estos sentimientos de mi corazon.

—¡Oh!

—Mi pasion vive hoy tan pura como el primer dia que la sentí; yace tan inmaculada en el fondo de mi alma.

—¿Y deciais que no le amábais? exclamó irritada Margarita.

—Nunca he dicho eso.

—¿Y deciais que deseábais mi felicidad, mi union con Eduardo?

—Sí, la deseo vivamente.

—Es imposible.

—La deseo con todo mi corazon.

—¡Mentira!

—¡Margarita!

—Mentira, repito.

—¡Oh! Hemos vuelto á nuestro antiguo estado.

—Si le amábais, ¿cómo deseais que yo vuelva á verlo?

—Porque en mí domina la razon al sentimiento.

—Entonces no le amais.

—Ojalá fuera cierto lo que decís.

—No le amais; porque si le amárais, diriais: antes que todo en el mundo, primero que todo, sobre todo, su amor.

—No puede sucederme eso que decís.

—¡Ah! Si le amárais, sentiriais un vacío inmenso, una paralizacion en la vida, un tormento, un horror al mundo; cuando él no estuviera á vuestro lado, renunciariais á todo, ménos á su amor, sí, á su amor, sin el cual ni siquiera os seria posible concebir la realidad de la existencia.

—Pues, ¿por qué llevo este sayal; por qué en mi primera juventud me he encerrado en un convento? ¿Creeis, por ventura, que todo es virtud? No. Os engañais. Es mi desesperacion la que me ha traido aquí, mi desesperacion la que me ha separado del mundo, mi desesperacion la que ha obrado en mí todos estos milagros, sí, la desesperacion.

—No os comprendo, no os puedo comprender. ¿Por qué si tanto le amábais, no le habeis seguido?

—Porque hay una cosa superior al amor.

—No hay nada.

—Os engañais; hay el deber.

—Si. Pero es tan fácil dejarse arrebatar por los impulsos del corazon.....

—No cuando la conciencia grita y avisa donde están los escollos y los peligros.

—¿Hay peligro en amar bien?

—En amar bien no le hay. En amar mal, en amar ilegítimamente, hay más que peligro, hay perdicion.

—¡Qué leyes de moral tan estrechas!

—No lo creais; son ámplias como el espíritu que se agita en lo infinito.

—Son una cadena.

—Ese es otro error.

—No veo ahí ni sombra de libertad.

—Hay que combatir en el mundo muchas preocupaciones. Se cree generalmente que la libertad consiste en dejarse arrebatar de las pasiones, no; el que tal hace, se doblega á la esclavitud más vil; á la torpe esclavitud de los sentidos.

—Pero el esclavo del deber.....

—El esclavo del deber es libre. La libertad consiste en sujetarnos á nuestra propia razon.

—Admito esa explicacion.

—Cuando nos sujetamos á nuestra razon, no dependemos de nadie.

—Cierto.

—Cuando no dependemos de nadie, somos libres.

—Es verdad.

—La razon es nuestra misma vida, nuestra misma alma, nuestro espíritu, lo que hay más íntimo en nuestra naturaleza.

—Justamente.

—Pues bien, nuestra razon nos dice que cumplamos con nuestros deberes religiosos, morales y sociales. ¿No os dice eso vuestra razon?

—Sí, sí.

—¿Puede deciros otra cosa?

—No.

—Luego cuando os dejais llevar de extraños sentimientos; cuando os dejais llevar de las pasiones, caeis en la esclavitud.

—¡Es verdad!

—Y cuando seguís los consejos de vuestra razon, la voz de vuestra conciencia, sois libre, completamente libre.

—¡Triste libertad!

—No lo creais. Prescindiendo de que solo debemos amar la virtud por ser virtud; prescin-

diendo de que el amor desinteresado al bien es el verdadero amor; prescindiendo de todo esto, os digo que cuando el alma ha cumplido un deber, se queda plácida, serena.

—¡Oh! Acaso por no haber cumplido yo con mis deberes, he padecido mucho.

—Sí.

—Acaso por haber emponzoñado mi vida se ha oscurecido en mí la nocion de la justicia.

—Mirad, Margarita, el arroyo cuando corre límpido por la grama. Su clara linfa refleja el cielo.

—¡Ay!

—Mirad cuando la tempestad ó la mano del hombre lo enturbian. Entonces solo se ve en sus aguas el polvo oscuro de la tierra.

—Eso es, eso es. ¿Y no podré aspirar al bien, no podré aspirar á salir de esta estrecha cárcel?

—¡Oh! dijo Angela, desde el momento en que deseis ser libre, sois ya libre.

—Luego solo basta desearlo.

—Desearlo con esa fé, con esa constancia que habeis puesto en las cosas del mundo; con ese mismo ardor que os llevaba á la intriga, á la corte.

—¡Deseos! Hace tiempo que no deseo nada.

—¿Ni volver á ver á Eduardo?

—¡Oh! Eso sí.

—¿Y si os dijera que solo vuestra decision por abrazar la virtud puede hacer que Eduardo os ame?

—Luego mis sospechas son verdad.

—¡Pobre Margarita!

—Luego son ciertas.

—Desprendeos de esas preocupaciones.

—Luego vos teneis en vuestras manos el corazon de Eduardo.

—De ninguna suerte.

—¿Pues cómo, si no, os atreveis á decir lo que me habeis dicho?

—Me atrevo, porque conozco el corazon de los hombres.

—Vos podeis volverme á Eduardo, y no lo haceis, y aún aspirais á que no os tenga por criminal.

—Margarita, no es posible hablar con vos.

—¿Quereis que oiga friamente lo que estais diciendo?

—No es posible hablar con vos. En seguida dais cuerpo á todas vuestras ideas, realidad á todas vuestras aprensiones.

—¿Pues en qué os fundais para decir que Eduardo volverá á mí?

—Me fundo en el conocimiento que tengo del corazon humano.

—¿En eso no más?

—En eso.

Una de las faltas graves que cometemos, Margarita, es juzgar de todas las cosas, no por las leyes generales de la vida, sino por las impresiones del momento; fortuitamente, al acaso.

—¿Y solo el acaso puede volverme á mi esposo?

—No.

—¡Ah! ¡Qué ilusiones!

—El corazon necesita de la paz.

—Es cierto.

—Pasado cierto tiempo en que la vida se agita y hierve, el hombre ama el descanso de la familia.

—¿Pero cuándo le sucederá esto á Eduardo?

—Cuando se haya convencido de que puede alcanzar esa paz en el seno del hogar doméstico.

—¡Oh! Mi corazon solo desea ya esa tranquilidad.

—Pues vuestro corazon la tendrá.

—Angela, no me atrevo á creerlo.

—Creedlo, Margarita.

—Me lo asegurais de una manera...

—Yo me he propuesto haceros feliz.

—¿Sí? Angela.

—Sí. Quiero haceros feliz.

—Ya no es posible la dicha para mí.

—¡Ah! La dicha es cambiante, relativa, es segun el estado del alma.

—Es verdad.

—Vos creísteis que la dicha estaba en el poder, en el oro, en la intriga.

—Tambien es cierto.

—Os habiais engañado.

Margarita cayó en profunda meditacion.

—Sí, os habiais engañado. Al volver de vuestro baile, ¿qué encontrábais en el corazon?

—Un vacío tan grande...

—Al penetrar en las intrigas, ¿qué os sucedia?

—Al pronto me aturdia, despues lloraba.

—¿Y al encontraros tanta mentira, tanto engaño?

—Me desesperaba.

—De modo que nunca habia verdadera tranquilidad en vuestro ánimo.

—Nunca.

—Hé ahí las consecuencias fatales de errar el verdadero camino de la vida.

—Es cierto. Habladme, habladme de la verdadera vida.

Despues de una corta interrupcion, dijo Angela:

—¿No habeis pensado alguna vez en la Providencia?

—Nunca.

—¿Y cómo no os ha ocurrido esa idea en presencia de la naturaleza?

—Me ha parecido que buscar la Providencia detrás de los hechos y de los fenómenos del mundo, equivale á la accion del mono, que cuando ve su imágen reflejarse en el espejo, la busca ansioso detrás de este mueble.

—¡Pobre y mil veces repetido argumento!

—Pobre será; pero á mí una gracia de esa naturaleza, me ha convencido siempre más que un libro largo y sesudo de alta moral.

—Parece imposible. Y este mal ha provenido en vos, no tanto de perversidad en el alma, cómo de ligereza en la educacion.

—Lo que querais, Angela. Mas todas esas cuestiones me rompian el cerebro, y no tenia espacio de tiempo para tratar de ellas.

—¿Nunca habeis meditado cómo se sostiene esta máquina? De la muerte de unos séres proviene

la vida de otros. La noche tiene sus misterios y sus séres predilectos como el dia. La onda salada del mar oculta millares de millares de séres, como la hoja del árbol, como el grano de tierra que pisais indiferente. En una gota de agua nadan mil animalillos, como en el inmenso cielo nadan mil luminosos astros.

—¿Y de todo eso qué deducís?

—Todos esos séres viven sostenidos por la Providencia. Cada uno tiene su ley; tiene su propio destino. El ruiseñor dá voz al bosque; la cigüeña es sagrada, porque devora los dañosos reptiles; la misma víbora, que parece asestar su aguijon contra el hombre, le cura mil enfermedades; y hasta en los accidentes más livianos de la naturaleza, se ve siempre brotar la vida, porque todos los séres tienen un fin, y tienen instintos y medios á ese gran fin proporcionados.

—¿Y de todo eso que deducís?

—Deduzco que la naturaleza entera tiene sus modelos, sus tipos, en un principio muy superior á la materia bruta. La materia por sí sola no podria nunca producir esos séres; no podria haber enlazado en suaves armonías y en leyes todos los diferentes objetos esparcidos en los espacios.

—Pues si no produce séres la materia, ¿qué

es el grano de semilla que cae en la tierra?

—Teneis razon; pero esa unidad maravillosa que en la creacion se encuentra, debe ser obra de una razon superior á la materia, de una razon divina. La materia puede reproducirse ciegamente; pero no puede producir la ley, no puede producir la armonía, no puede producir la unidad de tantos principios discordes, y tantos elementos contradictorios; la materia para ese fin es de todo punto impotente.

—Teneis razon.

—¡Ah! Sí, vos convenís conmigo. ¿No es verdad que es muy hermoso ver que Dios en los países cálidos ha puesto frutos frescos, regalados, árboles frondosos, y al revés en los países frios? ¿No es verdad que es muy hermoso considerar que esos mundos giran por millones de millones en los espacios, y no entrechocan nunca? ¿No es verdad que es hermoso levantar la hoja de un árbol, y encontrar allí séres que nadan en el océano de la vida, como en las arenas, como en las gotas de rocío, séres que contribuyen todos al plan inmenso de la creacion, de la naturaleza?

—Es verdad, es verdad.

—Y cuando se ve todo esto, el alma que piensa, el alma que ama, como el ave que desde su

nido se levanta al cielo, abre sus alas, y se pierde amorosa en el éther de lo infinito y de lo eterno, y se rinde en presencia de Dios, y arrobada lo adora.

—¡Dios mio! No puedo sufrir este vértigo; no puedo sacudir el efecto de la palabra de esta mujer; la sigo, me arrastra en pos de sí; Dios mio, Dios mio.

—Sí, sí, Margarita, creedme. Yo he visto la Providencia en todos los actos de mi vida; yo he visto su mano en todas las páginas de mi historia.

—¡Oh! ¡Vos tan desgráciada!

—¡Yo tan desgraciada!

—¿De vuestras mismas desgracias concluis la verdad de la Providencia?

—Sí, de mis propias desgracias.

—Hablad.

—Yo amé demasiado á un hombre. Para mí no habia ni mundo, ni cielo, más que su amor; egoismo punible, y egoismo castigado.

—¿Tambien el amor puro es falta?

—Sí.

—No lo comprendo.

—Me explicaré, Margarita, me explicaré.

—Hablad, hablad. Os lo ruego.

—Dios no quiere que nos encerremos dentro

de la mezquina corteza de nuestra personalidad. Así como de tantos séres dispersos en las escalas de la creacion Dios saca la vida y la armonía, de tantos corazones como ha puesto en el mundo, quiere Dios tambien que salga la felicidad para todos los hombres.

—¿Y vos habiais faltado con amar á eso?

—Sí, habia faltado. Creia que Dios me habia dado mi voz para regalar el oido á Eduardo; mi imaginacion para bordor de flores su vida; mi pensamiento para iluminar su existencia; mi corazon solo para él con todos sus sentimientos.

—¿Y en eso faltábais?

—Faltaba gravemente; porque no recordaba que habia en la tierra otros séres; porque habia llegado á encerrarme en la concha dura y egoista de mi amor; porque habia guardado todos mis sentimientos para un solo sér en el mundo.

—Y vuestra Providencia...

—Y mi Providencia, arrancándome al amor de Eduardo, me castigó dura, pero merecidamente.

Margarita levantó los ojos al cielo, como maravillada de lo que oia.

—Me castigó, sí, porque me hizo ver que mi vida era para más altos fines, que mis sentimientos debian caer como la lluvia del cielo sobre mu-

chos séres; que encerrar en estrecho círculo la vida profunda, inmensa como el Océano, es un delirio; que amar egoistamente como yo amaba, es un crimen. He sentido en mis penas la mano de la Providencia, que me apretaba el corazon; he padecido, he llorado, y acato sus decretos.

—Nunca se me habian ocurrido á mí esas ideas.

—¿No habeis visto la mano de la Providencia en vuestra vida?

—No. Solo he visto casualidades.

—¡Quién lo creyera! ¿Pues quereis que yo os la muestre?

—Mostrádmela.

—Os casásteis por capricho con Eduardo.

—Es verdad.

—La Providencia os castigó á amarle.

—Tambien es cierto.

—Amábais sobre todo el poder, el valimiento en la corte.

—Sobre todo. Mandar era toda mi gloria.

—En el dia en que más podiais ufanaros con esa gloria, os la arrebató la Providencia de las manos.

—¡Justo cielo!

—Invocad, invocad su justicia.

—Proseguid, proseguid, Angela.

—La intriga habia sido la trama de vuestra vida.

—Es cierto, aunque me cueste rubor el decirlo.

—La intriga era el hilo con que caminábais por la sociedad, por el mundo.

—¡Oh!

Y Margarita mostraba cierto disgusto.

—Veo que os disgustais. Suspenderé mis observaciones.

—No, por Dios, no. Proseguid, proseguid en ellas. Os lo ruego.

—Prosigo. La intriga era toda vuestra vida.

—Es verdad.

—Pues la intriga os llevó á un profundo calabozo, á los piés del verdugo.

—No me lo recordeis.

—La mujer á quien habiais herido en el alma, robándole su amor, yo misma, os salvé.

—Sí, sí.

—Aquella salvacion, que podia haber sido fuente de goces inexplicables, emponzoñó vuestra existencia.

—Aun siento la ponzoña en mis entrañas.

—Os abandonó el esposo que amábais. Perdís-

—Os imitaré á vos.

—A mí, no. Imitad á Dios.

—¿Cómo?

—Siendo buena, justa, benéfica cuanto podais, poniendo siempre los ojos en ese ideal de virtud escrito en vuestra conciencia.

—¡Oh! Lo seré.

—Descansad un poco de las emociones que os ha producido este largo coloquio.

Y en efecto, Margarita se durmió como un niño, con el sueño tranquilo de un ángel.

L.

Desde este dia, el sér de Margarita se transfiguró. Aquella dama veleidosa fué constante; aquella dama ambiciosísima, fué humilde; aquella dama intrigante, fué circunspecta; aquella dama entregada á todo el revuelto y rudo torbellino de sus pasiones, fué severa, serena, justa; aquella dama, que odiaba á la humanidad, fué caritativa; aquella dama, escándalo un tiempo de la corte, fué un modelo de virtud.

Sus penas, sus aflicciones, la leccion que la Providencia le daba en toda su vida, la voz amorosa de Angela, sus ejemplos prácticos de virtud, movieron de tal suerte el corazon de la jóven á la dulce esperanza, á la bondad, que aquella tumultuosa conciencia de Margarita, entregada al combate de tantas pasiones, se tornó serena, refle-

jando en su anchuroso seno todos los matices de pura virtud.

Inmediatamente que se sintió buena, abandonó el convento y la compañía de Angela, y se fué á vivir modesta y humilde á su casa. Allí comenzó á trabajar, á coser, para ganarse el sustento. Las gentes que la habian visto en el seno de la opulencia, llena de vicios, y que la veian despues en el seno de la miseria, resplandeciente de virtudes, la auxiliaban, y puede asegurarse que gozaba de una pacífica y tranquila pobreza. Se levantaba temprano; por su propia mano aseaba su persona y su cuarto; se desayunaba con una taza de leche; trabajaba hasta el mediodía, á cuya hora iba siempre á comer con Angela, con su hermana, como ella la llamaba, al convento; por la tarde volvia á trabajar hasta muy entrada la noche, y despues se dormia para volver á la misma tarea.

Los domingos y dias de fiesta auxiliaba á Angela en sus mil faenas, y por las tardes paseaban juntas en el jardin del convento, entregadas á sus pensamientos, á sus recuerdos, á sus esperanzas. Margarita, por lo mismo que habia sido exaltada en sus vicios, era exaltada en sus virtudes. La misma perspicacia, la misma pasion, el mismo ta-

lento, quedaban en ella; pero encaminados á otros fines, no al vicio, sino á la virtud; no á la venganza, sino á la misericordia; no á perderse en el lodo, sino á levantarse en alas de su virtud al cielo. Así, todas las cualidades que para el mal tenia tan aguzadas, se habian dormido, despertándose en ella la alta energía moral, que tan bella puede hacer la vida.

El ejemplo de Angela habia sido un modelo de virtud práctica para Margarita; un ideal que habia derramado en su corazon el amor al bien. Ya lo hemos dicho muchas, muchísimas veces. Debemos ser virtuosos, no solo por nosotros, sino tambien por los que nos rodean. La virtud, como el sol, ilumina y fecundiza nuestra vida y la vida de nuestros semejantes. Cuando vemos séres que cumplen con sus obligaciones morales, que realizan su deber, que aman la virtud, prontos siempre al sacrificio, dispuestos á todo por sus hermanos; héroes que no se dan punto de reposo en llevar el pan del alma á los pervertidos, el pan del cuerpo á los desgraciados, involuntariamente sentimos que esa virtud tan exaltada y tan grande alumbra con sus rayos nuestros ojos, nuestra vida, y penetra con su dulce calor nuestro corazon y nuestra voluntad. Así, el alma de Marga-

rita, entregada sin norte y sin rumbo fijo á todos los embates de sus pasiones, bajo el influjo del alma de Angela, á su dulce amor, habia florecido como la tierra en primavera florece al ardiente beso de fuego que le imprime el sol.

Angela se habia propuesto hacer la felicidad de Margarita. Por lo mismo que habia sido su rival, deseaba su bien, su ventura; por lo mismo que la habia redimido de la esclavitud del vicio, la amaba con entusiasmo. Veia Angela en Margarita una obra suya, y se gozaba en contemplarla, como el artista contempla la hermosa escultura que se levanta en el mármol á los golpes de su cincel.

Sí, era el alma de Margarita, hasta cierto punto, la creacion de Angela. El soplo de la hermana de la caridad habia penetrado en aquel corazon, tornándolo pacífico y sereno; su vida habia sido el modelo de la vida de Margarita; sus acciones la norma de aquella mujer, que encenagada como el insecto en el lodo de la sociedad, tomaba alas como de mariposa para volar y cernerse en los infinitos espacios, merced al dulce aliento de Angela.

Así ésta lo que deseaba era dar á Margarita todo el bien posible, devolverle la felicidad perdi-

da, lograr que Eduardo tornase á caer en sus brazos, aunque los celos partieran en mil pedazos su amante corazon; que el sacrificio era como la gran necesidad del alma de Angela, centelleante siempre de amor y de entusiasmo.

LI.

Mas ¿qué habia sido de Eduardo? Huyendo de la sombra de Margarita, se habia refugiado en un buque francés. Una vez disfrazado, y seguro de no ser conocido, habia pretextado que causas políticas le movian á separarse de su patria. El buque francés le acogió bajo su pabellon, llevándoselo á Francia. Ya en París, Eduardo conoció que allí su vida debia ser muy precaria, muy triste. Además, la vida para él era una pesada carga; necesitaba olvidarse de sí mismo. En esta sazon ardia la guerra en Africa. Los franceses enviaban una de sus numerosas espediciones contra los bárbaros de aquella ardiente region, hermana nuestra en otro tiempo, hoy abandonada de nosotros.

Además, la guerra, el ruido de los combates, la vida en aquellos ardientes climas, los espectácu-

los á que no estaba acostumbrado; el hambre, la sed, la muerte misma, eran para Eduardo como una esperanza, porque necesitaba desasirse del recuerdo de su vida, borrar las dos imágenes que en su pensamiento le seguian, le acompañaban á todas partes, sin dejarle nunca, Angela y Margarita, como dos palabras que resumian toda su vida, como los dos límites de su horizonte, como las dos pasiones de su corazon, como la luz y la sombra de su conciencia, como la lucha del bien y del mal, que extiende su dominio sobre todo el espíritu y sobre toda la naturaleza.

Eduardo logró su objeto; entró en el ejército de Africa á combatir, á pelear, á olvidar. Era una hermosa mañana de Mayo. El sol se levantaba por los límites del horizonte, resplandeciente de hermosura. El cielo estaba riente, azul, sereno, sin nubes. Las costas del Mediterráneo desplegaban un mar de verdura sembrado de flores; las aguas tranquilas reflejaban la luz límpida y grata del cielo. Varias naves francesas se dirigian á las costas de Africa, y levantaban sus anclas, y recogian en sus velas blancas como la espuma las amorosas brisas. Las naves llevaban nuevos refuerzos de gente para la guerra de Africa. Se componian estos refuerzos de gente jóven, ale-

gre, intrépida, que iba á la guerra comó los caballeros de la Edad media á sus torneos.

Los labios todos elevaban una cancion de despedida á la Francia, á la amada patria, á la nacion que se perdia como una ilusion querida entre los velos del celeste horizonte y las aguas de los mares. El deseo de la gloria, el amor á la patria, la ambicion, el anhelo de guerrear, todas esas pasiones que tanto engrandecen el corazon humano, pasiones madres de las portentosas hazañas, vibraban en aquel cántico sublime de tierna y dulce despedida á la pátria. Con ese arte propio de los franceses, los cuales rara vez olvidan que el mundo es un gran escenario, y el hombre un gran actor, los brazos de todos aquellos jóvenes se avalanzaban á la ribera con entusiasmo, semejante al de un corazon jóven que deja sus prendas, sus primeros amores. Entre esta explosion de entusiasmo, solo habia un jóven que nada decia, que no hablaba, que no lloraba, que no cantaba, que se sonreia amargamente en medio de tan general entusiasmo.

Estaba sentado sobre cubierta, con la cabeza apoyada en la mano, viendo indiferente el espectáculo de tantas y tan entusiastas pasiones. Cuando la tierra se perdió entre los pliegues del hori-

zonte, cuando solo se veia el mar y el cielo, un silencio solemne siguió á la tempestuosa y exaltada alegría. La presencia de lo infinito que el hombre vé en el mar y en el cielo, le obliga á recogerse en sí mismo, á meditar como bajo las bóvedas elevadas y sublimes de un majestuoso templo. Uno de los jóvenes que más entusiasmo habian mostrado, se sentó junto al jóven meditabundo, que era Eduardo, y le dijo:

—Vos no habeis cantado ni llorado.

—No dejaba nada ni nadie en Francia.

—¡Triste suerte!

—Muy triste.

—Pero al ménos, recordareis alguna persona.

—Nada, nada me queda en el mundo.

—Parece imposible.

—Si como me separaba de las riberas, me separara de la vida; si como me entrego á este mar tranquilo y azul, me entregara al océano de la eternidad, sentiria la misma calma, la misma tranquilidad.

—¡Oh! Pues entonces...

—Sí, vais á preguntarme; tú, que has muerto, ¿por qué usurpas el aire, el alimento, el espacio, que pertenece á un vivo?

—No, ciertamente, no.

—Lo confieso, no he tenido valor para morir.

—No desespereis.

—Lo tendré para que me maten.

—¿Y ni siquiera acariciais una esperanza? dijo su interlocutor á Eduardo.

—¡Una esperanza! contestó éste. Si hubiera una esperanza, ¿á qué me quejaria?

—¿Pues qué, tan solo creeis el mundo que no podais encontrar en él ni un sér que os ame?

—No, nunca. No puede ser.

—¿Estais loco?

—Teneis demasiadas ilusiones, jóven.

—¿Por qué?

—Porque os parece locura la desgracia.

—Sí, ciertamente. Me parece locura el haber renunciado hasta á la dulce esperanza de ser querido.

—Esa seria mi mayor desgracia.

—Explicaos.

—Lo sería inmensa.

—Tal vez vuestro amor mata.

—Lo habeis dicho en son de burla, y habeis dicho la verdad.

—¡Qué horror! Teneis la imaginacion poblada de espectros.

—Sí, mi amor mata.

—Quitaos esas aprensiones.

—He hecho infeliz á la mujer que amé, infeliz para siempre.

—¡Oh!

—He asesinado á mi esposa.

—¡Cielo!

—¿Quereis mayores desgracias? He arrancado la felicidad á un ángel, he arrancado la vida á una mujer.

—No me lo conteis.

—Es verdad. No deben saberse todos estos crímenes.

—¿Y qué buscais?

—Busco la muerte.

—La muerte, que tan fácilmente se encuentra.

—Ya os he dicho que no he tenido nunca valor para acabar mi vida.

—¡Desgraciado!

—Me compadeceis.

—Mucho, mucho.

—Soy en verdad digno de compasion.

—Mas confiad en lo porvenir.

—Para mí se han cerrado todos los horizontes.

—¿Quién sabe?

—No hay, no puede haber vida para mí.

—Sí, sí, Dios tiene en sus manos la misericordia.

—Pero Dios solo puede descargar sobre mí su venganza.

El dolor que manifestaba Eduardo era tan grande, que el jóven conoció que toda conversacion le era importuna. Levantóse despues de saludarle, y le dejó solo, abandonado á su silencio. Eduardo volvió á caer en sus profundas meditaciones.

LII.

Esta guerra de Africa tenia mucho de cruel. Dios ha querido que la civilizacion se riegue con mares de sangre, y se fecunde con la vida del hombre. Como de la putrefaccion de los cuerpos nacen nuevos átomos que llevan á otros cuerpos la vida; de estas contínuas guerras y revoluciones nacen indudablemente la sangre de toda nueva civilizacion. El hombre no ha dado un paso en la carrera del progreso sin estampar una huella de sangre, sin sentir un dolor, sin lanzar un quejido. Todo su camino triunfal por la tierra está sembrado de cadáveres, de ruinas, de espanto y desolacion. Es su estrella, es su destino. No es posible creer, sin embargo, que la guerra sea eterna. Dia llegará en que cese esta edad infeliz de la guerra. Entonces el hombre, léjos de convertir sus fuerzas contra el hombre, las convertirá á do-

meñar y vencer, y sojuzgar más y más la naturaleza. Mas hoy, para tratar con los pueblos que no quieren la civilizacion, con los pueblos sumergidos en la abyeccion, en la esclavitud, en la barbárie, la Providencia no ha puesto en las manos del hombre más instrumento que la guerra, como un hierro candente, con que se imprime en la conciencia y en la carne humana, sumida en las sombras de la esclavitud, la idea de su libre personalidad.

Pero estas guerras con pueblos bárbaros, con pueblos sumidos en odiosa esclavitud, son guerras bárbaras, son guerras crueles, son guerras sangrientas, de atroces venganzas. El infeliz que ve una raza superior ir, penetrar en sus chozas, y arrancarlas de cuajo, penetrar en sus templos y herir sus dioses, cree que aquel enemigo solo merece el esterminio. La carnicería que los bárbaros africanos hacian en aquellas gentes, era terrible, era espantosa, era sangrienta. A su vez, el ejército europeo no daba un paso, no conseguia una victoria, no lograba una pequeña conquista, sin dejar por todas partes, en aquellos áridos arenales, sembrada la desolacion y la muerte.

En tan tristes circunstancias, se pensó en llevar al Africa hermanas de la caridad; esos séres pri-

vilegiados, que se ciernen, como los ángeles, sobre la desgracia y el dolor. Solo sus almas de fuego podian sufrir los rigores de aquellos climas; solo su entereza podia andar entre aquellos campos sembrados de cadáveres; solo su ardiente caridad podia servir para tantos y tan tristes hospitales. La hermana de la caridad corre al campo de batalla; recoge en sus brazos al herido; le detiene el alma, cuando parece que se va á escapar del cuerpo; protege y salva muchas veces al infeliz soldado, y si acaso le ve morir, le auxilia en tan amargo trance, y derrama sus oraciones y sus lágrimas sobre los restos inanimados.

La necesidad que el ejército sentía de estos ángeles de paz, era inmensa, necesidad siempre creciente. Así las hermanas de la caridad, no solo de Francia, sino de otros países, llegaban al Africa á sostener aquel ejército diezmado por la peste, el hambre y la guerra. Nada más tierno que ver, donde solo se respira ódio, el amor; donde solo se ejerce la venganza, el espectáculo de la caridad y del amor.

Más para ir al Africa se necesitaba una caridad inmensa. Un dia se supo en Nápoles la afliccion en que estaba el ejército francés. Con tan tristes nuevas, llegó una excitacion para que las herma-

nas de la caridad que lo solicitaran, fueran á esta guerra; pero sin que se las forzase á ello, dejándolo á su libre albedrío, á su voluntad, pues eran horribles las privaciones y los dolores que debian sufrir.

Angela se acercó á la hermana mayor, y la dijo:

—Yo quiero ir á Africa.

—Vos, Angela.

—Sí.

—¿Habeis meditado los peligros á que os esponeis?

—Los he meditado.

—¿Sabeis que allí es fácil que os sobrevenga la muerte?

—Lo sé.

—Y sin embargo.....

—Quiero ir, sí, quiero ir.

—¡Angela! Meditadlo bien.

—Me he decidido.

—¡Oh! Es demasiado vuestro celo.

—No lo creais.

—Sí, demasiado.

—¿A qué he venido yo aquí?

—A socorrer á los necesitados, á los enfermos.

—Pues si he venido á eso, ¿cómo cumplo mejor mi destino?

—Socorriéndolos.

—Y si cumplo mi destino socorriéndolos, ¿por qué no he de ir al Africa?

—¡Oh!

—Allí hay más desgraciados, pues allí es necesario mi auxilio.

—¡Abandonarnos!

—No hay remedio.

—¡Abandonar á tantos desgraciados!

—Por otros más desgraciados.

—¡A tantos pobres!

—Por otros más pobres.

—Pero vuestra naturaleza no puede sufrir esos rudos combates.

—Se quebrará, y moriré.

—Eso es un suicidio.

—No, es cumplir mi deber hasta el fin.

—¡Vuestras hermanas de Nápoles!

—Cuando yo dejé mi gloria por este trabajo, mi madre por este convento, no lo dejé para ceñirme con nuevos lazos, con nuevas ligaduras. Las rompí todas para ser el consuelo de los pobres y de los desgraciados.

—Angela, no nos abandoneis.

—¡Ah! Morir séres á millares, y no poder yo socorrerlos, me parece imposible.

—Moderad ese ardor.

—Señora, deseo ir al Africa.

No hubo remedio. La hermana mayor salió de la habitacion donde Angela la pedia imperiosamente partir, y se encaminó á la enfermería del hospital. Pocos instantes despues traia en pos de sí una gran turba de convalecientes, de enfermos de todas edades y sexos. Al entrar aquella muchedumbre, y ver á Angela, comenzaron todos á llorar fuertemente, y á decir estas palabras:

—No nos abandoneis, decia uno, abrazando las rodillas de Angela.

—Por Dios, exclamaban otros.

—¿Qué va á ser de esta infeliz? decian los más.

—Nuestro consuelo, exclamaban varian voces en coro.

—Nuestro auxilio, decian otros.

—Nuestro ángel, exclamaban muchos.

—No, no os vayais.

—¿Y podreis dejarnos?

—Os seguiremos.

—Sí, sí, la seguiremos.

—Por Dios, Angela.

—¿No nos veis llorar?

Y todos la oprimian con sus ruegos, con sus gemidos, con su llorar.

—Ya lo veis, decia la hermana mayor á Angela.

Esta de pié, en medio de aquel grupo de desgraciados, con los ojos puestos en el cielo, trémulas las rodillas, sin poder apenas respirar, no fué dueña de sus emociones, y comenzó á llorar amargamente, lloro que fué acompañado por los sollozos y los gemidos de todos.

—Ya llora, decian unos.

—Ya no se irá, exclamaban otros.

—Es imposible que nos deje.

—¿No es verdad que no te irás? la decian los niños.

Angela movió la cabeza para hablar.

—No se irá, no se irá, decian todos gozosos, y los niños saltaban y se reian de contento.

—No, no os ireis. ¿No es verdad que no? dijo la hermana mayor.

—Esperad, esperad un instante. La emocion que siento, no me deja hablar. Y Angela continuó llorando amargamente.

—Os desafío á que os vayais, la decia una pobre enferma, que debia á los cuidados de Angela su existencia. Sí, os desafío; mis hijitos se colgarán de vuestro cuello, y yo de vuestras rodillas, y no habeis de dar ni un paso.

—Dejadme hablar. La emocion que siento me ahoga. Si algun sacrificio hubiera hecho al abrazar esta vocacion mia, el placer que siento en este instante lo hubiera ya compensado. No hay alegría comparable á esta alegría; no hay placer como este placer. Yo que he recibido helada las ovaciones de un público inmenso, no puedo ver vuestro cariño sin sentirme como trasportada al cielo. Pero, hijos mios, el cumplimiento del deber es sagrado. Yo he hecho voto solemne de ir donde arrecie el mal, donde amenace el mayor peligra. ¿No son hermanos vuestros los soldados de Africa? ¿No son tambien infelices?

—Sí, sí.

—Y en este instante, en los desiertos de Africa, á los golpes de enemigas espadas, bajo los rayos de un sol abrasador, sin auxilio ninguno perecen; ¿y no he de poder yo ir á llevarles mis cuidados?

Todos callaron.

—Ya os veo vacilar. Ya veo pintada la compasion en vuestro rostro. Ya veo que vuestra misma conciencia os dice que debo ir á proteger á vuestros hermanos. En los corazones de los infelices no cabe el egoismo. Han sentido el dolor, y saben lo que es el dolor. ¿Consentireis que en los

arenales de Africa, sin recursos, perezcan muchos jóvenes que necesitarán sus madres, muchos padres que necesitarán sus hijos, muchos hombres que necesitará la humanidad?

—No, no, dijeron todos á una.

—¿Quién sabe las vendas que yo podré poner, la sangre que yo podré estancar, las heridas que yo podré cerrar?

—Muchas, muchas, dijeron todos.

—Además, hay otra razon, hijos mios, otra razon.

—Decidla.

—Se trata de civilizar pueblos bárbaros, enemigos de nuestra fé. Esos pueblos nos conocen tan solo por la guerra, por la desolacion que les llevamos, y nos aborrecerán. Es necesario que nos conozcan por el bien que hacemos, por los consuelos que derramamos en las almas. Así, viendo una religion que inspira á las débiles mujeres valor bastante para atravesar el desierto, y buscar la muerte, solo por socorrer á los infelices, á los desgraciados, sin mirar, ni su religion, ni su patria, ni su culto, sino solo que son sus hermanos, acaso sigan nuestras creencias, y adoren nuestro Dios.

—Es verdad, es verdad.

—¿Y cuando yo, pobre de mí, trato de ir á salvar infelices, vosotros los infelices os habeis de oponer? ¿Cuando yo trato de socorrer la desgracia, vosotros, desgraciados, vais á cerrarme el paso? No, no lo hareis; que en vuestros corazones hay amor á la humanidad, y en vuestra alma, hermanos mios, hay grandeza.

—No, no, dijeron todos á una.

Angela les hizo una señal, y abandonaron la estancia.

—¿Lo veis? señora.

—Mucho siento que los hayais persuadido.

—Por Dios, dadme tambien vuestro consentimiento.

—Angela, mi razon os lo dá, pero no mi corazon.

—Por Dios, señora.

—¡Abandonarnos!

—Mi alma no os abandona.

—¡Dejar á Nápoles!

—Aquí se queda mi corazon.

—¡Buscar una muerte segura!

—Habré cumplido mi destino.

—¡Angela!

—Hermana mia!

—Sois demasiado grande para la tierra.

—No hago más que cumplir con un gran deber.

—Deber penoso.

—Pero que es mi deber.

—¿Habeis pensado bien que el clima es mortal?

—Sí.

—¿Que las noches son frias, y los dias ardientes?

—Sí.

—¿Que el desierto puede ser vuestro sepulcro?

—Sí.

—¿Que un campo de batalla es terrible?

—Vos habeis estado en ellos muchas veces.

—¡Pero cuánto he padecido!

—Egoista.

—¿Me llamais egoista?

—Sí, pues quereis quitarme el lauro de esos padecimientos.

—No, nunca. Tomad mi bendicion; que os proteja el cielo.

LIII.

Era el anochecer. El mar Mediterráneo rugia, como nunca, embravecido. Las olas, alteradas por el viento, se encrespaban y rugian, abriendo profundos abismos, pavorosos, tristes. El cielo, cargado de nubes, aquel cielo tan hermoso, solo inspiraba triste desconsuelo. Los marineros de un navío que se encontraba surto en el puerto de Nápoles, se apercibian, sin embargo, á darse á la vela. En la orilla se ofrecia un espectáculo aún más triste. Una gran muchedumbre de gente, á juzgar por sus trajes pobre y desvalida, gritaba, llenaba con tristes lamentos el aire. En medio de aquella muchedumbre, se veian varias hermanas de la caridad llorosas y tristes; y en el centro del semicírculo que estas hermanas de la caridad formaban, se veia á Angela, teniendo en sus brazos, medio desmayada, á una mujer vestida de negro,

que era Margarita. Esta habia transformado completamente su vida y hasta su naturaleza. A su antigua pasion habia sucedido la calma; á sus vicios la virtud. Su soberbia se habia convertido en humildad, sin duda en fé; sus celos y recelos por Angela, en una confianza completa. El bálsamo de compasion y caridad que Angela derramara en su corazon, curó todas sus heridas, restañó su sangre.

Margarita, confiando en Dios, se entregó á una vida de privaciones, si, triste, serena y tranquila. Recordó antiguas habilidades femeniles, ya casi olvidadas, y este recuerdo le valió para ganarse, aunque miserablemente, el sustento. Y en la práctica de la virtud, y en el trabajo, pasaba aquella su pobre vida, antes entregada al vicio. Angela amaba en Margarita lo que el artista ama en su obra. Ella habia sacado aquella alma oscurecida del seno de las tinieblas, y la habia remontado al cielo. Ella habia vertido el aroma de la virtud allí donde solo existiera antes la ponzoña del vicio. Ella, en fin, habia transfigurado con el rayo de luz de su conciencia el espíritu entristecido y oscuro de aquella infeliz mujer. Margarita sentia la partida de Angela, como si se ocultara la única luz de su vida. Temia zozobrar

abandonada á su corazon. Angela no la ocultaba que á su ardiente caridad unia el deseo de encontrar á Eduardo en los arenales del Africa, y de recordarle sus deberes domésticos. «El cielo, decia Angela, me inspira este pensamiento; yo debo hacer tu felicidad.» Sin embargo, Margarita lloraba como lloraban todos cuantos rodeaban aquel ángel de bendicion. Lloraban por su próxima partida; lloraban por el aspecto que ofrecia el mar el dia de esta partida. Todo era zozobra, todo espanto, todo terror. Los mugidos del viento, las embravecidas olas, el rugido de los elementos parecian rechazar el sacrificio de Angela; parecian querer arrojarla léjos de su seno, para que no cumpliera este gran deseo de su corazon. Mas no arredraba nada á Angela. Tenia una idea tan grande, tan sublime, de la voluntad humana, que estaba convencida de que no puede ser ni oscurecida ni domada por la furia de los elementos. Aquel mar rugiendo, aquel cielo oscurecido, no la detenian, no la impresionaban. Sobre las ráfagas de aquella tempestad veia levantarse á Dios en toda su grandeza; Dios protegiendo á sus criaturas. Y bajo su amparo se entregaba á los furores del mar, como á los brazos de un amigo. Grande era el furor del mar; pero no era ménos el eco de los

lamentos de tanta gente congregada para despedir á la pobre Angela.

Mas en esto se oyó una voz que dominaba todas las voces, un gemido que ahogaba todos los gemidos. Era la voz, era el gemido agudísimo de la madre de Angela. Esta pobre mujer, desolada, loca de dolor, de rodillas á los piés de su hija, queria detenerla para que no partiese en tan funesto dia. Angela no podia contener su dolor, sus acerbas lágrimas que le velaban los ojos. El corazon herido queria salirse del pecho. Sin embargo, dando un adios profundamente dolorido, abrió los brazos, se dejó caer en la barquilla que le aguardaba, y se entregó á la furia de los elementos.

Un clamor universal contestó á este arrojo de la heróica jóven. Todos los lábios prorumpieron en oraciones, en gemidos. Angela llegó al navío que la aguardaba, tendió los brazos á la tierra querida, donde dejaba pedazos de su corazon, reflejos de su alma, y se perdió despues en las brumas del horizonte. ¡Dios la bendiga! Va en pos de los desgraciados; va á derramar la fé en almas doloridas, oloroso bálsamo en cancerosas llagas morales, el bien y la salud en los pobres y en los enfermos. ¡Dios la protegerá!

El buque en que iba Angela se dió á toda vela

al mar. Al principio el viento que reinaba lo arrojó con ímpetu y fuerza en su carrera; pero de tal suerte, que bien pronto se borró á la vista de todos; la tierra se perdió entre las brumas del horizonte. El combatido leño prosiguió audaz su camino, desafiando el furor de los elementos, el embravecimiento de las ondas, el empuje del huracan. Al capitan habíale parecido una temeridad indisculpable lanzarse al mar, pero estimaba en más la honra que la vida; y por la honra, por su palabra solemnemente empeñada, se habia ido á luchar con las fuerzas ciegas de la naturaleza. Nada más triste que luchar con un sér sin libertad, con un elemento que no conoce las consecuencias que pueden traer sus fuerzas. La lucha con el hombre es terrible, sangrienta, pavorosa; pero al fin un gemido del débil, una súplica, una lágrima, puede mover á lástima y caridad al corazon humano, que aun en sus más terribles raptos de ódio siente y conoce, y puede arrepentirse; pero la lucha con un elemento implacable, que responde á un gemido con nuevos combates, á una lágrima con una ola, á un ruego con su silencio y la continuacion incesante de su furia terrible y pavorosa; la lucha con un elemento furioso y ciego, es negra, como la desesperacion.

El capitan queria volverse á Nápoles, cuando vió la temeridad cometida y la furia del mar; pero el empuje de los vientos habian arrastrado muy léjos su barco, y no habia ni posibilidad de volver, ni esperanza de encontrar un puerto. Acercarse á las riberas, era terrible y difícil; terrible, porque aquellas ráfagas de viento podian estrellar el buque contra los peñascos, ó encallarlo en la arena; difícil, porque el viento, en una sola direccion empujaba al buque, y ni los más grandes prácticos podian calcular en qué punto se podria hallar un buen seguro.

Aquella noche se pasó entre angustias. La esperanza del nuevo dia se anidaba en todos los corazones. La esperanza es, en la vida moral como en la naturaleza, el opaco reflejo del sol, que atraviesa y hiende las negras nubes. Pero el siguiente dia vino, y más que dia asemejábase á la prolongacion de la noche. El cielo, de color de pizarra, parecia la piedra inmensa de un gran sepulcro, que pesaba sobre la frente; el mar alterado, embravecido, rabioso; las olas abriendo abismos y encrespándose en montañas; el viento desatando sus ráfagas en confusion horrible, y moviendo unas contra otras las ondas; restos de un naufragio flotando sobre las oscuras aguas, que

parecian un líquido bituminoso; la blanca gaviota huyendo medrosa, y dando, al volar, espantosos graznidos que parecian lamentos de moribundos recogidos por el aire; los marineros sin esperanza, los viajeros sin consuelo, la muerte dibujándose como un espectro en las aguas y en los vientos pronta á lanzarse sobre su presa, á manera de los voraces tiburones que rodeaban el combatido barco; todo, si, todo, en una palabra, era espantoso, tremendo, horrible. Parecia que Dios iba á bajar á juzgar á sus criaturas, y que al tocar con el borde de su manto los mares y la tierra, los habia desconcertado, precipitándolos en su total descomposicion y ruina. Parecia que se habian apagado el sol y las estrellas, y que solo sus pavesas alumbraban el mundo. Parecia que el mar, saliéndose de su centro, se despeñaba en la inmensidad de la tierra, como la catarata de caudaloso rio. Parecia, en fin, que para todos los que en aquel barco iban, se abrian de par en par las puertas de la eternidad.

El mismo horror que como negra sombra se extendia por los mares, se extendia tambien sobre el lívido rostro de los infelices destinados al largo suplicio de sufrir aquella tremenda tempestad. Unos temblaban de pavor, de miedo, delan-

te de la muerte, y rechinaban de rabia los dientes, como disputándose á brazo partido su presa á la eternidad. Otros lanzaban lamentos, súplicas á los aires, como si creyeran que el mar iba á oir sus quejas. Algunos, que acaso no habian orado nunca, de rodillas, con las manos plegadas y los ojos arrasados de lágrimas, pedian misericordia. Todos estaban igualmente doloridos, é igualmente temerosos. Las madres cogian á sus hijos, y se rodeaban de todos ellos para morir abrazados de un solo golge, y lograr ir todos juntos á la eternidad. Algun corazon amante se acordaba en aquel tremendo trance de su amor, y se indignaba contra la muerte, porque iba á robarle, tan sin razon, el logro de su deseo. Iba una jóven desposada, que el ánsia de ver á su esposo la habia decidido á lanzarse al mar; una mujer que iba á encontrar á su marido, que habia llorado muerto; unos pobres jóvenes, que se amaban tiernamente, y parecian más tranquilos que los demás, porque el naufragio los habia sorprendido juntos, y esperaban darse un beso de amor, aunque fuera bajo el sudario de las frias ondas; una madre con un pequeñuelo al pecho y tres niñas á su alrededor, lanzaban miradas horribles al mar y á los vientos, como el águila que ve que le van á ro-

bar sus polluelos, y todo en el navío era consternacion infinita, lamentos, dolores; lucha terrible del hombre con la naturaleza, de la vida con la muerte; lucha en que solo se ven los encantos de la existencia y el negro terror de la negra muerte; lucha indescriptible, más atroz que la misma tempestad.

En medio de esta universal desolacion, solo una persona se mostraba serena y resignada, Angela. El embate de las olas, como el embate de las pasiones, se estrellaba á sus piés. El temor á la muerte no se dibujaba en su rostro. De rodillas sobre cubierta, con los ojos puestos en el cielo y el pensamiento en Dios, veia serena acercarse el instante fatal de la muerte. Para ella la muerte no era más que una transformacion gloriosa de la vida. No se forjaba ilusiones, ni trataba de ocultar el mal á sus ojos. Convencida de que iba á caer la negra noche del sepulcro sobre su frente, doblaba resignada la cabeza. Volvia los ojos al mundo, á su vida pasada, y encontraba que habia hecho todo el bien posible, y por consiguiente se preparaba á sumergirse en el mar con la misma tranquilidad que el niño en el sueño.

La muerte puede ser terrible para el que no ha cumplido su destino en la tierra; para el que

ha mirado con indiferencia la suerte de sus hermanos; para el que no ha hecho bien alguno, y encerrado en su duro egoismo, ha visto pasar como fantasmas de una linterna mágica los dolores humanos sin consagrarles ni lágrimas ni consuelos.

Pero el que ha vivido con la vida de todos, el que ha repartido su corazon y su inteligencia entre las gentes, el que nada se ha reservado para sí, contribuyendo con su vida á la vida de todos, al morir sabe muy bien que los tesoros de su vida que ha derramado en la tierra, no se evaporarán, sino que de la misma suerte que el resplandor del sol desde el frio ocaso tiñe los horizontes con sus resplandores, y dora con sus rayos la luna y las estrellas, esa vida prodigiosa, repartida en obras de caridad, en la predicacion de grandes ideas, en el culto á las artes, dorará con sus rayos, y vivificará con su esencia muchas generaciones, tal vez más numerosas que las estrellas del cielo.

La muerte no debe ofrecerse á nuestros ojos, ni como un amigo que acaba con toda nuestra existencia, ni como terrible enigma que devora nuestra vida. Ambas concepciones son falsas. El deseo de la muerte no puede existir en el corazon

que se goza en vivir; pero el amor á la vida no debe llevarnos hasta desear la inmortalidad y la perpetuidad de nuestro sér en la tierra. Debemos mirar la muerte como una solucion necesaria en el gran problema de la vida, como un término forzoso del tiempo, como un tránsito necesario á otra vida, como un punto entre el tiempo y la eternidad, que separa dos mundos, y que á un tiempo vierte su luz en esta nuestra existencia, y en las sombras espesas del sepulcro; porque al fin la muerte es tan natural como el mismo nacimiento.

Angela, en estas circunstancias supremas, como en todas las de su vida, se olvidó de sí, para acordarse de los séres que le rodeaban. Á todos se dirigia y á todos hablaba. Su imaginacion, sin curarse del estrépito de los elementos, ni de los abismos que se abrian á sus plantas, pintaba con arrebolados colores la muerte. En aquellos instantes, el ruido de los elementos era como una gran sinfonía, que acompañaba la voz de Angela, dulce y consoladora como un cántico. ¡Morir! ¿Qué quiere decir morir? No moriremos, no, decia. Puede romperse en mil pedazos este barco, sepultarnos el oleaje que se embravece, devorar nuestro cuerpo esos monstruos que nos cercan;

pero ni el mar con su inmenso furor, ni las tempestades, ni los terribles huracanes pueden darnos la muerte.

En este instante en que parece que se acerca el término de la vida, acordémonos de que la vida es inmortal; en este instante en que el dolor de la muerte se acerca, acordémonos de que ese dolor es transitorio; en este instante en que todo está sumergido en tinieblas, recordemos que Dios brilla, como el eterno sol del mundo moral, sobre las ráfagas de las tempestades. Venga, venga la muerte. ¿Qué importa? Hemos hecho cuanto hemos podido por el hombre. Unos con el trabajo y la industria os habeis perpetuado en la naturaleza; otros con el amor y la familia vivís presentes siempre entre los hombres; otros por las grandes obras de caridad os perpetuais en el bien que habeis hecho; todos, con la esperanza, podemos tocar el cielo. No desconfiemos, no desconfiemos. La muerte asusta más, cuanto ménos la miramos. Acostumbrados desde niños á ahuyentarla de nosotros como un fantasma, nos coge siempre de improviso. Debiamos, para ser perfectos y dignos, acordarnos que esta tempestad que ahora se desencadena, la llevamos siempre en nosotros; que esta pálida muerte que ahora se di-

buja ante nuestros ojos, es como la dulce, aromosa esencia del cáliz de la vida.

Preparémonos. La muerte es tan natural como la vida. Y todo lo que es natural, no daña. En verdad, de esta muerte violenta podemos levantarnos al cielo. El insecto rompe el capullo, el ave rompe el huevo, y solo así pueden tomar alas y volar, y bañarse en el éther de la vida. Nosotros tambien somos esclavos; tambien nosotros estamos encerrados en una cárcel. Se acerca la hora de la libertad, el instante sublime de la emancipacion. La cárcel se arruina, la cadena se quiebra, el prisionero alcanza la santa libertad. ¿No habeis querido alguna vez lanzaros en ese inmenso cielo? ¿No habeis pensado en bañaros en la mústia luz de la luna, de los astros? ¿No habeis, en esos instantes de tristeza y de recogimiento del alma en sí misma, no habeis visto al través de la naturaleza, el resplandor de la esencia de Dios, el reflejo de la verdad divina? ¿Y no deseais ver á Dios? Pues bien; la muerte tan temida, la muerte tan triste, la muerte tan terrible, puede verter en nuestra cabeza, como un bautismo, el consolador rocío de la eterna vida.

Estas palabras de Angela calmaron el terrible anhelo de muchos infelices. Levantar el alma á

Dios, en el trance de una próxima muerte, es lo mismo que levantarla á la esperanza, y borrar en ella la sombra del miedo. Todos los náufragos seguian el pensamiento de aquella mujer inspirada, que se cernia sobre la tempestad, como la alondra en el cielo puro y sin nubes. Mas la tempestad no calmaba. El ruido de los vientos y el coraje de las olas, eran cada vez mayores. Los esfuerzos de los marineros, las sábias disposiciones del capitan, la tremenda lucha que sostenia el timonero, iban tornándose inútiles. La desesperacion con todo su horror comenzaba á pintarse en los rostros de los marineros, y sordas imprecaciones, como un eco maldito, acompañaban el gran estrépito de la naturaleza.

En los viajeros, la palabra de Angela, esa palabra dulce, tierna, inspirada, habia impreso un sello tal de grandeza, que la mayor parte miraban con resignacion las asechanzas de la próxima muerte. Mas la tempestad crecia y crecia, y se perdia el rumbo, y se agotaban las fuerzas, y grandes remolinos jugaban con el débil leño, como con una leve paja. El cielo era de acero á los lamentos y á las súplicas de tantos infelices. La tempestad habia envuelto en un sudario de sombras todo el mar, toda la tierra. La noche que

vino encima de aquella noche, noche fria y terrible, aumentó sus angustias, sus dolores. Ni un astro amigo se veia para consuelo entre las brumas del horizonte. El buque perdió los palos, el timon fué inútil, los esfuerzos de los marineros impotentes, todos los recursos del arte ineficaces; no hubo más remedio que dejar abandonado el barco á mercèd de las olas y de los vientos. ¡Triste hora, espantoso instante! El capitan se cruzó de brazos, dejando caer la cabeza sobre el pecho como quien ya ha agotado todo sufrimiento y aguarda tranquilamente la muerte; los marineros se tendieron sobre cubierta, agotadas sus fuerzas, perdidas sus esperanzas; el buque sin palos, sin arboladura, sin timon, sin velas, parecia una inmensa mortaja que flotaba sobre las aguas; sordos lamentos, quejidos ahogados, llantos, imprecaciones, súplicas, plegarias religiosas, nombres invocados en el extremo de la agonía; todo, todo cuanto pasaba en la naturaleza y en el espíritu de las gentes, que luchaban con la naturaleza, todo era triste, sombrío, espantoso, negro, como uno de los círculos del infierno del Dante.

La calma que la palabra de Angela derramara en aquellos turbados espíritus se perdió por completo cuando vieron los infelices la victoria del

mar sobre las fuerzas del hombre. Mientras el hombre lucha, la esperanza anida en su alma; pero cuando se agotan sus fuerzas, cuando cae rendido, cuando le falta espacio para mover su actividad, cuando se gastan todos los resortes de su génio, entonces el desconsuelo llega á su colmo. Cuando los pasajeros vieron que el marinero no luchaba, que rendido y sin fuerzas se entregaba á la muerte, comenzaron á lamentarse, á llorar, á herir el cielo con sus quejas. Todo fué confusion, todo fué espanto. Los padres llamaban á sus hijos, los hermanos á sus hermanos, los amigos á sus amigos, para morir todos reunidos, todos abrazados, como si tuvieran un solo cuerpo, una sola alma. El recuerdo de las persónas queridas que dejaban en el mundo, la despedida de esta existencia, que nos es tan cara, la lucha de la vida con la muerte; todo, sí, todo era triste, era aflictivo, era lastimoso. Los ojos de muchos de aquellos infelices se habian cansado de llorar; secos, relucian con el fuego de la desesperacion; desfallecidas las fuerzas, algunos pechos lanzaban ronquidos sordos, como el estertor de la agonía.

En estos instantes supremos, el capitan llegó á concebir alguna esperanza. El viento le traia el eco de voces humanas al oido, gritos confusos,

que no podian distinguirse en el gran estruendo de la naturaleza. Bien pronto se apagó aquella mústia esperanza, y tornóse en desesperacion más honda y más terrible. Los gritos eran lamentos; las voces humanas, voces de agonía; el socorro, un naufragio; otro barco habia sido devorado por la furia del mar, y muchos infelices perecian entre las olas. Cuando echaron de ver esto los infelices compañeros de Angela, se prepararon para morir.

Unos pedian con grandes gritos: «Confesion, confesion.» Otros oraban sobre cubierta, entregando á los elementos el nombre de Dios para aplacar los elementos. Muchos se retorcian en la desesperacion, secos los ojos, cubiertos de hirviente espuma los lábios. Angela, de pié sobre cubierta, acariciando á las hermanas de la caridad que la acompañaban, serena, silenciosa, triste, parecia en medio de aquella universal desesperacion un sér superior, en cuya frente centelleaba la virtud, aguardando serena el instante supremo en que la terrible ola vendria á devorarla y sumergirla en el océano de la eternidad.

La tempestad fué creciendo desoladamente. Ya no habia ninguna esperanza. Solo les restaba la proteccion del cielo, el auxilio de Dios. El buque

hacia agua, como dicen los marineros, por todas partes. Contra el furioso elemento no habia fuerzas posibles, no habia luchas. El postrer fuego de la vida, la esperanza, se habia apagado en este último, terrible trance. Todos sufrian ya una muerte anticipada, y los tormentos de una eternidad. Los pobres náufragos se disputaban á la muerte con terror, pero con una fuerza indescriptible. Poco á poco veian que el buque se llenaba de agua. Ya no les era posible estar en los camarotes. Salieron todos á cubierta. Aquellas tablas eran su único asidero á la vida, su única esperanza en el mundo; tablas frágiles, que se sumergian en el profundo Océano. Ya el delirio de los infelices náufragos rayaba en extremo. Casi todos se olvidaron del mundo, para acordarse de Dios. Muchos de ellos, sinceramente católicos, se confesaban mútuamente sus faltas, y pedian á Dios perdon de ellas con lastimero acento. Otros, que no creian en el caloticismo, se cruzaban de brazos, y esperaban con la fria impasibilidad de los estóicos la muerte. La confusion, los gritos, el delirio se calmó; ni siquiera se oia ni un quejido, ni un lamento, ni un ¡ay! todo, todo estaba en calma dentro de aquel barco de tristísimos espectros.

Tal estado de calma, de tristeza, de fria impasibilidad, de silencio, se asemejaba á los instantes pavorosos y terribles que preceden á la última agonía, al postrer suspiro. La respiracion de tantos pechos agitados por un mismo y contínuo dolor, era como el estertor terrible del moribundo.

En aquella hora suprema solo le asaltó un pensamiento á Angela. Toda una reconvencion le hacia su conciencia. ¿Por qué vas, infeliz, al Africa, decia, por qué? ¿Vas por amor á la humanidad tan solo? Al dirigirse á sí misma esta pregunta, la jóven palideció, y un remordimiento terrible se dibujó como un espectro en su conciencia. ¡Oh! se decia Angela á sí misma, ¡oh! yo no voy á esta expedicion terrible solo por amor á los desgraciados. Necesito no ocultarme mis flaquezas, no ocultarlas á Dios que me ve, á Dios que lee en el silencio de mi conciencia y cuenta los latidos de mi corazon. La verdad es, la verdad que yo no puedo ni debo ocultarme, es que yo sabia que Eduardo está en Africa, que sabia que allí buscaba la muerte, que sabia que acaso fuera necesaria á su vida, tal vez á su felicidad mi presencia, mi aparicion á su lado, y que esto, y solamente esto, me ha hecho abandonar mi hos-

pital, mis hermanas, mis enfermos, mi madre, mis amigas, para desafiar las borrascas del mar, las inclemencias del desierto. Mas ¿por qué he de amar yo tanto? ¿Por qué he de sentir siempre aquí en el fondo de mi corazon estos contínuos lamentos, que me dicen que mi corazon no puede vivir sin amar? Amor, sí, amor delirante, amor eterno, fuego de mi vida, alma de mi alma, aliento de mi pecho; cuanto más te combato, más creces; cuanto más quiero ahogarte en el frio cláustro, en la soledad, más poderoso te levantas; cuanto más fuertemente intento aprisionarte, más fuertemente me aprisionas, me vences, me dominas; porque al fin tuya soy, amor, tuya con toda mi alma; aunque desde que te sentí, solo me has pagado este culto infinito con amarguísimos dolores, que aun hoy corroen mi corazon.

Y soy infame, y soy perjura, y soy malvada, decia. Sí, mi corazon debia acallar estos sentimientos, debia encerrar dentro del pecho estas tristes aspiraciones. La pureza del cuerpo no importa cuando no está pura la voluntad, pura el alma. ¿Qué vale que mi frágil cuerpo brille con la trasparencia del cristal, si la hermosa y suave luz de mi alma está moribunda bajo el peso de estos profanos pensamientos, que extinguen toda

su hermosa y divina esencia? ¿Será cierto, ¡ay! será cierto que hayamos nacido solo para amar? En este instante, cuando todos tiemblan y gimen, cuando todos se desesperan delante de la muerte, cuando todos se inclinan al abismo de la eternidad para sondearlo, yo, aquí, al mirar ese cielo despiadado, este mar turbadísimo, al oir el estrépito de las olas, al sentirme ya próxima á la muerte, y fria como un cadáver, solo me acuerdo ¡infeliz! de este amor, más presente siempre en mi memoria que mi propio espíritu, única idea de mi pensamiento, único latido de mi corazon. ¿Este amor, que habla eternamente, que no se da punto de reposo, que no muere, por más que intente ahogarle; este amor, será mi corona de martirio ó mi cadena de condenacion; el fuego del cielo que vivifica y exalta el espíritu, ó el fuego del infierno, que consume mi carne y tuesta mis huesos?

Estos pensamientos, por esas relaciones misteriosísimas que hay entre la naturaleza y el espíritu; estos pensamientos, que agitaban el alma de Angela, parecian recrudecer y exaltar la furia de los elementos. Por fin un torbellino inmenso, inexplicable, desatándose furiosamente, recogió entre sus giros la nave como una arista, la arrastró largo tiempo, hasta que por fin la encalló en

las arenas de la próxima ribera. Los pasajeros creian que era aquella la hora de su muerte, la señal de su perdicion. Mas el capitan, viendo que la nave no se movia, á pesar de la furia del viento y del gran oleaje, exclamó: «Nos hemos salvado; perdida la nave, pero ganada la vida.» Esta voz del capitan fué acogida con un grito inmenso de júbilo, con un llanto universal.

Mas si queremos salvarnos, decia el capitan, es necesario abandonar el buque, saltar á la orilla; vengan, vengan botes. Oir esto y querer todos saltar á tierra, fué lo mismo. Los más audaces se apoderaron del bote y se arrojaron en él. Mas eran tantos los que anhelaban acompañarlos, que el bote no podia resistir tanta gente, y se sumergía bajo la inmensa pesadumbre. El deseo inmoderado de vivir los habia perdido. Las olas que á la orilla llegaban más amansadas, se apoderaron de la pequeña embarcacion, y la arrastraron consigo á alta mar. Muchos de los marineros, que vieron aquella terrible escena, se lanzaron al mar para detener la barca; pero fué imposible y perecieron ahogados por su arrojo. Los desgraciados que se entregaron á las olas furiosas del mar, se perdieron. La pequeña nave no pudo resistir al mar y al peso de la muchedumbre que llevaba, y

se sumergió en lo profundo. Los gritos, los lamentos, la desesperacion de aquellos séres que morian, cuando el cielo les habia mostrado un rayo de su luz y les habia infundido un aliento de esperanza; los gritos, la desesperacion de los que habian permanecido en la encallada nave, y veian desaparecer entre las ondas prendas queridas del corazon, sin poder salvarlas, ni aun socorrerlas; la inclemencia del cielo que crecia, y el furor del encrespado mar, todo era horrible. La desesperacion de algunos llegaba á tal punto, que se disponian para arrojarse al mar, y encontrar en sus amargas ondas muerte más dulce que sus dolores.

Angela en esta ocasion, en este amargo trance, como en todos los trances de su vida, mostró los inagotables tesoros de su inagotable caridad. Sosteniendo á los débiles, predicando á los descreidos, fortaleciendo á los indecisos, multiplicándose para socorrer á los enfermos, para apartar del borde del suicidio á los desesperados, más que mujer parecia el ángel de la caridad y del amor. ¡A cuántos de aquellos infelices apartó de la muerte! ¡A cuántos descreidos inspiró la idea de Dios y el sentimiento religioso! ¡A cuántos enfermos volvió la salud! ¡Oh! La caridad no conocia

límites; cerraba las heridas del cuerpo, y cerraba tambien las heridas del alma. Aquella mujer era como el ideal de la virtud en la tierra.

Por fin pudieron, los que habian quedado de este naufragio, saltar en tierra. Angela y las hermanas de la caridad, algunos pasajeros débiles y enfermizos, se salvaron. Todos los que, llevados de un amor exaltadísimo á la vida, quisieron á toda costa conservarla, se ahogaron de una manera terrible, cuando ya tocaban con sus manos la tierra, cuando habian visto lucir la dulce consoladora esperanza.

Cuando saltaron en tierra, supieron que apenas se habian alejado de Nápoles, y que habian encallado en las costas de Sicilia. Despues de tres dias de este horrible temporal, que tuvo incomunicada la isla con el continente, Angela tornóse á Nápoles.

LIV.

Una tarde estaba Margarita con las hermanas de la caridad en el convento de Nápoles, hablando de lo terrible y nunca visto del temporal, que habia azotado las costas del Mediterráneo, y de la seguridad que tenian de que el buque en que iba Angela habia naufragado, y se habia perdido el santo modelo de la inefable caridad, la hermosa Angela. Al hacer estas reflexiones, al recordar la posibilidad de este naufragio, las infelices mujeres lloraban amargamente. La pérdida de aquel ángel de paz y caridad, era en verdad digna de todo el dolor que le consagraban aquellas infelices mujeres. Mientras el temporal duró, el hospital se habia convertido en una casa de oracion, en un templo. Los niños que aun no sabian balbucear el nombre de Dios, los ancianos encorvados ya hácia el sepulcro, el enfermo más azotado

por el dolor, el moribundo que no podia retener el último suspiro que se le escapaba del pecho, todos, olvidados de sí y de sus dolores, se dieron á rogar á Dios por la salvacion de todos los que navegaban en aquellos terribles momentos, y muy especialmente por la salvacion de Angela.

Cuando la tempestad se calmó y fueron vomitados por el mar tantos despojos, tantos cadáveres, quillas rotas, despedazadas tablas, restos del gran naufragio, todos, absolutamente todos los que el hospital y el convento habitaban, y la mayor parte de los pobres de Nápoles, lloraron muerta á Angela, como se llora á una persona amada; y en verdad aquella mujer era individuo de una gran familia, hermana de todos los pobres, de todos los desgraciados, de todos los que lloraban en la tierra.

Cuando más lloraban la para todos indudable muerte de Angela, viéronla aparecer á la puerta de la sala principal del convento. La jóven estaba pálida y trémula, sus ojos apagados, su respiracion era tardía y dificultosa. La huella de sus grandes dolores se veia profundamente grabada en su rostro; el acento de la pena que la afligia, resonaba en su voz. Al verla entrar las personas congregadas en aquella sala, que eran varias her-

manas de la caridad, algunas enfermas convalecientes, una pobres pequeñuelas niñas y Margarita, lanzaron un grito, primero de entusiasmo, de alegría, despues de un general sollozo.

—¿Con que sois nuestra? decian unos.

—Ya os vemos, exclamaban otros.

—Sí, me veis, me encontrais por la misericordia de Dios.

—Gracias, gracias, Dios, Señor nuestro, dijeron todos.

—Margarita, hermana mia, hermana, dijo Angela, estrechando contra el pecho á su antigua rival.

—¡Angela! exclamó Margarita; y no pudo continuar, porque el llanto la ahogaba.

—¿Y no nos abandonareis? dijo la priora.

—Sí, os abandonaré.

—¿No habeis desistido?

—No.

—¿Acaso no veis en estos dolores un aviso del cielo?

—Sí, el dolor no me arredra.

—¿Y volvereis á embarcaros?

—Volveré.

—¡Cielos!

—¿Creeis que acaso los elementos pueden detenerme?

—Meditadlo bien.
—Lo he meditado.
—Aquí haceis falta.
—Más falta hago en Africa.
—No lo creais.
—Mi corazon lo dice.
—Os engaña vuestro corazon.
—Aquí estais vos... que podeis socorrer á los infelices.
—Pero, mirad, os echan todos, Angela, de ménos.
—¿Quién sabe cuántos infelices cristianos perecerán á estas horas en los desiertos de Africa?
—En todas partes hay dolores.
—Pero hay ciertos dolores que reclaman toda nuestra caridad.
—Por Dios, Angela, quedaos.
—No puedo, no debo quedarme.
—¡Qué persistencia!
—Es un deber.
—Creo que os engaña vuestra generosidad.
—No, mi fé no puede engañarse.
—Es orgullo ya esa insistencia.
—No: es confianza en Dios.
—Angela mia, por Dios.
—Ya lo he dicho, señora; el primer buque, el

primero que vaya á la Argelia, me recibirá en su seno.

Angela, tomando el brazo á Margarita, y separándose de todos, le dijo estas palabras:

—¡Ah! padezco, pero soy feliz.

—El cielo te premia.

—Sé donde está Eduardo.

Margarita lanzó un grito de alegría.

—Voy á salvarle.

—¡Cielos!

—¿Qué, qué te pasa?

—Nada, nada.

—¿Tienes celos?

—Lo has adivinado.

—¿Y dudas aún de mí?

—No.

—Yo le amo.

—Angela, me atormentas.

—Pero ese amor permanecerá aquí, siempre aquí encerrado.

—Tanta heroicidad...

—¿No lo crees posible?

—Solo en tí.

—Margarita, aun tienes resábios de tu mala educacion, dijo Angela reconviniendo tiernamente á la jóven.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque aun crees al deber heroísmo.

—Es tan difícil vencer el amor...

—No, no lo creas.

—No te comprendo.

—Hay otra cosa más difícil, Margarita.

—¿Qué?

—Degradarse.

—¡Oh!

—La mujer tiene una repugnancia invencible al vicio.

—Es verdad.

—Le cuesta mucho perder su pudor.

—Sí.

—Mas cuando lo ha perdido, cae hasta el último de los abismos.

—Por eso...

—Por eso es necesario guardar siempre la pureza del alma.

—Angela, cuando to oigo, me fortifico para luchar, y me engrandezco para vencer.

—No hay más remedio que salir pronto, muy pronto de Nápoles.

—¡Tan pronto!

—¿Quién sabe si mañana será tarde?

—¿Ni un dia te detienes?

—Ni un solo dia.

—Acuérdate de mí.

—Voy á hacer tu felicidad.

—¡Angela mia!

—Voy á devolverte tu esposo.

—No puedo creer tanta felicidad.

—El dolor ha regenerado á los dos.

—¡Dolor triste y amargo!

—Pero dolor que encontrará en el cielo y en la tierra un consuelo. Voy pues á partir.

En efecto, al dia siguiente salia Angela de nuevo del puerto de Nápoles. Ve, en paz, génio del bien, cada una de tus palabras será un consuelo, cada una de tus acciones un bien, cada uno de tus pasos dejará en pos de sí una larga huella resplandeciente y hermosa.

LV.

Era una tarde calurosísima de Julio. El sol encendia con su ardor la tierra, y su silencio horrible pesaba sobre la abrasada naturaleza. Sus séres animados buscaban en vano algun consuelo, pues la tierra parecia inmenso, encendido horno. Todo era horrible, todo era triste; pero mucho más horrible, mucho más triste en el desierto. En efecto, el desierto de Africa, donde guerreaban las tropas francesas, ofrecia un aspecto horrible y desolador. Ni un árbol se veia en lontananza, ni una vivienda, ni un ave cruzaba los aires, ni un cuadrúpedo, ni un reptil la tierra. La naturaleza árida, triste, uniforme, monótona, parecia un inmenso y terrible cementerio. El cielo, encendido por un sol sin reflejos, parecia negro, enrojecido; la tristeza que derramaba en el alma, como una sombra, era inmensa, infinita;

la muerte se dibujaba en la naturaleza. Ni un árbol, ni una fuente, ni un arroyo, ni un pozo, nada que anime la naturaleza. Tierra por todas partes, tierra sin fin, cenicienta, tierra árida, cuyo color era triste como el color del cielo, tierra, que nada produce, sino algunos espinos despojados de hojas, como ramos secos que parecian próximos á encenderse por los rayos del sol.

Y en este inmenso arenal, á lo léjos se veian grandes bandadas de hombres que se asemejaban á aves del desierto. Eran los hijos de aquellas abrasadas arenas, que habiendo visto á los defensores de la cruz penetrar en sus hogares, destruir sus templos, se apercibian á una desesperada defensa. Y ya se sabe que los hijos del desierto, con su sangre semítica y africana, cuando pelean, cuando defienden sus hogares, cuando pugnan por salvar sus dioses, tienen la fiera constancia del leon, y la sed de sangre del tigre.

El clima ardiente, el sol, la aridez del desierto, la inclemencia del cielo, el fuego que centellean las arenas, el aislamiento y la soledad de aquellas razas, su fiero fanatismo, su amor al suelo patrio, amor que Dios inspira á todos los pueblos, y muy especialmente á los pueblos nacidos en climas inclementes y en terrenos áridos; estas y otras mil

particularidades propias de la índole de estos pueblos, les obligaban á entrar con ferocidad en la guerra.

Estas feroces tribus vencidas en sus correrías por el mar, desalojadas de las riberas, de los puertos, forzadas á guarecerse en lo interior de los desiertos, sin más propiedad que la movediza arena arrojada bajo sus plantas, sin más vivienda que sus cabañas, sin más alimento que los dátiles con que les brindan sus oásis, aman, sin embargo, su tierra de maldicion, árida, arenosa, impía, como una madre tierna y hermosa; cariño muy propio, muy natural en el misterioso corazon del hombre.

Así, aquellos hombres rugian de rabia, de desesperacion, como el leon herido, como la pantera hambrienta. Aguzaban sus lanzas, sus espadas, como el ave de rapiña aguza sus cortantes uñas. Preparaban sus largos y pesados arcabuces, sus imperfectos cañones.

Pero más que en sus armas, su rabia, su furor se veia en sus semblantes. Sus manos temblaban, no de miedo, sino de furor. Sus ojos derramaban fuego, sus lábios repetidas y continuadas imprecaciones. Unos iban á pié, otros en sus caballos en pelo, en esos caballos en pelo, ligeros,

rápidos, como la ráfaga del abrasado viento del desierto. La tez de aquellos hombres, tostada por el sol, revelaba nobleza; sus modales, ardor generoso; sus ojos, rabia; su frente relucia, no por el brillo de una idea, sino por el fuego de una gran pasion, de una pasion ardiente como los rayos del sol de sus desiertos. A ciertas horas, cuando sonaba el esperado instante de las oraciones, todos ponian la rodilla en tierra y elevaban á su dios plegarias; pero no plegarias impregnadas de amor, de fé, de entusiasmo, sino de ardor guerrero, sañudo, de deseos de venganza; no invocaban al Dios de la justicia, sino al dios cruel de la desolacion y de la muerte.

En aquel inmenso desierto, por el lado opuesto al que ocupaban los africanos, se vió venir pronto un gran ejército cristiano. El órden que reinaba en estas huestes, contrastaba con el desórden de sus contrarias; sus armas, con las armas de los moros; su traje oscuro con aquellos largos albornoces blancos que cubrian á los adoradores del Profeta.

Inmediatamente que los africanos vieron destacarse en el horizonte aquellas sus enemigas huestes, comenzaron á hacer evoluciones rapidísimas, á reunirse en bandas y grupos, á montar sus lar-

gos arcabuces, á dar ahullidos feroces, como suelen las aves de rapiña cuando un rayo de luz hiere sus ojos, ó un peligro las amenaza.

El ejército europeo avanzaba en columna cerrada disciplinadamente, con actitud serena, mirando el inmenso territorio, descubriendo sus posiciones, estudiando la manera más plausible de envolver aquellas inmensas huestes que se movian á lo léjos, como la humarada de un cañoneo, ó como una grande y espesa nube de polvo. Se trataba de vencer con la inteligencia la fuerza, con la táctica el número, con la habilidad á la misma naturaleza. Por fin, las tropas europeas acamparon en aquel desierto frente á frente de sus enemigos, alzaron sus tiendas, se apercibieron para un combate sangriento y tremendo, porque la rabia de los africanos no conocia límites.

Por fin, la tarde vino, el sol se sumergió en su ocaso, las tinieblas se extendieron por todo el campamento, y un frio intenso sucedió al calor terrible del dia, por uno de esos cambios tan bruscos y tan frecuentes en estos tristes abrasados climas.

A la puerta de una de aquellas tiendas se encontraba Eduardo. Su imaginacion, exaltada por el desierto y la proximidad del combate, creia,

trasportándose á otros tiempos, hallarse en una de aquellas guerras tan frecuentes y tan gloriosas en los siglos medios.

Sin embargo, su corazon oprimido se espaciaba en estos recuerdos históricos, huyendo de esos otros recuerdos de su vida que habian hecho su desgracia. En los rayos de la luna, que extendia su plateada luz por el desierto, su imaginacion fingia la imágen de Angela que le martirizaba con horrible martirio. Cuando más embebido se encontraba en estos pensamientos, se acercó un compañero de armas, y le dijo:

—¡Terrible vá á ser la lucha!

—No importa.

—Todo, Eduardo, te es indiferente.

—Todo, todo, hasta la muerte.

—¿Y la gloria?

—Hasta la mentida gloria, que es un sueño que el hombre acaricia, como el niño en el campo la fugitiva pintada mariposa.

—¡Qué ideas!

—Sí, sí. La vida es como el espejismo que el desierto finge.

—¿Nada te encanta?

—Nada.

—¿Nada esperas?

—Nada.
—Parece imposible.
—Arrastro una triste vida.
—No desconfies.
—¡Ah!
—No, no desconfies.
—Dios me ha condenado á padecer.
—Dios te salvará.
—No es posible.
—Todo lo ves negro.
—Hay en mi alma una eterna, espesa noche.
—El corazon puede disipar esas sombras.
—Os engaña vuestro generoso deseo.
—Te lo repito, ten confianza.

—¡Oh! Cuando veo á nuestros enemigos en lontananza, les pido la muerte. Cuando oigo silbar las balas á nuestro alrededor, presento el pecho para que me partan el corazon.

—¡Infeliz!

—Tú habrás visto cuán celebrado es mi valor?

—Pareces un leon.
—Pues no hay en mí valor.
—¡Modestia!
—No, conviccion.
—No os entiendo.

—Guerreo como ves, porque yo anhelo la muerte, y no tengo valor para suicidarme.

—¡Diantre!

—Sí. Friamente no puedo matarme.

—Lo creo.

—Pero morir matando, morir venciendo, morir entre el fragor de los combates, morir con una herida gloriosa en el pecho por la libertad, por la pátria, por la humanidad, es una muerte dulce, una honrosa muerte.

—Sí, es verdad.

—Y hé ahí lo que yo busco, porque yo soy desgraciadísimo.

—Algun dia caerán esos velos de tus ojos.

—Nunca.

—Algun dia serás feliz.

—No puede ser.

—Sí, sí.

—Es verdad, tienes razon, seré feliz el dia en que reciba en mi frente el beso de la fria muerte.

—Hablemos de otra cosa.

—De lo que quieras.

—Sábete que vá á ser horrible el combate.

—Lo celebro. ¿Y en qué te fundas para decir eso?

—En miles de conjeturas que fácilmente podrás alcanzar.

—Habla.

—Lo fundo en el espectáculo que presentan esos bárbaros.

—El mismo que han presentado siempre.

—Nunca los he visto más feroces.

—Mejor. Así será más gloriosa la victoria.

—Todo está preparado.

—Lo sé.

—Nada falta á nuestro ejército.

—De otra manera seria imposible la guerra.

—Ciertamente.

—Mas nos faltaban hermanas de la caridad.

—¿Qué, qué?

—Hermanas de la caridad.

—¡Ah!

—¿Por qué suspiras?

—No, no suspiraba.

—Te engañas y me engañas. Has suspirado.

—Pues bien, sí.

—¿Por qué?

—Me parten el corazon ciertos nombres.

—El de hermana de la caridad...

—Más que ninguno.

—El ángel de los hospitales y de los campos de batalla?

—Son misterios.

—Tu corazon es un inmenso misterio.

—Mejor dijeras un infinito dolor.

—Padeces demasiado.

—Muchísimo.

—¿Y las hermanas de la caridad, te traen á las mientes recuerdos tristes?

—Sí; porque mi amor, mi amor...

Y Eduardo se afectaba de pena.

—Confíame tus penas.

—Deseo desahogar mi corazon.

—Aquí tienes el pecho de un amigo.

—Yo amaba...

—¿Quién no ama en la tierra?

—¿He dicho que amaba?

—Sí.

—Pues he dicho mal.

—Cálmate.

—Yo estoy imposibilitado de amar.

—¿Por qué?

—Porque he abandonado el ángel de mi amor.

—¡Infeliz!

—Malvado debias decir.

—Compadécete á tí mismo.

—No. Caiga sobre mi frente el castigo del cielo; caiga.

—Eduardo...

—Sí, que me abrase el fuego celeste.

—No te desesperes.

—He sido muy criminal.

—Ella te habrá perdonado.

—Pero yo la he arrancado á la paz, á la vida, al amor.

—¿Y no es fácil curar las heridas?

—Son eternas, son sangrientas.

—Calma ese ardor.

—¿Y aún dudas de cuán justa es mi aspiracion á la muerte?

—Nunca el hombre debe aspirar á la muerte.

—¿Por qué?

—Porque la vida es siempre necesaria, es siempre fructífera.

—Pero una vida que es ponzoñosa, corrosiva...

—¿Sabes lo que te destina la Providencia?

—Lo adivino.

—Arrogancia, y solo arrogancia. Ese tu dolor puede ser un manantial fecundo de bienes, si no para tí, para tus hermanos. El hombre no debe considerar su vida como un bien privativo suyo,

no; debe considerarla como sávia que á otros vivifica, como espíritu que á otros anima.

—¡Delirio! Mi vida maldita, mi vida, que no me es dado sobrellevar, mi vida no puede ser alimento de otros séres.

—Sí, sí.

—Te engañas, ó aparentas engañarte.

—Un ejemplo te moverá á creerme. Esa misma pasion que te anima, y que es causa de tu dolor, puede engrandecerte. La desesperacion se apodera de tu pecho, devora tus entrañas, consume tu existencia; pues bien, esa desesperacion te inspira un valor desmedido, un nunca visto arrojo, y te lanzas á la pelea y combates como un héroe, y ganas un reducto, y te llevas en pós de tí una compañía, en pós de esa compañía un ejército, y ganas el campo enemigo, y plantas allí la bandera de la civilizacion, el lábaro de la libertad; dime, con todo esto ¿no has hecho la felicidad de muchos? ¿No has servido á la justicia? Y sin embargo, esa accion heróica te la ha inspirado tu desesperacion, tu dolor, tu amargura; te la ha inspirado esa misma vida que maldices, y que bendecirán millares de generaciones.

—¡Millares de generaciones! Tal vez esa felicidad que millares de generaciones bendicen, sea

hija de la desgracia de otros millares de generaciones, que dejarán tal vez grabada en la historia una maldicion más solemne y más duradera que todas las bendiciones que pueda ofrecer el interesado agradecimiento.

—¡Ay, Eduardo! El mal que sufres radica mucho más hondo de lo que tú mismo puedes imaginar.

—Mis males emanan de los tristes sucesos que te he contado.

—No, no. Tú has respirado por mucho tiempo una atmósfera saturada de veneno.

Eduardo se estremeció al oir la profunda verdad que decia su compañero.

—Tú has creido que solo el vicio podia reinar en la tierra.

—¡Ah!

—Tú has visto burlados todos los dias los principios más santos de justicia.

—¿Por qué, por qué me dices esó?

—Te lo digo porque de otra suerte era imposible que se hubieran borrado en tí tan hondamente las nociones de la justicia.

Eduardo se cubrió el rostro con las manos.

—Ignorar lo que es justo, no sentir lo que es verdadero, no experimentar esa necesidad divina

de conocer lo hermoso, lo verdadero, lo bueno, es imposible, imposible, á no ser que el alma se haya eclipsado en el hombre.

—¡Oh! Me insultas.

—¿Insulta el médico al enfermo cuando dice «ahí hay gangrena?»

—Tienes razon. Yo he perdido las nociones de lo justo, y he caido en sus abismos.

—Mas de ese abismo puedes ahora, ahora levantarte.

—Me faltan fuerzas.

—Mentira. Tú no conoces lo que es la voluntad, tú no conoces que la voluntad humana puede obrar milagros maravillosos.

—Mi voluntad no tiene estímulo.

—Cuando tu conciencia se aclare, obrará la voluntad. La conciencia es como el piloto; la voluntad es la fuerza; con la conciencia limpia y la voluntad libre, el hombre va donde quiere ir; si á la felicidad, á la felicidad; si á la desgracia, á la desgracia.

—¡Oh! Señor, dijo Eduardo levantando los ojos al cielo: dadme voluntad.

—La tendrás.

LVI.

Ya comenzaba dulcemente el alborear del nuevo dia. El cielo sonreia como teñido por los primeros resplandores del lejano sol. Algunas estrellas se iban ocultando entre los celajes, á la manera que cae en su cuna un niño que se duerme. El ave nocturna, sacudiendo sus sedosas alas, y lanzando un agudo gemido, se perdia en su madriguera. Los primeros preludios del dia eran los rumores de la naturaleza. Poco á poco los bordes del horizonte se coloraban fuertemente, presagiando los ardores de un dia estival. Sin embargo, el aura, dormida toda la noche, se desataba y gemia, cual si fuera á recibir un beso del sol. Todo era paz en la naturaleza, todo alegría en el cielo. El sol subia majestuosamente; el cielo se iluminaba como para una fiesta; las estrellas se perdian entre los arreboles del Oriente;

las aves daban al viento sus primeros gorjeos, y el aura se convertia en la prolongacion infinita de un suspiro de amor; y toda la naturaleza se sonreia plácidamente, mientras el corazon del hombre, turbado por sus ódios, ardia en sed de sangre, y la mano del hombre, trémula de rabia, aguzaba las homicidas armas y se aprestaba á una sangrienta y mortal pelea. En efecto, entre la amarilla tierra y las cenicientas matas del desierto, se veian brillar frente á frente dos ejércitos; el uno, como hemos dicho, de africanos, el otro de europeos. El africano rechinaba los dientes de rábia, gemia impaciente, se desesperaba al ver enfrente á su enemigo, como si anhelase devorarlo. Los ojos de aquellos fieros hijos del desierto, como los ojos de sus tigres y leones, difundian reflejos sangrientos. Los caballos árabes, ligeros como el viento del desierto, del color pardo de la tierra, ó del negro color de la noche, saltaban caracoleando como si se impacientasen por la tardanza del combate. Una música destemplada, inarmónica, pero muy semejante á los misteriosos ruidos del desierto, difundia el ardor guerrero en el ánimo de aquellos hijos del sol. Con sus rostros atezados, sus blancos turbantes, sus jaiques de colores, la cimitarra en la mano, el arcabuz á

la espalda, caballeros en rápidos alazanes, parecian la resurreccion de aquellos antiguos profetas africanos, que con su palabra de fuego habian formado numerosos ejércitos y con aquellos ejércitos habian amedrentado á las naciones y habian hecho temblar de espanto á la tierra. Pobres girones de aquellas banderas ya olvidadas, pobres rebaños de aquella inmensa grey de pueblos bárbaros, pobres restos de aquellos gigantes ejércitos, corrompidos por el fatalismo, por la esclavitud, que es la más grande y dañina de todas las enfermedades de los pueblos, aquellas hordas, al pelear con un ejército de cristianos, con un ejército civilizado, se abrian su honda huesa y se sepultaban á sí mismas en las entrañas áridas y estériles del desierto.

Frente á frente la hueste civilizada del ejército cristiano, se preparaba al combate. No se oia ni un grito, no se escuchaba ni una imprecacion. Aquellos hombres iban al combate llevados, no por el instinto, sino por la reflexion; no por la idea ciega del cumplimiento de un mandato, sino por la idea sublime del cumplimiento de un deber. En la serenidad de sus rostros, en la altivez de sus frentes, en el arte de sus combinaciones militares, en la apostura, en todo, se veia que

estos hombres eran hombres, porque eran libres. En efecto, la libertad es el hombre; la libertad es toda su naturaleza; la libertad es su vida. Quitadle al hombre la libertad, y lo reducís á la condicion miserable de una bestia. Sus acciones no serán suyas, ni sus ideas; y por consiguiente, ni de sus acciones ni de sus ideas será responsable. Como una paja arrastrada por el viento, como una piedra que cae á su centro, como un árbol que crece agarrado á la tierra, el hombre no seria ese poeta sublime que lee en el cielo, ese artista generoso que levanta sus obras al lado de las obras de Dios, ese filósofo que comenta la naturaleza y la vivifica, no; seria un sér más, arrojado en el inmenso torbellino de los séres; pero no ese gran sér, superior á todos, ministro de Dios en la naturaleza, cuya idea no cabe en el espacio, cuyas obras se dilatan más allá de los tiempos.

La libertad es el gran atributo moral del hombre; la libertad es el alma de su alma, la vida de su vida. Hijo de la naturaleza, por la libertad se emancipa de la naturaleza; destinado á ser todo de Dios, por la libertad llegará hasta Dios. Por eso, los pueblos esclavos son rémoras á la obra de la Providencia, y los pueblos libres son los obreros de la Providencia.

Los obreros de la Providencia iban á cumplir su destino, iban á grabar con un hierro candente la idea de la civilizacion en pueblos bárbaros. Querian el bien de los mismos que les iban á sacrificar. Los soldados europeos, bien al revés de los soldados africanos, fiaban más á la inteligencia que á la fuerza, más á la táctica que al número. Cuando amaneció, se encontraron inferiores en número, muy inferiores, mas no por eso escasos en valor. Sus enemigos tenian tierras de donde sacar nuevos soldados; ellos, ó tenian la victoria á su frente, ó la muerte á sus espaldas. Los mismos pueblos que habian sometido, alentados por una derrota, se levantarian contra sus señores, exterminándolos y satisfaciendo su hidrópica sed de venganza. Pero á pesar de estos peligros inmensos, de estas luchas, de esta incertidumbre, serenos los ánimos de aquellos soldados, esperaban la señal convenida del combate. El sol fué levantándose en el horizonte. Parecia un inmenso disco de fuego. Desde el punto en que se alzó, comenzó á encender la tierra como un horno, y á apagar toda vida. Callaron algunas que otras aves por allí escondidas, que antes piaban; callaron las frescas áuras de la mañana; callaron los rumores de la naturaleza; solo se oia el res-

pirar de los dos enemigos ejércitos, que parecia el hervidero de dos inmensos volcanes. La naturaleza peleaba por sus esclavos, por los africanos; la inteligencia peleaba por sus hijos, por los europeos.

El sol, el ardiente sol lanzaba flechas contra el ejército cristiano, al paso que con su fuego alimentaba el fuego del enemigo. Aquella tierra árida y abrasada, aquel cielo metálico, más duro que el acero, aquella naturaleza muda, postrada, aquellas lejanas refracciones del sol, que parecian un mar que avanzaba contra los dos ejércitos, aquel calor sofocante, pavoroso, eran bastante á llevar el decaimiento á los ánimos, la incertidumbre al corazon, la duda á la inteligencia. Mas la voluntad que todo lo domina, el alma que sobrepuja á la misma naturaleza, podian en aquellos soldados más que el sol con sus rayos, y el clima con sus rigores. En su interior tenian aquellos hombres un sol, que templaba los ardores de aquel sol, la conciencia; un áura que templaba los rigores de aquel clima, la libertad. Sabian que iban á morir voluntariamente, y sabian que su causa era santa. Nada les faltaba.

Sin embargo, ¡cuán horribles eran los rigores del clima! El suelo ardia como un horno, el cielo

como una inmensa devoradora hoguera. El aire parecia como que se evaporaba. Los pulmones no podian respirar aquella atmósfera enrarecida por el sol. Ni una gota de agua, ni el eco del canto de un ave, ni la hoja de un árbol. Todo era cruel. Parecia aquel desierto un inmenso cementerio, sí, un cementerio terrible, donde iban á enterrarse enormes y poderosos ejércitos.

Amaneció por fin el dia tremendo del combate. El sol se levantó en el horizonte enrojecido, anunciando con sus rayos un calor sofocante y horrible. Por los límites del horizonte se descubria una caravana. Pero aquella caravana no llevaba la guerra, sino la paz; no el dolor, sino la esperanza y el consuelo. Eran las hermanas de la caridad, que se habian quedado rezagadas, y que iban contentas al campamento á verter á manos llenas los dones y los tesoros del cielo. A su cabeza figuraba, como el ángel de paz de todas ellas, Angela, alentándolas con su palabra, é instruyéndolas con su ejemplo. Muchos dias de terrible calor habian pasado; las arenas del desierto, levantadas por el viento, habian herido sus rostros; la tempestad habia desgarrado sus vestiduras; el ardiente sol habia quemado sus carnes, y aquellas mujeres nada sentian más que su caridad, desafian-

do contentas todas las inclemencias de la naturaleza.

Cuando consideramos de qué suerte el dolor engrandece nuestra alma, no podemos dejar de bendecir el dolor. Por un misterio de nuestra naturaleza, aquello que más á primera vista nos rebaja, más en realidad nos engrandece. El dolor, que huimos, es en la ley misteriosa de nuestra existencia como un bálsamo, que conserva puras todas nuestras virtudes. Desconfiemos mucho de los que se sienten felices y tranquilos en la tierra; esos infelices no han sentido la aspiracion divina á otra vida mejor; no han soñado con lo celeste y lo infinito; no guardan un ideal en su conciencia, y no ven como de ese ideal se aparta la fria y tosca realidad. En la contradiccion, en la lucha constante entre este mundo real y el mundo que fingimos; entre esta vida transitoria y esa otra vida, cuyas riberas son la eternidad; entre la idea pura de la conciencia, y el hecho impuro grabado fugazmente en el espacio; entre la imperfeccion que vemos, y la perfeccion con que soñamos; en esa contradiccion, en esa lucha constante está encerrado el enigma de nuestra grandeza, el génio de nuestras artes, el númen divino de la ciencia. Anda, hombre, anda, pobre pere-

grino; la naturaleza no se somete á tu voz, sino protestando contra tu dominio en sus mil embravecidos elementos; la ciencia no desciende á tu frente, sino despues de haberse ocultado en impenetrable nube; la misma virtud no te sonrie, si no combates por ella; cada hoja de tu corona cuesta un sacrificio; cada resplandor de ciencia que ves, dias muy amargos de tu vida; cada suspiro de libertad que alcanzas, millares y millares de generaciones; y sin embargo, ese dolor, que te precede y te sigue, y que agita sus alas sobre tu cuna y tu sepultura, que está mezclado como aligacion necesaria á todas tus grandes obras; ese dolor que gime en tus arpas, en tus cinceles, en tus plumas, en todos los instrumentos de tu grandeza; ese dolor, que se exhala de tus cánticos, de tus poemas, de tus estátuas; ese dolor infinito, es el ángel de Dios, que siembra de flores el camino de tu vida, y que te muestra sonriendo la mansion divina de los cielos.

¿Quién podrá saber, pues, de los dolores que amenazaban en el dia funesto que vamos á describir, el bien que podia resultar á la humanidad? Nada más horrible que la guerra; nada que más desconsuele y acongoje. Sin embargo, la guerra ha sido el camino de la humanidad, su de-

ánimo de sus enemigos, que se desbandaron como los cuervos al oir la primer descarga del cazador. Sin embargo, pronto se repusieron y cargaron con ímpetu extraño á nuestras tropas. Los soldados europeos resistieron aquel empuje, retrocediendo para tantear la táctica de sus enemigos. Esta táctica es sencilla y conocida. Consiste en cerrar los ojos y lanzarse á la muerte sin conciencia, como á un hondo abismo, y herir con todas sus fuerzas, sin curarse del punto donde vá á dar el golpe. Esta manera singular de pelear es muy horrible. El hombre combate con todo su cuerpo al enemigo, con las manos, con los piés, con los dientes. Agudos gritos, imprecaciones horribles, insultos groseros, maldiciones, evocacion contínua del génio y del auxilio de Dios, todo esto acompaña al árabe en la guerra; todo esto le alienta como otros tantos génios enviados á su alrededor por el dios de los combates para sostenerlo en el tremendo trance de la atroz y sangrienta pelea. Es de ver el hijo del desierto, envuelto en su albornoz blanco, cual una nube; caballero en su corcel negro como la noche, blandiendo su aguda temblorosa lanza, que vibra herida por los rayos del sol como una serpiente de fuego; encendidos los ojos, transfigurado el semblante por el

ódio; espumosa la boca, imprecando y maldiciendo; más valiente cuanto más acosado; más cruel cuanto más herido; respirando el hedor de la sangre como un aroma celeste; oyendo los quejidos de los moribundos como un concierto; rodeado de cadáveres y buscando nuevas víctimas, como si fuera la encarnacion del horrible génio de la guerra. Pues apenas comenzado el combate entre las primeras avanzadas, una nube de estos hombres horribles, de estos rayos de la guerra, de estos hijos de la destruccion, de la muerte; una nube, decíamos, inmensa cual una nube de langosta, profiriendo voces de muerte, haciendo gestos espantosos y horribles, clamando al cielo como energúmenos, se lanzaron á desorientar y arrollar el ejército de los cristianos, con el mismo feroz empuje con que un rio salido de madre inunda el campo, y arrancando los árboles los lleva en pós de sí, los arrastra en sus tumultuosas y negras ondas, de cuyo impulso nada puede resistir, cuya fuerza nada puede contrastar ni vencer. El ruido que producian tantas voces iracundas, tantas lanzas agitadas, tantos arcabuces vomitando fuego, los cascos de los caballos y las descargas de artillería, era tremendo y horrible, parecia que se desquiciaba la tierra. Las tropas europeas no aco-

metian, resistian; no empujaban, cortaban con el filo de sus espadas y con el fuego de su artillería aquella inundacion de bárbaros, y los dejaban que ellos mismos se cansaran de su misma rabia, de su mismo furor, y que en agitaciones febriles, pero inútiles, devoraran, consumieran sus fuerzas, fáciles de mover, pero más fáciles aún para decaer y morir á su propio impulso.

El número de enemigos era tal, que ya no podian resignarse á resistir, y tuvieron que acometer con gran fuerza é ímpetu. En este momento el sol ascendia á su zénit, derramando rios de fuego, de calor, de lumbre. El aire quemaba como el aire encendido de un horno. Las armas de fuego ardian casi á los rayos del sol. La tierra parecia como lava ó como cenizas ardientes. El calor que encendia la sangre daba más rabia y más furor al feroz combate. Todo era horrible en aquel horrible dia.

No; todo no. Nunca deja Dios de hacer flotar su misericordia sobre el gran océano de nuestros dolores y nuestras desgracias. En una tienda, con los ojos puestos en el cielo y las rodillas en tierra, las hermanas de la caridad oraban por el triunfo de la justicia y de la verdad, la salvacion de todos. Habian preparado ya sus hilas, sus aro-

mas, para embalsamar las heridas, sus cendales y sudarios para envolver los muertos. Mientras todos apercibian instrumentos de muerte, ellas medios de vida; mientras todos pensaban en la destruccion, ellas en la salud; mientras todos maldecian y odiaban, ellas oraban amorosas á Dios; contraste, que es la ley de toda nuestra existencia. Angela, concluida la oracion, salió á la puerta de la tienda á mirar la disposicion del combate. En una colina que insensiblemente formaba el terreno, estaba colocada la tienda. Desde allí se divisaba, se veia todo el campo. Las maniobras del ejército, la lucha, hasta los semblantes de los soldados cristianos se veian clara y distintamente. Un sacerdote acompañaba á Angela y la consolaba haciéndola ver y notar las ventajas de los cristianos.

—¡Dios mio! decia Angela, mirad, mirad, padre, aquel peloton de árabes ha destrozado toda una compañía de los nuestros.

—En cambio notad en el ala izquierda la ventaja que llevan los nuestros.

—¡Ay! Parecen leones.

—No temais. Su empuje violento se estrella en la inteligencia de nuestros soldados, como las olas del mar en la arena.

—Pero ¿no veis que aquel desierto de enfrente vomita tropas sin cesar?

—Todas ellas vendrán á morir á nuestras plantas, como la víctima á los piés del sacrificador.

—Mucho confiais, muchísimo. No tengo yo vuestra confianza. ¡Infelices! ¡Cómo mueren, cómo exhalan sus almas! ¡Cuántas personas queridas dejareis en el mundo! ¡Cuántos corazones se partirán al mismo tiempo que los vuestros!

—Morir en este instante, morir por la causa de Dios, por la causa de la civilizacion, es volver á nacer en el cielo.

—Mirad, padre, mirad aquellos infelices de la derecha. Todos yacen tendidos, oid sus lamentos, escuchad las carcajadas de los bárbaros. ¡Oh! Yo no tengo corazon para sufrir este horrible espectáculo.

El padre murmuraba algunas oraciones en voz baja.

—El centro acomete, decia Angela.

—El empuje es inmenso, y ahora mismo vereis desbandados los bárbaros.

—No, no, nuevas nubes de ellos se levantan y vienen. Son innumerables.

—Mirad qué bravos nuestros soldados. Mirad cómo se baten. Parece que no hagan nada: tal es

su valor. Avanzan como si no tuvieran delante una muralla de espadas.

—No veo nada, el cañoneo me quita el oido, el humo la vista, solo veo una confusion inmensa.

—¡Oh! ¡Qué gritos se oyen!

—¡Qué algazara!

—Son carcajadas.

—Son ahullidos.

—Habrán triunfado del centro; habrán triunfado, decia Angela.

—No han triunfado, exclamó una voz ronca de un soldado, pero nos han arrancado una bandera.

—Eso prueba que llevan ventaja, dijo Angela.

—Dios les proteja, dijo el sacerdote.

—Mirad, mirad, dijo el centinela que tenia un anteojo.

—¿Qué sucede, qué sucede?

—Es el valiente italiano Eduardo.

Angela dió un grito, y se cubrió el rostro con las manos; y como temiese caerse, apoyóse en la puerta de la tienda.

—¿Qué hace, qué hace? preguntó Angela con indescriptible ansiedad.

—Se sale de las filas.

—Dios mio, dijo el sacerdote.

—Corre tras el soldado que se ha llevado la bandera.

—Dios mio, protégelo, dijo Angela levantando los brazos al cielo.

—¿Conoceis á ese jóven?

—Sí.

—¿Le habeis visto aquí en el ejército? dijo el sacerdote á Angela.

—No señor.

—Parece una fiera.

—Eso es temerario, dijo Angela con zozobra.

—No, eso es heróico, exclamó el militar con entusiasmo.

—Ya llega, ya llega.

—Dios mio, Dios mio, exclamaba Angela fuera de sí.

—Doce, doce contra él, cobardes, cobardes, decia el centinela.

Angela se retorcia de dolor los brazos.

—Pero pelea, pelea contra todos como un héroe.

—Va á morir, dijo Angela, con una expresion de dolor inexplicable.

—Ya se avalanza al que tiene la bandera, ya lo ha muerto, ya ha recogido la bandera, ya la agita en sus manos.

Gloria á nuestra bandera, gloria al valiente italiano.

El sacerdote murmuraba un *Te-Deum.*

—¡Oh! Le han herido el caballo.

—Santo cielo, dijo Angela.

—Se desatan contra él más de trescientos.

—¡Ay! exclamó Angela, exhalando un agudísimo suspiro.

—Sin embargo, corre, corre, dejando el caballo un reguero de sangre en la arena.

—Sálvalo, Señor, sálvalo, decia fuera de sí Angela.

—Ya le cercan.

—¡Ah! A morir, á morir, decia Angela.

—Se defiende como un leon.

—¡Inútilmente! ¡Oh! Eduardo, Eduardo.

—Rompe el cerco.

—¡Cielos! decia Angela.

—Huye, huye salvo.

—¡Oh, Dios! protégelo.

—Pero dos moros le cercan de nuevo, le alcanzan.

—¡Ah! Le han herido.

Angela lanzó un grito desesperante, horrible, agudísimo.

—Se defiende el valiente.

—Valor heróico, que le arranca la vida, dijo Angela.

—Un chorro de sangre inunda su rostro.

Angela ya no podia sostenerse, y se agarraba al lienzo de la tienda.

—Pero lleva la bandera en sus manos. Salen á defenderle. Entrega la bandera.

—¡Ah! dijo Angela, como si estuviese tambien herida.

—Vacila, y cae desmayado en brazos de sus compañeros de armas.

Al oir esto, Angela cayó tambien sin sentido en la abrasada arena.

—Buena la hemos hecho, dijo el centinela, arrojando el fusil, y corriendo á todo correr en socorro de Angela.

—Señora, señora, ¿qué teneis? preguntó con ansiedad viva el sacerdote, inclinándose sobre el cuerpo inanimado de Angela.

—Nuestra hermana, nuestra hermana querida, dijeron varias de las mujeres que estaban en la tienda, saliendo presurosas en auxilio de la infeliz enferma.

—Miren, dijo el soldado, qué valor para los combates; miren qué hermana de la caridad, que se marea al olor de la pólvora. Medrados anda-

mos. Cuando esperábamos sus socorros, tenemos que socorrerlas.

—Soldado, dijo el sacerdote; la debilidad humana tiene sus límites, que no puede traspasar.

—¿Por qué habrá venido, si de esta suerte nos ha de acongojar?

Angela abrió sus grandes ojos en este instante, mirando con estupor á todos lados.

—¿Qué me pasa, Dios mio, qué me pasa? dijo despues de algunos minutos de silencio.

—Nada; volved en vos, dijo el sacerdote; las grandes impresiones del combate, el calor sofocante de este dia tan terrible, las mil ideas que se agolpan á la intranquila mente, todo eso es superior á la frágil naturaleza nuestra.

—¡Oh! dijo Angela con amargura. Y yo habia venido á socorrer á estos pobres soldados, yo tan débil, yo tan miserable.

—Alentaos, señora, dijo el militar, que ya cobrareis fuerza.

—Harto las necesito, si he de estar al nivel de mi deber.

—Ya os vuelve la color al rostro, dijo el sacerdote.

—Y cuidado que es hermosa, decia para sus adentros el militar.

Angela se levantó, dió dos ó tres paseos por la tienda. Despues, sentándose en el suelo, comenzó á llorar amargamente.

—Hermana, hermana, decian las hermanas de la caridad. Nos quitais ánimo.

—Teneis razon, hermanas mias.

—¡Vos tan fuerte en nuestra larga peregrinacion, que nos dábais aliento en el naufragio, que nos refrigerábais con vuestras palabras en el desierto, vos tan abatida y llorosa!

—Me estoy faltando á mí misma; estoy faltando á Dios. Vamos, dijo, vamos á cumplir nuestro destino. Cubierto está de heridos el campo, vamos á recogerlos, á estancar su sangre, á curar sus heridas.

—No, dijo el sacerdote, no es hora todavía. Están en lo más récio del combate, y no debeis salir de aquí.

—En lo más récio del combate se necesita nuestro auxilio. Y Ángela recogió bálsamos, paños, hilas, y fuera de sí, con arrojo sobrehumano, seguida de las hermanas de la caridad que la acompañaban, se lanzó al campo de batalla.

Aquellas débiles mujeres, en medio del horror del combate, parecian como ángeles de salvacion, como la palabra divina, deslizándose majestuosa

y serena sobre el caos. El rumor de la guerra, los gritos de los moribundos, el humo de la pólvora, el hedor de la sangre vertida, no eran partes á detenerlas en su audaz carrera, en su gigante empresa. Parecia que confiadas en lo divino del ministerio de paz y amor que ejercian, allí, donde solo reinaba el ódio y la guerra, tenian conciencia de que Dios las amparaba á todas bajo su manto protector, y las libertaba del ódio de los hombres, como las habia libertado del ódio de los elementos. Do quier hallaban un herido, ora fuese moro, ora cristiano, sin preguntarle ni por su religion, ni por su bandera, se detenian, derramaban bálsamo en aquella herida, y ofrecian consuelos á su alma, alivios á su cuerpo. ¡Cuántos infelices, al ver en medio del combate aproximarse aquellas mujeres desafiando la muerte, al verlas inclinarse sobre su pecho, estancar la sangre, cerrar la herida, refrescarla, y despues bendecirlos, como si fueran hermanos, veian en sus ojos, en sus dulces lábios, la primera luz de la fé cristiana, que nunca hubieran visto sin el fuego asolador de las guerras!

El bien, la virtud, se reproducen con gran fuerza como llenos siempre de generosa vida. El bien que se derrama en la tierra, es á un tiempo mis-

mo un bálsamo, un ejemplo, una semilla, que como el grano arrojado en la tierra, dá ciento por uno. La misma fecundidad que tiene la naturaleza física, tiene la naturaleza moral. De una semilla nace un árbol que dá millares de flores, millares de sabrosos frutos, pureza al aire, grata sombra al cansado viajero; y que levantando su copa á las alturas, resiste y vence al torbellino de los siglos, viviendo largo tiempo fuertemente arraigado en la tierra. Y de una virtud sencilla, pobre, que se deposita en el corazon humano, y por la cual se logra que el hombre ame al hombre y confie en Dios; de una virtud nacen millares de virtudes que hermosean y fortifican nuestra naturaleza.

En el instante (volviendo á nuestra interrumpida narracion), en el instante en que las hermanas de la caridad entraban en el campo de batalla, el combate se habia recrudecido de una manera horrible. Era ya el mediodía; el sol con toda su fuerza caia sobre los combatientes. Ocho horas de contínuo batallar habian sido inútiles. Ciertamente, habian perecido en ellas muchos infieles; pero no habian perecido pocos cristianos. Además, los cristianos ni siquiera habian adelantado un paso, contentándose con romper, destro-

zar y desbandar, no siempre con buena fortuna, al enemigo.

En este instante, viendo que se dilataba más de lo que se creia el resultado del combate; viendo perecer inútilmente tanto bravo soldado; viendo que era necesario escarmentar ejemplarmente al enemigo, se dió órden de acometer á toda prisa; pero de acometer terriblemente, sin dar cuartel hasta exterminar á los hijos del desierto. Los soldados se apercibieron á esta nueva lucha, y á pesar del terrible calor que hacia, avanzaron con gran rapidez, contentos con cambiar de posicion, y acometer en vez de resistir. Todo el ejército cristiano, exceptuando la retaguardia, se movía como un solo hombre. Sus tres alas caian como un torrente devastador sobre los árabes. Parecia aquel ejército tan disciplinado, moviéndose á un mismo compás, como un muro andando en virtud de su propio movimiento.

Aquel primer impulso de la gente cristiana espantó á la gente mora, que creia á sus enemigos sin fuerza y sin valor para acometer en el combate.

Su primer impulso, vista la actitud terrible del enemigo, fué correr presurosamente, sí, correr á la desbandada; pero pronto, avergonzados

de sí mismos, se rehicieron, decidiéndose á morir ántes que dejar ó ceder el campo.

Entonces se vió lo más terrible que guardaba en sus entrañas aquel terrible dia; lanzas rotas, cascos abollados, un fuego horrible, muertos innumerables, heridos lamentándose aquí y allá; los dos ejércitos peleando casi cuerpo á cuerpo; la artillería de uno y otro lado barriendo á los hombres; el furor aumentando á medida que aumentaba el combate; la muerte cebándose en millares de séres humanos; la desesperacion haciendo esos prodigios de valor, que ya traspasan las fuerzas humanas; y á pesar de todo, la victoria indecisa, insegura, y el empuje igual por ambas partes, como si aquellos ejércitos no agotaran nunca sus hercúleas fuerzas.

Pero conforme declinaba el sol, declinaba tambien el valor de los africanos, y crecia el valor de los europeos. Entonces, al acercarse el fin de la tarde, las dos alas, derecha é izquierda, del ejército cristiano, que dos veces habian sido arrolladas, y dos veces habian vuelto á reconquistar el terreno perdido y á rehacerse, volviendo sobre sí mismas con extraordinario esfuerzo, cercaron casi á los africanos, los acuchillaron, los vencieron, y cuando el sol llegaba á su ocaso, viendo correr

desbandados y presurosos los últimos restos de sus enemigos, entonaron á una el cántico de victoria. La inteligencia habia vencido á la fuerza, la razon al instinto.

Cuando vino la noche, la luna alumbró un cuadro desolador; la luna, que con su luz amarillenta, como el reflejo de una antorcha, dá á los objetos un tinte pálido, melancólico, fantástico, tristísimo. El cielo estaba sereno, sin una nube; la luna era la envidia del dia; su luz vivísima habia borrado las estrellas, y sus rayos dulcísimos, esos rayos que parecen destinados á iluminar con su luz suave y melancólica solo escenas de amor, sus rayos se reflejan en las lanzas despedazadas, en los pálidos ojos de millares de moribundos, esparcidos por aquella tierra de maldicion, cubierta de horrores, empapada en sangre. Por los últimos límites del horizonte, ó por donde alcanzaba humanamente la vista, aparecian grandes sombras, que, ora se agrandaban, ora se desvanecian, como las ilusiones de un sueño. Eran los hijos del desierto, que huian de sus chozas, de sus aduares queridos, como perseguidos por una maldicion, poblando de lamentos los solitarios desiertos. Al verlos desaparecer parecian, ora fantasmas de una imaginacion calenturienta, ora

sombras evocadas en un gran hosario, ora pájaros enormes del desierto, que se quejaban en son doliente, ora el génio de aquellas comarcas, que huia despavorido de aquellos lugares, donde entraba el génio de la civilizacion y del cristianismo.

LVII.

El gran triunfo habia costado un gran sacrificio. Millares de soldados yacian en el campo heridos. La desolacion se habia extendido por el mismo campo de los vencedores. Por todas partes se oian lamentos, gemidos, ayes que se escapaban al dolor. Do quier se volvian los ojos, encontraban heridos, marcando la pura sangre de sus venas, ó muertos que estaban aún calientes, como si conservaran un resto de vida. Habia concluido por aquel instante el oficio del guerrero, y comenzaba en verdad el oficio de la hermana de la caridad. Angela, que tan afligida y angustiada se mostrara durante el rudo combate, desde el punto en que solo se trata de reparar males, cerrar heridas, enjugar lágrimas, irradia de su semblante y de sus ojos dulcísima, aunque triste, serenidad: que la mujer, si no tiene valor para combatir, lo tie-

ne muy grande para consolar ; fin más en armonía con los grandes y preclaros destinos á que la llamara el Eterno. Así es, que á la luz de la luna, que baña con su dulce resplandor todo el campo , va curando á los heridos , recogiendo á los muertos, rehaciendo la fuerza de los débiles, como un ángel enviado del cielo para verter la vida allí donde se habia cebado con tanto horror la muerte.

Angela, secundada por sus hermanas, obraba maravillas. Mas era tal el número de heridos, que no bastaban sus fuerzas á remediar tantos males, ni á recorrer el espacio por donde se encontraban diseminados los restos de este ejército de heridos. Angela recorria con una ansiedad infinita el campo. Nada sabia de Eduardo; no sabia si era vivo, muerto ó herido. Segun noticias llegadas á sus oidos, el bravo oficial que habia arrancado la bandera al africano enemigo, el valiente Eduardo, desmayado algunos instantes , más por la fuerza de sus emociones que por el dolor de sus heridas, habia vuelto al combate, haciendo inauditos prodigios de valor. Despues habia vuelto á preguntar por él , mas nadie le daba razon. Cuando más preocupada estaba con tal idea, vió un monton de cadáveres , y oyó como un gemido. Aproximóse

Angela al sitio de donde habia procedido aquel clamor, y se quedó como embebida en contemplar aquellos troncos, al parecer, inanimados. Mas pronto un nuevo gemido, más profundo y más amargo que el anterior, hirió sus oidos. Entonces dió un grito Angela, y volviéndose á un hombre que estaba tendido á algunos pasos de distancia, y, que ella habia dejado creyéndole muerto, exclamó:

—¡Ah! Este aún vive, aún vive, aun....

Inclinóse prontamente sobre el cuerpo que habia exhalado aquel gemido, y puso la mano sobre su corazon exclamando:

—Este aún vive, aún vive, sí, sí.

De pronto sus ojos se fijaron en el rostro del moribundo, que un rayo de luna iluminaba. Ver el rostro y retroceder horrorizada, fué en Angela instantáneo. En efecto, era Eduardo, sí, Eduardo herido, abandonado en aquella soledad, casi exánime, sin vida; Eduardo, el amor, sí, el eterno amor de Angela. En aquel instante triunfó de la hermana de la caridad la mujer, de la compasion el amor. Angela, al ver aquel rostro pálido, aquel cuerpo casi helado, aquellos ojos extraviados, sintió otra vez en su pecho el amor infinito que nunca la abandonó, como si hubiera sido el alma de

su alma; aquel amor que de campesina la hizo artista, y de artista hermana de la caridad.

Angela, en los instantes en que veia feliz á Eduardo, casi se olvidaba de su amor. Aquella pasion, que era infinita, caia sobre la frente de sus hermanos. Mas, cuando veia desgraciado á Eduardo, se acordaba de que él habia inspirado la primer pasion á su alma, el primer amor á su corazon. Entonces aquel su pensamiento que se dilataba por los inmensos espacios, se detenia en un punto, el recuerdo de su amor, y aquel corazon que tanto amaba, se convertia en un solo objeto, á Eduardo. En su estado, en sus votos, en su santo ministerio, podia sentir aquel amor inmenso, infinito, porque no habia en él nada que no fuese espiritual, que no fuese divino.

El fuego del dolor habia purificado su alma. Todas las manchas de la materia se habian perdido en el crisol de sus desgracias. El cuerpo era en aquel sér cuasi-divino, como la ligera gasa que cubria su alma, para hacerla visible á los ojos de los mortales. Parecia la encarnacion maravillosa de ese ideal con que todos soñamos, y que nunca vemos realizado en la tierra, de ese ideal de amor y de ventura que seguimos anhelantes, como el niño la mariposa del campo, hasta el fon-

do mismo del sepulcro. Y su amor ¡oh! su amor era como la atraccion que sostiene á la estrella en los cielos, como el canto en el ave, como la inocencia en el niño, como la oracion en el alma; era el mensajero entre Dios y ella, entre su corazon y lo infinito. ¡Oh! Los que postrados en el seno de la materia, sin más Dios que el oro, sin más pasion que el brutal instinto del sentido, hombres miserables, no creeis que hay aquí, en el cerebro, un cielo más inmenso que ese cielo que rueda sobre nuestras cabezas, y apagais el espíritu, el soplo de Dios, la luz de la vida, sois en verdad dignos de compasion, porque hay muchos más goces en el dolor que se siente en las pasiones puras, divinas del alma, que en todos los brutales placeres del sentido, pasajeros, fugaces, que solo dejan nubes en la inteligencia y hastío en el corazon.

Mas prosigamos en nuestra narracion. Angela se detuvo un instante turbada, como si la hubiera abandonado el sentido. Sus ojos se llenaron de lágrimas, su corazon latió fuertemente. Dudó algunos instantes si seria Eduardo; porque hay verdades, ó tan tristes ó tan plácidas, que no puede acostumbrarse á ellas ni la inteligencia, ni el corazon. Mas por fin salió de su estupor, y con la

celeridad del rayo se lanzó á prestar auxilios á Eduardo. Estaba herido en el pecho gravemente, herido en el brazo. Sus dos heridas chorreaban sangre, sí, sangre preciosa que Angela queria contener á toda costa. Este fué su primer pensamiento. Conforme Angela iba curando á Eduardo, sentíase renacer en éste la vida. Su respiracion era ménos fatigosa, su corazon latia con más libertad. El infeliz debia la vida á Angela. Contado ya entre los cadáveres, porque no habia dado señal ninguna de existencia, si aquella noche la hubiera pasado en el campo, á la intempérie, acaso hubiera muerto. Como en el calabozo, en el campo de batalla le salvaba Angela, sí, la mujer que habia desdeñado, el ideal que habia desvanecido de su conciencia, el puro amor, que habia tan impiamente desterrado de su corazon.

¡Qué imágen tan verdadera de nuestra vida! Abandonamos la virtud, solemos desdeñarla, parécenos ingrata, y cuando en un amargo trance de la vida nos vemos, la virtud desdeñada nos salva, la virtud herida nos consuela, y solo la virtud nos hace venturosos. Porque al fin, el mal engendra el mal, y el bien engendra el bien: que en el espíritu, en la naturaleza, cada cosa engendra su semejante; y el mal nos parece hermoso, cuan-

do no es sino extremo de fealdad, y el bien feo, cuando compendia toda hermosura. Por el amor de un instante solemos perder el eterno amor; por nuestro individuo de hoy, la eterna individualidad del alma, su eterna virtud. ¡Oh! Esto le habia sucedido á Eduardo. Desdeñó en Angela toda la virtud, toda la hermosura, toda la gloria de su vida; y aquella virtud, aquella hermosura, aquella gloria que habia desdeñado, en la hora suprema de morir, cuando no le quedaba ninguna esperanza, cuando la eternidad se abria como un abismo á sus plantas, aquella virtud le sonreia amorosa, derramaba su puro bálsamo en las heridas, su esencia divina en el sér ingrato que la habia desconocido, que la habia menospreciado.

Y en efecto, los esfuerzos heróicos de Angela no fueron perdidos.

Al poco tiempo Eduardo habria los ojos y exclamaba:

—¿Dónde estoy?

—Salvo, contestaba Angela.

—¿Qué voz celeste hiere mis oidos?

Angela lloraba.

—¡Ah! Es una ilusion de mi agonía. Celeste ilusion, yo te saludo.

—Soy yo, yo, Eduardo.

—Sí, tú, tú, mi idea, mi idea perpétua que ha tomado cuerpo para consolarme.

—¿No me conoces?

—¡Oh! Sí, sí; primero me olvidaria de mí mismo.

—Soy Angela.

—Eres el sentimiento, que está aquí, en mi corazon, y en mi locura me pareces un sér real, verdadero.

—Y lo soy.

—No, no, tú no eres. Tú eres una ilusion bendita de mi alma.

—No soy sino realidad.

—La realidad es el combate, la sangre, las heridas.

—Todo ha pasado ya.

—Sí, como un sueño.

—Ahora ya estás mejor.

—No..... me muero..... Quiero estarme muriendo.

—¿Por qué?

—Porque mi debilidad, mi dolor, mi agonía finge en los espacios la imágen idolatrada de Angela, imágen de mi corazon, sueño de mi alma, idea que acaricio, pero idea bendita, salvadora, divina; que es mentira, porque no es, porque ya

no existe; pero que me parece verdad, y la estoy viendo.

—¡Ay! delira.

—Delirio sublime, delirio divino; tú eres la vida, tú eres el amor. Agonía, agonía, prolóngate hasta la eternidad.

—Mira, vamos á curarte.

—¡Curarme! No, no.

—¿Por qué?

—Porque si me curan, no veré á Angela, no la veré. Si me curan, se acabará esta fiebre que me hace soñar con ella; esta fiebre, que le dá cuerpo, que le dá realidad; dura, dulce agonía, dura mucho tiempo.

Y Eduardo no apartaba los ojos de Angela.

—¿Tanto la amabas? dijo Angela con dolor.

—¡Oh!

—¿Tanto la amabas?

—Mira, por ella amo esta agonía, por ella he buscado la muerte.

—¡La muerte!

—Sí; porque la he asesinado. ¿No es verdad, dulce ilusion mia, que la he asesinado? ¡Ah! El aire que baja de tus lábios, me vuelve la respiracion. La luz de la luna que se refleja en tus lágrimas te hace más hermosa, más divina. Dura,

mi agonía, dura por mi bien. Que no se vaya esta ilusion, esta mentida engañosa imágen.

—¡Eduardo!

—¿Me llamas?

—Sí.

—Cuántas veces, ¡oh ilusion querida! el sér que representas, la verdadera Angela, me habrá llamado doliente por las riberas del mar, ¡cuántas veces!

—Muchas.

—Y yo, en mi insensatez la he asesinado.

—No, aún vive.

—Pero vive sin felicidad.

—No, es feliz, porque puede salvarte de la muerte.

—Es verdad, ahora me acuerdo.

—¿De qué?

—De una noche.

—Hablá.

—Noche terrible.

—¡Cielo!

—Noche angustiosa.

—¡Delira!

—El calabozo estaba frio como una tumba.

—¡Eduardo!

—El aire impregnado de miasmas.....

—Calla.

—El verdugo se aparecia entre las tinieblas.

—¡Qué horror!

—Yo iba á morir.

—¡Eduardo!

—Porque yo, yo habia matado á un hombre.

—No, no le mataste.

—Le quise matar. El delito está en la intencion; yo debí morir. Y en efecto, el verdugo estaba á la puerta.

—¿Por qué esos recuerdos?

—Ya caia sobre mí la noche de la eternidad.

—¡Eduardo!

—Ya iba á morir, cuando se apareció ella, tan hermosa como la luz del alba, ella, mi ilusion de hoy, mi amada de ayer, mi providencia de siempre.

—Abandona esos pensamientos, ¡infeliz!

—Estos pensamientos, á la hora de morir, son toda mi vida. Dios me va á pedir cuenta de ellos. Me dirá: te mandé un ángel de mi cielo; ¿qué has hecho, infeliz, de ese ángel? ¿Dónde está, dónde?

—Calma tus pasiones. Dios en su misericordia comprende y excusa las debilidades humanas.

—¡Oh! Mi debilidad fué tan grande, que no puede tener excusa.

—Dios perdona hasta los crímenes.

—Pero no el nefando crímen de arrancar á un ángel su corona, cortarle las alas, ofrecerle acíbar y hiel, sepultarlo en una eterna desgracia, en cambio de la felicidad recibida.

—Pero en el corazon no manda la voluntad.

—Mi crímen fué mayor. Yo la amaba con todo mi corazon. En mi vida habia sido como una estrella.

—¿La amabas, Eduardo, y la olvidaste?

—Sí. Un vértigo me arrastró, y fuí esclavo del vértigo. El sentido mató á la razon, el cuerpo encubrió completamente el espíritu. Yo fuí esclavo del sentido.

—¡Eduardo! Es necesario curarte.

—Déjame, déjame morir. Yo he buscado la muerte, y ya la tengo. Ven, muerte, ven á mis brazos. En medio del combate he invocado tu auxilio. Cuando he sentido mi primer herida, me he trasportado de gozo, como el amante al recibir el primer beso de su amada.

—¡Qué horror!

—Porque yo no puedo, porque yo no debo vivir. Mi alma, como una planta maldita, ha dado muerte á cuantos han ido á guarecerse á su sombra. Muera yo ahora.

—No, vive, vive.

—¿Para quién?

—Vive para tí.

—El sér que solo es necesario para sí mismo, es un sér inútil.

—Vive para Dios.

—Para Dios se vive mejor en la muerte, allí, desligados de esta cárcel, de estos hierros.

—Vive para tu esposa, para Margarita.

—¿Qué has dicho? ¿Qué palabra has pronunciado? Quieres matarme. Te complaces, sombra querida, en evocar el génio de mi mal. Mi esposa herida... La deshonra... La muerte... Infame. Por tí, por tí.....

Y Eduardo, que en medio de su delirio conservaba una intuicion y una claridad de inteligencia admirables, perdió completamente la razon.

—Veo un monte erizado de espinas. Un ángel que baja del cielo, me trae una flor celeste, y una estrella en la mano. Sus lábios entreabiertos se sonrien con la felicidad de la bienaventuranza. Ven, sígueme, te llevaré á la gloria, á Dios. Y yo le abandono, y por un beso, por un instante de placer que me ofrece un asqueroso esqueleto cubierto de carne, me hundo en una cueva negra, espantosa, terrible, que me hiela de espan-

to, que me mata, ¡infeliz, infeliz! Más me valiera no haber nacido. Adios, vida. Adios, mundo. ¡Oh! Me llenais de horror. El universo hiede como un cadáver descompuesto y podrido.

—¡Infeliz Eduardo!

—Yo allí, en la honda cueva, voy á buscar el esqueleto que me ha seducido, que me ha alejado del cielo, creyéndolo encontrar hermoso. ¡Infeliz! ¿qué hice? Era un monton de negros y carcomidos huesos. Já, já, já.

Y una risa horrible, sardónica, sacudia todo su cuerpo.

—Quise pedir, sacar vida de aquellos huesos. ¡Ay! Solo me daban una descomposicion fosfórica, fantástica, pálida, terrible, que me ensuciaba las manos, que teñia de un resplandor lívido mis ojos; y cuando ponia las manos en las paredes para libertarme de aquella luz, solo escribia horrorizado esta palabra: ¡Maldicion, maldicion!

Angela se cubria el rostro con las manos y lloraba amargamente.

—Los huesos del esqueleto, cuando yo queria huir, corrian en pós de mí, como los buitres sobre un cadáver. Yo huia y huia; pero el ruido de aquellos huesos en la tierra me helaba de frio, de terror, de espanto. Era como una cadena, co-

mo una fantasma, como la imágen viva de mis remordimientos.

—Vuelve, vuelve en tí.

—El remordimiento. Tú no sabes ¡oh imágen de mi adorada! no sabes lo que es un remordimiento. Quiera el cielo que no lo sepas nunca. Es una víbora que se agarra á las entrañas y dá picaduras terribles y no mata.

—Desecha esas ideas.

—Si el remordimiento matara, yo no hubiera necesitado ir á un campo de batalla á buscar la muerte.

—No, no la muerte; aún eres muy jóven.

—Pues un dia ví al esqueleto envuelto en una gasa celeste, coronado de flores, teñido de color el rostro, vivos los ojos, cubierto de carnes, y me dijo: «Has de ser mi esposo.»

Y yo le obedecí, porque yo era su esclavo, y le seguí á todas partes, y le rendí mi alma, y el esqueleto quiso devorarme, y me robó el cielo, la luz, el aire, la vida, haciéndome de su misma naturaleza, un cadáver ambulante, una hoja seca, una sombra ponzoñosa, nada, sí, nada; la muerte con todos sus horrores, el vicio en toda su fealdad.

—¡Suerte infeliz! exclamó Angela.

—Sí, infeliz. El viento me arrebató la corona de mis ilusiones, apagó el fuego de mi corazon, ahogó el cántico del cielo en mi garganta, la esperanza de otra vida mejor, me arrastró como una rama seca por el suelo, me llevó á un abismo, y en el abismo estoy suspendido como una fria y asquerosa telaraña, ensuciando la tierra de donde Dios debe sacarme, para limpiar al ménos de inmundicia su preciosa obra.

—¡Y el arrepentimiento, y el dolor!.....

—¡Ah! Yo no creia en nada, en nada, despues de esta vida tan triste; yo que ántes habia sido tan creyente. Mi amor á Dios se apagó como un carbon encendido que cae en el agua. Mi amor al hombre se desvaneció como una ligera sombra. Mi deseo por la libertad de los pueblos, por la santa causa de las nacionalidades, se desvaneció tambien por completo. Yo no amé ni á la humanidad ni á la pátria. Yo fuí como una máquina. Yo, yo, por todo esto, seré ahora, ahora maldito. Maldecidme, Dios mio, y que pague con una pena eterna, infinita, la enormidad de mi negro crímen; sí, Dios justiciero, sí.

El gran esfuerzo hecho por Eduardo para decir en medio de su debilidad todo lo que decia, tan sin conciencia, le postró de suerte, que des-

pues de estas palabras quedó como aletargado, ó mejor dicho, como muerto. Angela, con la resignacion heróica, principal mérito entre todos sus méritos, volvió á ver de volverle las desmayadas fuerzas. Angela no queria que en semejante estado de atroz delirio fuese trasportado á su tienda, temerosa de que revelara que él habia sido su amante, y la malicia pública interpretara mal su abnegacion y su heroismo. Mas al verse sola con un herido tan en peligro como Eduardo, dió de mano á todas estas aprensiones, y se decidió á pedir socorro.

En efecto, vió á lo léjos una como procesion iluminada por antorchas. Más de cincuenta de estas luminarias arrojaban una luz tal, que competian aun desde léjos con la luz brillante de la luna llena. Entre las gentes que componian aquella procesion, no habia quien no estuviese triste. No parecia sino que la victoria habia sido de los enemigos. Aquella procesion, en que se veia todo lo más granado del ejército cristiano, iba en pos del cuerpo de Eduardo, el valiente oficial que habia rescatado del enemigo la bandera cristiana, rescatando al mismo tiempo la honra de aquel sin par ejército. El bravo oficial era muerto, segun voz que corria muy acreditada en el campamento; era

muerto, buscando la gloria y el triunfo de sus tropas. En todos habia producido triste impresion aquella temprana muerte, é iban á buscar los restos del valiente para darle la debida sepultura, y rendirle los honores correspondientes á su decidido heroismo. Sus hermanos de armas sentian doblemente esta muerte, que arrebataba un tierno amigo á su corazon, un gran soldado á su ejército. Cuando andaban casi á la ventura, oyeron los lamentos de Angela que los llamaba, y encaminándose hácia allí, encontraron á Eduardo exánime, y Angela de rodillas, con una mano puesta sobre el pecho de aquel que parecia cadáver, y los ojos en el cielo como si buscaran el vuelo de aquella alma.

—Caballeros, caballeros, dijo Angela cuando los vió acercarse, auxiliadme á llevar este herido á una tienda.

—Buscamos, dijeron algunos, el cadáver de Eduardo, el capitan que arrebató nuestra bandera al enemigo.

—Aquí le teneis, aunque no es cadáver aún.

—¿No? preguntaron todos maravillados.

—No. Yo he curado sus heridas, y aunque son profundas y peligrosas, no renuncio á la esperanza de volverle la vida.

—¡Oh! gracias á Dios, gritaron todos á una, acaso podamos aún salvarle.

—Yo, dijo Angela, lloro su desgracia; pero no la creo irremediable.

Un médico que habia entre los que iban á recoger el cuerpo de Eduardo, tomó el pulso del jóven, y dijo:

—Aún vive, teneis razon, hermana, aún vive.

—Y acaso vivirá, acaso se salvará.

—No conozco las heridas.

—Por lo que yo alcanzo, solo una muy profunda, que tiene en el pecho, puede ofrecer algun cuidado.

—¡Cielos! Si fuera posible salvarle, cuánto nos alegraríamos, dijo un militar, amigo de Eduardo.

—Ha militado como un valiente bajo nuestras banderas, dijeron otros.

El médico se inclinó á registrar la herida abierta en el pecho; pero Angela le detuvo, diciendo:

—Notad, doctor, que es muy tarde. La noche comienza á tornarse fria, á pesar del gran calor que hemos sufrido. Y esto puede dañar mucho á sus heridas.

—En efecto, recojámosle.

Y varios soldados le recogieron y colocaron en una camilla.

—Puesto que vos habeis sido la que felizmente habeis encontrado á Eduardo, y necesitando de un particular esmero su curacion, quedareis exclusivamente á su cuidado.

—Como querais, dijo Angela. Pero el cuidarle á él no me priva de cuidar á todos los que como él me necesiten: que la vida de todos los hombres nos debe ser igualmente preciosa.

—Como querais, dijo el médico.

—Pues bien, llevémosle ahora á la tienda, y hacedle prontamente la primera cura.

—¿Qué habeis notado en él?

—Un lamento me avisó dónde estaba.

—¿Se encontraba en su cabal juicio?

—No.

—Malo.

—Se conoce que le poseia una idea, y todo cuanto decia estaba rigorosamente acorde con aquella idea, dijo Angela. Mas en su mirada errante, y en su indecisa palabra, se veia que deliraba.

—¿Y qué idea fija tenia en su memoria?

—Una gran pasion.

—¿La gloria?

—No.

—¿La ambicion?

—No.

—¿El amor?

—Sí.

—Malo, dijo el médico.

—Hasta eso puede influir en su curacion?

—Hasta eso, y mucho.

—Mas su naturaleza robusta....

—Sin embargo, se conocia que estaba muy triste, muy debilitado.

—Sí, yo fio en Dios que habeis de salvarle.

—Yo tambien.

—Siquiera por su pobre mujer, dijo Angela con amargura.

—¿Tiene mujer?

—Sí.

—¿Hijos?

—No.

—¿Vos le conoceis?

—Es como yo, de Italia.

—Es verdad.

—En efecto, debemos salvarle, y muy especialmente por ser un tan buen soldado.

—La herida del pecho....

—¿Es profunda?

—Mucho.

—¿Es de bala?

—Lo ignoro.

—¿Arrojaba mucha sangre?

—Poca.

—¿Qué tal respiraba?

—Bien. Su delirio tenia algo de elocuente.

—¿Y hablaba con voz entera?

—Mucho.

—Hay esperanza.

—Quiéralo el cielo.

—Sí, Dios lo querrá por nuestro bien.

—Tal creo.

Y en esto llegaron á la puerta de la tienda, donde Eduardo debia quedar para ser curado.

LVIII.

Procedióse á la inmediata y pronta curacion de Eduardo. Sus heridas eran profundas, y los médicos daban pocas esperanzas de conservar la vida del enfermo. Una respiracion fatigosa y anhelante, una fiebre exaltada y nerviosa, vaguedad en el mirar, pulsaciones violentas en el corazon, delirio contínuo, incesante, este era el estado de aquel guerrero, que buscaba en los campos de batalla, no la victoria, sino la muerte. Decidieron los médicos que Angela no se apartase un momento de la cabecera de su lecho, que le acorriese en aquel trance amarguísimo de la vida de Eduardo. La pobre jóven sentia infinito el estado del único hombre que habia amado en la tierra; pero disimulaba cuanto podia su sentimiento. Trataba, y casi lo conseguia, de ocultar que allí, en aquel lecho, padecia no solamente un

hermano, sino el amor de su corazon. El amor de Angela, que se habia eclipsado cuando Eduardo era feliz, crecia ahora con desmedida violencia. Verle herido, postrado en un lecho, próximo á la muerte, y desgraciado, y no amarle, era imposible para aquel corazon nacido con todas las virtudes celestes.

Mas por lo mismo que aquel amor no podia tener esperanza alguna en la tierra, se refugiaba como en su natural vivienda en el cielo. Léjos de ser una de esas pasiones que turban el sentido y emponzoñan el corazon, era una pasion purísima, divina; era como el alma del alma, como la esencia misteriosa de su vida. Cuando Angela se vió sola en la tienda de campaña con el enfermo, cogió una luz y se acercó á su lecho. Estaba como dormido. La horrible calentura coloreaba lijeramente sus mejillas. Su frente mostraba una gran serenidad, como si descansara su pensamiento tranquilo, despues de haber trabajado por largo espacio de tiempo. Respiraba mal, muy mal; pero sentíase que aquella respiracion, si era un gran dolor físico, no afectaba en nada su corazon, que parecia tranquilo, ó cuando más, agitado por el padecer material, que no llega nunca hasta el espíritu. Angela, al acercarse al lecho de Eduar-

do, comprendió lo que significaba aquella contradiccion entre el dolor del cuerpo y la serenidad del alma de Eduardo, y dijo para sí con amargura:

—Has encontrado lo que buscabas, la muerte. No podias sufrir el combate de tu corazon, y has ido en pos del otro combate más terrible y más grande. ¡Infeliz! Las heridas del alma las has recrudecido con las heridas del cuerpo. Pero este bautismo de dolor te regenera, te salva. El remordimiento te ha hecho mártir. Faltaste á lo que te debias á tí mismo, faltaste á lo que me debias; la pasion te ha despeñado; pero tú pedias á Dios un gran dolor y un gran castigo, y lo has conseguido. Me parece que de esas terribles, entreabiertas heridas, veo levantarse como un aroma inmortal, tu alma, digna ya, sí, digna de todo mi amor. ¡Amor! ¿Qué idea ha venido á mi acalorada mente? Yo no puedo amar á un hombre, yo debo amar á la humanidad. El sentimiento no ha nacido para mi corazon, el sentimiento regalado y dulce que une á un sér toda una vida. Ese sentimiento debe morir aquí en esta alma lacerada y triste. No, no os levanteis á mis ojos, dias tranquilos, en que mi mundo se concluia donde se concluia mi horizonte; en que mi idea y mis re-

cuerdos volaban siempre en pos de mi Eduardo. Esos dias deben desaparecer, como una maldicion, de mi memoria. Sí, huid, huid; recuerdos placenteros; callad, callad, sentimientos del corazon. Ahora solo debo pensar en salvarle, en arrancar esta presa á la muerte. Pero al salvarle, no debe acordarse de mí, no; debe acordarse de que tiene una esposa en la tierra; debo salvarle para su familia, para su patria. ¡Una esposa! Los celos me matan, me despedazan el corazon. Conozco que no tengo virtud bastante para tan ruda prueba. Yo, yo que le amaba tanto, yo que no sabia vivir sin él, yo que no tenia más pensamiento que Eduardo, ni queria sin Eduardo la vida, yo debo entregarlo á otra mujer. No, no. Me voy á morir. Pero, ¿quién soy yo? ¿Me he olvidado por ventura de quién soy? Yo soy hermana de la caridad, desposada con Dios. Yo no me pertenezco á mi misma, yo pertenezco á los desgraciados, á los enfermos. Mas, por muy grande que sea mi corazon, ¿puedo mandar á este amor que se levanta de su fondo como una gran tempestad? Señor, necesito de tu auxilio. Dios mio, necesito de tu poder. Voy á bandonarle. Lo mejor es huir, sí, huir de aquí. Yo no tengo confianza bastante en mi misma. Yo no podré ocultarle que

le amo; que vive aún, aquí, en mi corazon, como el dia primero de nuestro amor; que en este corazon vivirá siempre, y que conmigo irá á la eternidad. Pues qué, ¿ha de ser el amor un crímen? Esa pasion, que Dios ha inspirado á todos los séres de la naturaleza; esa pasion, que anima desde la flor hasta el astro, ¿sólo en mi corazon, sólo en este corazon ha de tornarse ponzoña y mal? ¿Por qué cuando venia á orillas de la fuente este amor era una virtud, y hoy, ¡ah! hoy es un crímen? ¡Cielos! Sí, es un crímen; es una pasion que debe ser ahogada allá en el fondo del pensamiento; es una serpiente, que se esconde en el cáliz de mi alma; es un veneno que destila gota á gota de la sangre de mi corazon. Entre ese hombre y yo media un juramento de amor que él ha prestado á otra mujer, y un juramento de amor que he prestado yo á Dios y á la humanidad. Ese hombre debe seguir á su esposa en la tierra, á su esposa en el cielo. El lazo que los une ya no puede ser cortado, ni aún por la muerte. Deben ser el uno para el otro. Yo, levantándome en su camino; yo, amándole insensatamente, soy como la sombra en el cielo, como el génio del mal entre un coro de ángeles. No, no; yo venceré á mi corazon en esta nueva prue-

ba, sí, lo venceré. ¡Desgraciada mujer! amaste como no se ama en el mundo; tus ilusiones, tus esperanzas, tus sentimientos, los consagraste á un solo sér en la tierra; vivias de su vida; sentias con su corazon; pensabas con su pensamiento, y cuando parecia que ibas á tocar la felicidad, cuando más amada te creias, aquel sér huyó, desapareció de tus ojos, dejándote un amor horrible, un amor desgraciado, un amor infeliz, sin esperanza. Este amor, este amor debe ser ahogado, debe ser vencido, aunque me cueste la vida. Tú, tú, Eduardo, vivirás con tu esposa. Yo te arrancaré del lecho de la muerte, para volverte al hogar de tu familia. Yo te arrancaré del sepulcro, para entregarte á los brazos de tu esposa, de la única mujer que debes amar en el mundo. Calla, calla, corazon mio. Hable solo el deber. Y si para cumplir el deber, es necesario morir, muera en buena hora: que Dios que juzga las conciencias, verá la pureza inmaculada de mi alma.

Angela, despues de esta gran lucha, como hubiera llorado muchísimo, se enjugó las lágrimas. Un rayo de serena luz cruzó por su frente, una dulce sonrisa por sus lábios. En aquella alma tan pura, esta lucha habia producido como una tremenda y oscura noche. Angela, que conservaba

toda la tristeza propia de una pasion sin esperanza, no podia imaginar que aquella pasion, en momentos dados, habia de tener una intensidad tan grande, tan extrema. Era un obstáculo que encontraba en su camino; pero un obstáculo que se proponia vencer con el santo auxilio del cielo.

Lo primero que hizo fué arreglar todos los medicamentos, disponer las tisanas, apercibir todo cuanto habia menester el enfermo. En seguida se sentó á la cabecera del lecho del moribundo. Con los ojos puestos en su frente, pasó gran parte de la noche. Parecíale que sus labios contraidos por el dolor pronunciaban con frecuencia un nombre y que ese nombre era «Angela, Angela.» Esto aumentaba su pasion por el desgraciado jóven, y la escitaba á proseguir con más empeño la lucha tremenda entre su amor y su deber.

Conforme iba viniendo el dia, iba aumentando la fiebre de Eduardo. Sus ojos errantes parecian querer romper sus órbitas. Sus lábios tamblaban agitados, y su frente ardia como si ocultara en el cerebro un incendio. El delirio, que no le abandonaba un punto, crecia de suerte, que mil palabras incoherentes caian á borbotones de sus lábios. A pesar de que nada decia en concierto, á pesar de que no se podian concertar y concordar

dos ideas, veíase que el pensamiento fijo en su mente, el sentimiento de su corazon, la idea que le atormentaba, idea única, era Angela.

Cuando más deliraba, entró uno de los médicos, y preguntó á Angela:

—¿Cómo sigue el enfermo?

—Lo mismo.

—¿La calentura no disminuye?

—Antes parece que aumenta.

—Este jóven, dijo el médico, tiene una enfermedad que nosotros no alcanzamos á curar.

—¿Sí? dijo Angela, con aparente indiferencia, pero temblando en realidad.

—Las heridas del cuerpo no le matan, no; le matan las hondas heridas que tiene en el alma.

—¿Tal creeis?

—Sí lo creo, lo creo firmemente.

—¿Y de dónde habeis podido deducir eso?

—Lo he deducido de todas sus acciones.

—¡Ah!

—Le he observado mucho. Antes de ser herido, sus palabras tenian algo de delirio, y el valor que ayer mostró, era el valor que inspira la locura.

—¡Cielos!

—Sí, ese jóven debe sentir una pasion inmensa, un amor sin esperanza.

—¡Ah!

—Y si no, oid, oid.

En efecto, Eduardo decia. Yo te amaba. Me acuerdo que me parecias una flor. Eres un ángel. ¡Ay! Y te abandoné por otra mujer, sí, por otra mujer, sí, ¡infeliz de mí!

—¿Ois, ois?

Angela lloraba.

—¿Llorais? dijo el médico.

—Sí, compadezco tanta desgracia.

—En verdad es digno de compasion.

—¿Y no hay esperanza de salvar esa vida?

—La hay, la hay.

—La juventud...

—Todo puede esperarse de la juventud.

—Dios lo haga.

El médico observó largamente á Eduardo, examinó el grado de calor que tenia, la violencia de su pulso, la dificultad de su respiracion, la contraccion de su rostro, y despues de algunos instantes de meditar, dijo:

—¡Ah! es muy fácil que muera, muy fácil.

Al oir estas palabras, se extremeció Angela, como si hubiera un rayo caido á sus plantas.

—Ese delirio le vá á perder, exclamó el médico, acentuando con desesperacion estas palabras.

A pesar de este continuo delirio, la calentura cedia, y la enfermedad de Eduardo se aliviaba visiblemente. No contribuia poco á tan feliz resultado aquella incomparable caridad de Angela, siempre dispuesta al sacrificio. Su corazon no se contentaba con sacar á Eduardo de las garras de la muerte, queria devolverle todas las condiciones de una verdadera vida, salvarlo para la virtud, para el cielo. Así que el delirio fué disipándose, Angela se apartó de la cabecera del enfermo, para no ser de él conocida, y se resignó con tran-tranquilidad á este gran dolor, que heria su alma. Temia mucho que su presencia levantara en el corazon de Eduardo el oleaje de sus antiguas pasiones y de sus recuerdos. Pero, no obstante esto, su único pensamiento era la felicidad del hombre que habia amado con el amor puro, divino, de un ángel. Para contribuir á esta felicidad pensó en Margarita, ya regenerada por el arrepentimiento y el dolor. La vida sin la virtud es como una continua muerte. Por eso, Angela buscaba en el corazon de Margarita una nueva fuente de vida para Eduardo, nueva felicidad para su corazon. Con esa perspicacia propia de su sexo, Angela lo arregló todo de suerte, que para el tiempo en que las grandes emociones no podian

hacer ya mella en el corazon de Eduardo, se presentara Margarita en su tienda. En efecto, la jóven, merced al celo de Angela, habia llegado desde Nápoles ocultamente al sitio donde se encontraba herido su esposo. El corazon de Margarita, vacío ya de aquellas grandes y ponzoñosas pasiones que lo habian viciado y corrompido, se purificaba con el dolor, se purificaba tambien con la esperanza. Al ver que Dios no la habia abandonado; que del seno de inmundo lodazal habia querido remontarla al cielo; que le habia enviado la mujer que ella misma odiara, para iniciarla en los secretos de la virtud, Margarita, reconociendo en todo esto la Providencia, amando la hermosa virtud, habia dejado la tosca larva de su antigua vida, de su antiguo existir, y ascendia purificada á otra vida más alta, luciendo en su frente los resplandores de la virtud.

Mas para unir á Margarita con su esposo, era necesario preparar aquel corazon de Eduardo, tan impresionable como la cera, y dirigir á un fin aquellos sus sentimientos, tan ligeros como las áuras, como las brisas. Un dia, convaleciente ya Eduardo, entró Angela de súbito en su tienda. El jóven, al verla, se quedó como extasiado, como arrobado de alegría. Léjos de extrañar aque-

lla aparicion, la miraba como la realidad de un ensueño por largo tiempo acariciado. Angela se mostró, como siempre, severa; Eduardo, como siempre, idólatra de aquella mujer, que habia abandonado; ansioso de aquella misma felicidad, que habia rehusado. Quiso Eduardo pronunciar algunas balbucientes palabras de amor; pero la actitud severa y el continente majestuoso de Angela, y la virtud que centelleaba en su frente, le impusieron silencio. Angela le dijo que ya no se trataba de la vida pasada, sino de su vida futura, y le recordó que existia una mujer, á la cual estaba unido por un juramento ante Dios y ante los hombres. Eduardo se indignó al oir tal recuerdo, y dijo que aquella mujer no era digna de su corazon, como sentido de que Angela pronunciase sin celos el nombre de su rival. Cuando oyó Angela que aquella mujer, que su amiga, era así calificada por su mismo esposo, le preguntó si creia él ser el mismo Eduardo de siempre, aquel jóven olvidadizo y frívolo de los salones de Nápoles. Eduardo protextó que no, que sus dolores, su ardor en los combates, la sangre vertida, decian que se habia transformado su antes débil naturaleza; que se habia convertido al bien su viciado corazon. Pues bien, le dijo Angela, Marga-

rita ha sostenido otra lucha más cruel, si ménos estruendosa; la lucha con su corazon, con sus pasiones, con sus ideas, con los hábitos de su vida pasada, y heróicamente ha logrado vencer y domeñar á tantos enemigos congregados en su daño. Eduardo se resistia; pero Angela, con su calorosa elocuencia, le mostró su deber; la necesidad en que estaba de perdonar para que Dios le perdonara; los bienes que podia prometerse de una vida pacífica, cuando tantos laureles rodeaban su frente, y sobre todo, el culto que debia prestar á la virtud, culto digno del hombre, y digno al mismo tiempo de Dios. Eduardo se dejó arrastrar por aquella elocuencia, por aquella palabra fácil, pura, ingénua, y cuando más arrobado estaba, Angela levantó la cortina que cubria la puerta de la tienda, y apareció Margarita. La jóven dió algunos pasos hácia adelante; pero flaquearon sus rodillas, y cayó como herida de un rayo en medio de la tienda. Entonces Eduardo se conmovió profundamente, y dulces lágrimas asomaron á sus antes áridos ojos. El jóven se levantó, se inclinó al suelo, donde estaba de hinojos su mujer, y la estrechó contra su corazon. Un sollozo agudo, indefinible, vino á interrumpir esta escena. Era la voz de Angela, que decia: «Sed

felices como lo anhela mi corazon.» Y la jóven, que veia en brazos de otra mujer al hombre que amaba, al hombre que habia amado siempre, partido de dolor el pecho, lleno de angustia el corazon, salia de la tienda y exclamaba: «Pronto, pronto un camello que me lleve á orillas del mar, y en el mar ya encontraré un barco que me lleve al Asia á difundir allí la caridad, y este amor que no cabe en mi alma.»

EPÍLOGO.

Margarita y Eduardo fueron virtuosos y felices, merced al ejemplo de Angela. Su nombre era, despues del nombre de Dios, el más venerado por los dos esposos. Lector. La virtud debe amarse, no solo porque es virtud, sino porque, como el sol, con su ejemplo ilumina las conciencias, con su calor vivifica los corazones. El ser virtuoso consigue llevar á la virtud á los séres que le rodean, aunque hayan caido en lo más profundo del vicio. Ejemplo, Angela, Margarita y Eduardo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

